Grupo Editorial Portal



Rancho Collins — LIBRO IV

ÉL AMOR QUE ME rechazó



Una novela de

JÉSSICA MACEDO

Una novela de

JÉSSICA MACEDO

EL AMOR QUE ME rechazó

Rancho Collins LIBRO IV

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2023 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo XIV
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve

Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Epílogo
Acerca del autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Son parejas diferentes, pero te sugiero que leas estos libros primero:

Un trato entre mejores amigos (Collins Ranch Libro 1)



enlace =>

Sinopsis:

Encantador, seductor e irresistible, el multimillonario Jackson Collins es gobernador del estado de Texas. El Cowboy, que creció en un gran rancho en el campo, procede de una familia influyente y pronto se hizo un nombre en la política, pero un escándalo sexual lo puso todo en peligro. Tras la filtración de un vídeo en Internet, perdió varios partidarios y su carrera corrió peligro. Solo había una forma de salir de este lío: casarse.

Tatiana Wiliams creció en el rancho Collins y siempre vio a Jackson como su mejor amigo, a pesar de ser hija de sirvientes. A lo largo de los años, los dos se han mantenido unidos. Lo único que ella no esperaba era que él le pidiera que participara en un falso matrimonio, pero siempre ha estado dispuesta a hacer cualquier cosa en nombre de la amistad.

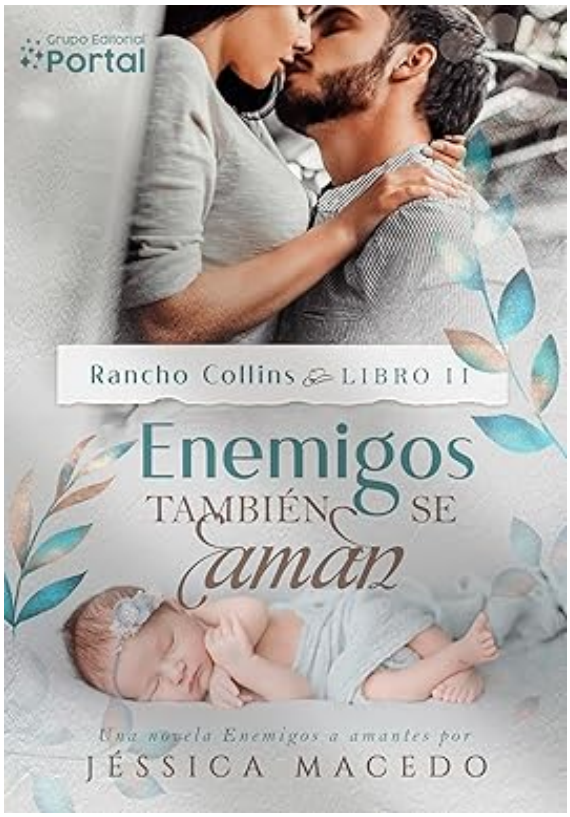
Se suponía que iba a ser un acuerdo de una sola vez con

fecha de caducidad con el único propósito de restaurar la imagen de

Jackson, pero no estaban preparados para enfrentarse a la fuerte atracción que sentían el uno por el otro ni a un embarazo accidental.

Los enemigos se aman

(Collins Ranch Libro 2)



enlace =>

Sinopsis:

Un médico viudo y arrogante.

Una enfermera decidida.

Un lindo bebé para calentar el corazón de un padre.

El neurocirujano Brandon Hanks sufrió una terrible pérdida que le hizo alejarse de Dallas y hacerse cargo de una pequeña clínica en el campo.

El viudo solo quería escapar del dolor, pero la enfermera de pueblo le volvía loco. Enemigos a primera vista, ninguno estaba dispuesto a ceder, pero la atracción les hizo entregarse al deseo.

Cora Collins no podía imaginarse quedarse embarazada de aquel médico arrogante, y mucho menos ser abandonada cuando él se marchó. Dispuesta a superarlo, iba a criar sola a su hija y no esperaba que Brandon regresara.

Otra oportunidad en el amor (Collins Ranch Libro 3)



enlace =>

Sinopsis:

Un diputado protector.

Una joven en apuros.

Dos chicas guapas, fruto de un amor improbable.

El sheriff Malcon Collins siempre ha sido un modelo a seguir en el pequeño pueblo rural donde creció. A pesar de ser el vástago de la familia más rica e influyente de la región, el vaquero siempre ha dedicado su vida a proteger a todo el mundo. Nunca imaginaron que pronto se involucraría con una chica problemática y acabaría siendo padre soltero.

Jennifer Dias fue vendida por su padre a un hombre peligroso y desde entonces ha vivido como una fugitiva, intentando sobrevivir. En su vida no había sitio para nadie, ni siquiera para un bruto dispuesto a protegerla. Era peligrosa y no quería que nadie más saliera herido.

Aunque lo había intentado, nadie puede escapar para siempre. El destino la llevaría de vuelta al hombre que siempre había amado, pero eso no significaba estar libre de su demonio.

Sinopsis

Un CEO imbécil y arrogante.

Una profesora dulce y amable.

Una apuesta del pasado que la dejó con el corazón roto.

Justin Foster se fue de su ciudad natal hace diez años y su vida cambió por completo. El joven ranchero se convirtió en un gran empresario del sector financiero. No tenía la menor intención de volver al lugar donde nació, pero la muerte de su padre lo arrastró de vuelta al pasado.

Zoe Collins era una niña enamorada cuando Justin la llevó a la parte trasera de la camioneta y le quitó la virginidad. Le entregó el corazón y él se lo destrozó. Solo consiguió olvidarlo cuando él se marchó, debido al divorcio de sus padres.

Pasaron los años y Zoe creyó haber seguido adelante, haber sanado las heridas, pero ver de nuevo al hombre que la rechazó y jugó con ella podría cambiarlo todo.


Zoe
Collins

Prólogo

Hace diez años...

—¿Dolerá mucho? —pregunté con voz temblorosa y respiración jadeante, mezcla de miedo, curiosidad y tensión.

A lo lejos, podía oír el sonido de la banda que tocaba en la fiesta del centro del pueblo. Todo el mundo estaba entretenido con el evento, mientras yo me había escapado con Justin a la parte trasera de la vieja y oxidada camioneta que pertenecía a su padre.

—Si alguien nos ve aquí... —Me estremecí aún más ante la posibilidad.

—Shh... —Justin puso su dedo sobre mis labios, silenciándome mientras se inclinaba más hacia mí—. Nadie nos verá aquí.

Intenté respirar hondo y normalizar los latidos de mi corazón mientras miraba por encima de su hombro y observaba el cielo nocturno estrellado, que aquella noche parecía más hermoso que nunca

Estábamos en medio de la hierba, en un estacionamiento improvisado con varios coches más, pero el sol de frente hacía difícil distinguir si alguien se acercaba o no. Justin me había acostado

sobre una manta gruesa y gastada, pero su cuerpo era lo único que protegía el mío.

Mi pecho subía y bajaba rápidamente y mis movimientos aumentaron aún más cuando sentí un escalofrío en el momento que la mano de Justin subió por el interior de mi fina camiseta.

Quería estar allí, quería entregarme a él y la curiosidad por experimentar todo lo que estaban diciendo por primera vez era demasiado grande, pero al mismo tiempo no había forma de contener la tensión y el miedo.

Me estremecí cuando sus dedos se deslizaron bajo mi sujetador y me tocaron el pezón.

—Shhh... —Justin puso su boca contra la mía, impidiéndome decir algo—. Relájate.

Era difícil hacerlo cuando mi corazón latía tan rápido que parecía que se me iba a salir del pecho en cualquier momento.

Justin se echó un poco hacia atrás. Apoyándose en las rodillas, me bajó la blusa. Por un momento pensé en detenerlo, pero era demasiado tarde.

Me rodeó la espalda para desabrocharme el sujetador y me detuve.

—¿Necesitas quitármelo? —tartamudeé.

—Será mejor si estás desnuda.

Yo era una adolescente, todavía muy insegura de mi cuerpo, aparte de que no estábamos en un entorno cerrado.

Justin me bajó el sujetador y no tuve tiempo de protestar antes de que la prenda acabara apartada. Seguía temblando, pero mi cuerpo se vio bañado en toda una nueva oleada de sensaciones cuando su lengua empezó a jugar con uno de mis pezones. Me estremecí, envolviendo los dedos en la vieja manta mientras él empezaba a chuparme, mordisquearme y lamerme las tetas. No podía negar que me hacía sentir bien y me relajaba.

Mientras su boca se concentraba por completo en la parte superior de mi cuerpo, sus manos volvieron a bajar por mis contornos y Justin me bajó los jeans y mi delgada tanguita, dejándome solo en calcetines.

No recordaba la última vez que había estado desnuda delante de alguien, seguramente cuando era una niña, aunque para pensar en eso ya era demasiado tarde. Quería proteger mis partes, pero era imposible con el peso de su cuerpo sobre el mío.

Con su boca aún en mi pezón, sentí la mano de Justin deslizarse por mi estómago y acabar entre mis muslos. Los cerré por reflejo, pero no fue suficiente para que él siguiera hasta tocarme de una forma que debería haber sido inapropiada, pero que me aumentó las pulsaciones en esa zona.

—Si no te relajas va a ser más complicado, nena —murmuró sin apartarse de mis tetas. Parecía estar disfrutando mucho chupándome ahí y no podía negar que las sensaciones y el contacto eran muy buenos—. Abre las piernas, vamos... —Empujó un poco el interior de mis muslos para que los separara.

Cedí y él no dudó en explorarme con sus manos. Arqueé el cuerpo cuando sentí que uno de sus dedos entraba en mí. Estaba completamente abrumada por las sensaciones contradictorias, el deseo de mantener los muslos apretados y de abrirlos para que él pudiera continuar.

Sentí un poco de dolor, pero él siguió explorándome con el dedo y yendo más lejos de lo que nadie había llegado antes.

Dejé escapar un gritito, pero Justin me reprendió, cubriendo mis labios con los suyos.

—No quieres que nadie nos oiga, ¿verdad?

Me limité a negar con la cabeza.

—Entonces no hagas ruido.

Me limité a asentir.

Cerré los ojos y me estremecí cuando me recorrió el cuello con los labios hasta llegar nuevamente a mis tetas. Mientras mordisqueaba y lamía mis pezones, oí el sonido de su cremallera bajarse.

Los latidos de mi corazón volvieron a acelerarse y pensé en escabullirme de allí, al tiempo que deseaba que continuara. Estaba tensa, no estaba segura de si quería o no, pero al mismo tiempo quería ceder a la curiosidad.

Una vez había oído a mi hermana hablar con sus amigas de los hombres con los que se acostaban, y yo, con lo joven que era, había estado esperando este momento. Además, lo más importante, yo amaba a Justin, siempre lo había amado. No podía pensar en un chico más perfecto para perder mi virginidad.

Sacó su cartera y el paquete de condones brilló a la luz de los faros que iluminaban el lugar. Justin se lo puso con un poco de dificultad y cubrió mi cuerpo con el suyo.

Con lo mayor que era, no me atreví a preguntarle con cuántas otras chicas podría haberlo hecho. Era nuestro momento y yo me entregaba a él de todo corazón.

En cuanto se arrodilló entre mis piernas, sus manos me agarraron con fuerza, manteniéndolas separadas, y se inclinó sobre mí. Sentí la punta de su miembro deslizarse por mi entrada y me retorcí.

—Silencio... —murmuró, mientras ponía su mano entre nuestros genitales y la usaba para ayudar a meterme su verga.

Quería gritar cuando empezó a empujar. Había oído que podía doler, pero no me había preparado lo suficiente.

—¡Ay!

—Shhh...

Empujaba cada vez más fuerte y yo sentía que me destrozaba mientras el aire olía cada vez más a hierba húmeda mezclada con olor a hierro.

¿Estaba sangrando?

Por el dolor que me invadía, era muy posible.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y no podía gritar ni llorar, porque, de lo contrario, se enterarían los demás que estaba entregando mi virginidad en aquel camión.

Justin siguió moviéndose encima mío, mi piel sudaba al rozarse con la suya, pero a diferencia de mí, él parecía estar disfrutando tanto de estar metiéndomela que dejó escapar algunos gemidos bajos.

No sé cuánto tiempo pasó encima mío, me pareció una eternidad antes de que se levantara jadeando y con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Tengo que encontrar un sitio donde tirar este condón —se dijo más a sí mismo que a mí.

Esperaba besos y más afecto después de esa escena, pero ciertamente eso no sucedió.

Justin alisó su ropa y recogió la mía, entregándomela.

—Toma.

—Gracias —dejé escapar con voz entrecortada, aún asimilando todo lo que había sucedido.

No era la primera vez que fantaseaba con tener sexo; después de ver tantas películas y leer tantos libros, ya me había hecho una idea. Pero supongo que la próxima vez será mejor, ¿no?

—Será mejor que te vistas pronto.

—De acuerdo. —Sacudí la cabeza, todavía un poco aturdida, y me apresuré a ponerme la ropa mientras sentía que me dolía mi vagina.

—Eso estuvo bien, Zoe. —Me guiñó un ojo, mientras bajaba del camión.

—Así es... —murmuré, mientras lo veía alejarse y desaparecer de mi vista en la oscuridad.

Me acomodé la ropa como pude y también bajé. A veces él salía así de rápido para ir al baño o tomar un vaso de agua, por eso no me preocupé demasiado. Lo amaba, así que inventé mil teorías para justificar que esa noche no hubiera sido exactamente perfecta.

Volví a la fiesta y me reencontré con mis hermanos, que parecían estar pasándola bien. Me sentía totalmente fuera de lugar y temía que se me notara en la cara que acababa de perder la virginidad.

—¿Dónde estabas, Zoe? —Malcon pasó un brazo por mis hombros y me atrajo hacia él. Siempre había sido el más protector de todos.

—Seguro se fue a tomar algo con unos amigos —bromeó Liam, haciendo que Malcon frunciera el ceño y pusiera cara seria.

—No tiene edad para beber.

—Como si eso le preocupara a alguien —respondió el más provocador, encogiéndose de hombros.

—No tomé —susurré, incómoda.

—¿Ven? —Malcon sacó pecho—. Zoe es una buena chica.

—Cuídenla, voy para allá —dijo Cora, saludándonos con la mano al encontrar algo más interesante al otro lado de la multitud.

No volví a ver a Justin esa noche, pero al día siguiente sabía que él solía hacer entregas desde la granja de su papá al mercado local. Así que salí de casa bien temprano y monté a caballo hasta el pueblito donde vivíamos, ansiosa por encontrarme con él.

Después de lo que habíamos vivido esa noche, imaginaba que empezaríamos una relación, y mi corazón latía con fuerza ante esa posibilidad.

Dejé el caballo en un establo cerca del mercado y empecé a buscarlo, cruzando los dedos para no llegar demasiado tarde.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro en cuanto lo vi con unos amigos. Estaba tan emocionada por ese reencuentro que empecé a correr, pero me detuve junto a un árbol cuando escuché que uno de sus amigos decía mi nombre.

—¿Y entonces? ¿Te acostaste con Zoe Collins anoche o no?

—¡Claro! —alardeó Justin, como si hubiera ganado una apuesta.

—Sus hermanos te van a arrancar los huevos.

—Olvídate. —Rió—. Está loca por mí.

—No mientas, maldito —lo desafiaron, y Justin hizo una mueca.

—Deberían ver la cantidad de sangre que dejó en la manta de la camioneta.

—¿Era virgen? —Uno se quedó boquiabierto.

—¡Solo tiene dieciséis! —Otro le dio un golpe en la cabeza al que se sorprendió.

—Me deben veinte dólares cada uno —Justin infló el pecho.

—¿Le metes la verga a la niña y encima quieres que te paguemos?

—Pensaron que no lo lograría. Me deben ese dinero.

Refunfuñaron, pero al final sacaron las billeteras y le pagaron a Justin.

Yo temblaba, apoyada contra el tronco del árbol, pero esa vez no era por los nervios. La frustración y el dolor eran tan intensos que sentí como si el suelo se abriera bajo mis pies.

No podía creer lo que estaba pasando. Quise pensar que era una pesadilla, pero me pellizqué varias veces y no desperté.

—Gracias, perdedores. Tengo que irme, mi papá me espera en la granja —dijo Justin, saludando con la mano mientras se daba vuelta y caminaba justo hacia donde yo estaba.

Di un paso al costado, obligándolo a mirarme. Yo tenía los ojos rojos y la cara hinchada de tanto llorar. Estaba completamente destrozada, pero la rabia dentro de mí era suficiente para no tener vergüenza de que me viera así.

—¡No puedo creer que me hiciste esto! —Lo empujé en el pecho, tomándolo por sorpresa y haciéndolo retroceder unos pasos.

—¿Qué cosa? ¿Lo de anoche? No recuerdo que dijeras que no querías.

—¡Pensé que me querías! —Apreté los dientes con aún más furia.

—¿Quererte a ti? —Justin se inclinó hacia adelante y se echó a reír, como si le hubiera contado un chiste, dejándome aún más

avergonzada—. ¿De dónde sacaste eso?

—Nosotros... Nosotros... —Empecé a sollozar de nuevo, las lágrimas me brotaban del pecho.

—Tuvimos sexo y ya. Yo no te prometí nada, ¿o sí?

Abrí la boca un par de veces, pero no pude decir una sola palabra.

—Quítate del camino, que llego tarde —dijo, pasando a mi lado y caminando hacia la camioneta como si yo no existiera.

Me quedé ahí, sola, humillada, abandonada, rechazada por el tipo al que amaba y por quien, durante un momento, me ilusioné pensando que también podría sentir algo por mí.


Zoe
Collins

Capítulo uno

Hoy en día...

—¿Profe?

Parpadeé y salí del breve trance cuando escuché a mi alumna llamarme.

—Hola, Britney. —Le sonreí.

—Terminé.

—¿Me dejas ver? —Tomé la hoja con el ejercicio que les había dejado a mis alumnos.

Me encantaban los niños, y la posibilidad de estar con ellos y dedicarme a enseñarles siempre había sido algo muy gratificante para mí. Sentía que no había otro lugar para mí que no fuera como maestra de primaria, rodeada de esos pequeños que me llenaban de amor y me sorprendían con su inteligencia.

—¡Felicidades, Britney!

—¿Lo hice bien?

—Sí, lo hiciste muy bien.

—¡Yuju! —La niña celebró y volvió junto a sus compañeros, sentándose en la mesita baja, del tamaño adecuado para ellos.

Fui revisando lo que estaban haciendo y asistí a uno que otro que tenía más dificultades, hasta que el timbre anunció el final de la clase.

Ayudé a todos a recoger sus mochilas y loncheras, organizándolos en una fila para que pudieran salir de manera ordenada y encontrarse con sus padres, asegurándome sobre todo de que ninguno se me perdiera de vista. Por más que adorara a esos pequeños, eso no significaba que la responsabilidad fuera menor.

Los padres se agolpaban en la entrada de la escuela, esperando a que les entregaran a sus respectivos hijos. Como era un pueblo pequeño, todos se conocían y el riesgo de que algún niño se fuera con la persona equivocada era mínimo. Me gustaba mucho eso de Fredericksburg, esa sensación de que todos cuidaban un poco de todos.

—¡Chau, profe! —Judy me saludó con la mano al tomar a su hermana menor y caminar hacia la patrulla donde mi hermano las esperaba.

Vi que todos mis niños ya se habían encontrado con sus respectivos responsables, así que me acerqué a mi hermano.

—¿Cómo estás? —Malcon me atrajo hacia él y me dio un abrazo y un beso en la cabeza.

—Bien, ¿y tú?

—También.

—¿Nuestros padres, nuestro abuelo...?

—Nada de qué preocuparse. —Le sonreí.

—¡Qué bueno! ¿Te enteraste de que el señor Foster tuvo un infarto?

—Ay, pobre. ¿Pero está bien?

—Lamentablemente no. Lo trasladaron a Dallas en helicóptero, pero falleció antes de llegar al hospital.

—Qué tragedia.

—Sí... La ciudad está organizando el funeral, y sus hijos deberían regresar para la ceremonia.

—¿Los hijos?

—Sí.

—Ah —balbuceé, tratando de no mostrar cuánto me afectaba esa noticia.

—¡Vámonos a casa, niñas! —Malcon ayudó a sus hijas a acomodarse en el asiento trasero de la patrulla—. ¿Necesitás que te lleve al rancho?

—No. Voy a volver con Cora.

—Nos vemos, hermanita. —Malcon me dio un beso rápido en la frente y saludé a las niñas mientras él encendía la patrulla y arrancaba.

Foster...

Hacía ya bastante tiempo que no escuchaba ese apellido, o tal vez fingía que ninguna novedad llegaba a mis oídos. Por más horrible que sonara, la mejor noticia que había recibido en años había sido que Janice y Charles Foster se habían divorciado. No es que deseara el mal de la pareja, pero la mujer se fue del pueblo y se llevó con ella a sus tres hijos, incluido Justin.

No tener que cruzarme con él por el pueblo, ni recordarme a cada rato cuánto me había humillado y engañado, era un verdadero alivio para mí.

No sabía qué rumbo había tomado Justin en su vida y, sinceramente, prefería que las cosas siguieran así. No quería noticias, ni tener que verle la cara nunca más. Durante una década, eso había funcionado perfectamente.

Podía ser optimista: él solo vendría al velorio de su padre y seguramente se iría después. No había motivos para preocuparme. Yo ni siquiera tenía que ir al velorio y correr el riesgo de toparme con él.



Justin Foster

Capítulo dos

Mi vida había cambiado tanto en la última década que ni siquiera podía creer que había nacido y pasado mi juventud en ese pueblito. Por más que ya tuviera más de dieciocho años cuando mis padres se divorciaron, mi madre terminó convenciéndome de que irme con ella a la ciudad era lo mejor que podía hacer por mí mismo.

Tenía razón…

Había conseguido una beca para estudiar finanzas en una universidad de San Francisco. Me dediqué de lleno, me gradué y, de ser un muchacho ingenuo, me convertí en un león del mercado de valores. Ganaba mucho más dinero del que alguna vez pude imaginar cuando dejé el rancho.

En toda esa última década, no me vi con mi padre más de una docena de veces. Le pagué el pasaje e insistí en que viniera a visitarme a California, pero no le gustaba salir de esa granja y siempre era reacio a aceptar mis invitaciones. Él quería que yo regresara, pero nunca volví a poner un pie en ese lugar. Ya no era mi hogar.

El chico rústico que había salido de Texas había cambiado tanto que ya no me reconocía a mí mismo.

Me conformaba con saludos familiares ocasionales o alguna que otra Navidad, parecía suficiente, pero al despertar esa mañana con la noticia de la muerte de mi padre, tuve que aceptar que volver era necesario.

Mi secretaria se encargó de reservar el vuelo y el auto alquilado en el aeropuerto para que pudiera conducir hasta el rancho.

Mis hermanos también habían tomado otros caminos en la vida. Anne era chef en un restaurante en Dallas, y Harold, mi hermano mayor, vivía intentando distintos negocios, pidiéndome dinero y lanzándose a nuevas aventuras, pero ninguna le salía bien. Yo ya lo había dejado por la paz, evitaba cruzarme con él y esperaba que lograra salir de esa situación por su cuenta. Lamentablemente, durante esos días no iba poder evitar su presencia.

Mi madre también había fallecido hacía un año, lo que volvía mi existencia aún más solitaria, pero ya me había acostumbrado y vivía con tranquilidad.

Observaba la carretera mientras conducía rumbo a Fredericksburg. Según el GPS, aún faltaba aproximadamente una hora para llegar a mi destino. Todavía no sabía con exactitud qué haría con el rancho y las pertenencias de mi padre, pero imaginaba que podría resolverlo pacíficamente con mis hermanos.

En el fondo, solo esperaba el momento de poder irme, y cruzaba los dedos para que eso pasara lo más pronto posible.

A medida que me acercaba al pueblo, me sorprendió lo increíblemente familiar que seguía siendo. Esperaba ver cambios, construcciones nuevas, algún signo de modernidad, pero todo estaba exactamente como lo recordaba.

El mercado donde la gente compraba y vendía provisiones tenía la misma fachada, quizás un poco más desgastada por el paso del tiempo.

La gasolinera y el cine seguían en el mismo lugar.

Las personas también parecían las mismas, salvo por los rostros: no las recordaba, pero se veían tan envejecidas y deterioradas como los edificios del lugar.

Se me quedaron viendo cuando estaba dentro del auto negro descapotable. Yo era un completo extraño, y no esperaba que fuera diferente. Yo ya no era el mismo hombre que se había marchado de ese pueblo diez años atrás.

Tomé el camino de tierra que llevaba hasta el rancho de mi padre. En cuanto crucé la tranquera, noté los vehículos estacionados frente a la casa, que también se veía vieja y gastada como el resto del pueblo.

Estacioné y bajé, acomodándome los lentes de sol y el saco del traje. Al menos en California ya me había acostumbrado a andar

vestido así, incluso con el calor intenso.

Pisé el primer peldaño de madera del porche, escuchando cómo crujía, y entré en la casa. Estaba desordenada y llena de polvo; mi padre nunca estuvo muy preocupado por esos detalles y nunca aceptó la sugerencia mía ni de mi hermana de contratar una empleada.

Hablando de ella, Anne fue la primera persona que vi. Estaba en el sofá, frotándose los ojos hinchados, mientras su esposo le rodeaba los hombros. El hijo de ambos jugaba con unos bloques sobre la mesa de centro.

—Justin... —Levantó la mirada, notándome cuando el crujido del piso delató mi presencia.

—Hola, hermana. —Le sonreí con incomodidad.

Se levantó del sofá y vino hacia mí, rodeando mi torso con los brazos y hundiendo la cabeza en mi pecho.

—¿Por qué tuvo que pasarle esto a papá?

Pensé en decirle que todos íbamos a morir algún día, que eso era lo único seguro, pero me pareció demasiado frío, así que simplemente la abracé, devolviéndole el gesto.

—Él debería haberse ido a vivir con nosotros.

—Sabes que le gustaba este lugar. Por eso se divorció de mamá. —Le acaricié el cabello.

—Pero…

—Todo va a estar bien, Anne. —No tenía ninguna certeza al decirlo, pero era lo que ella necesitaba escuchar en ese momento.

Siguió abrazándome, llorando, hasta que su hijo la llamó. El pequeño, que no tendría más de dos años, era demasiado chico para entender lo que estaba pasando.

—¿Dónde está Harold?

—Afuera. —Hizo un gesto con la cabeza, señalando el camino hacia la cocina.

—Está bien. —Me quité el saco, lo colgué en una de las sillas del comedor y me aflojé la corbata antes de seguir por donde ella había indicado.

En cuanto abrí la puerta trasera de la casa, mi hermano se giró hacia mí. Estaba de pie, observando el extenso pasto que se perdía en el horizonte.

—¿Pensando en cómo vas a recuperar esta granja? —me aventuré a decir.

—¿Crees que podría lograrlo?

—Podría ser tu próxima aventura…

—¿Y tú no vas a decir que voy a fracasar como con todas las demás aventuras? —Metió las manos en los bolsillos del pantalón negro mientras inflaba el pecho.

—Hoy estoy un poco más solidario.

—Los velorios nos sacuden.

—Sí... —Me encogí de hombros.

—Pensé que ni siquiera vendrías.

—Dudo que Anne me hubiera perdonado si no aparecía.

—Es muy posible que no. —Se encogió de hombros.

—Solo algo así de terrible podía hacerme volver.

—No creo que sientas que perdiste gran cosa.

—Tal cual, así me siento.

Mi hermano negó con la cabeza, pero no dijo nada. Ojalá mi ego fuera lo único con lo que tuvieran que lidiar.



Rancho Collins — LIVRO 1

Zoe Collins

Capítulo tres

—Es tan triste cuando alguien muere así —comentó mi madre, mientras colocaba una fuente con panqueques dulces en el centro de la mesa para el desayuno de ese día.

Por más que yo amara mi pueblo, el hecho de que fuera tan pequeño hacía prácticamente imposible escapar de ciertos temas, porque todos estaban hablando de lo mismo.

Hasta que el cuerpo del señor Foster se enfriara, él sería el centro de todas las conversaciones, lo que dejaría al pueblo con ese aire lúgubre por un tiempo.

Cuando alguien moría, nunca era fácil para mí, porque los niños tenían dificultades para entender ese momento y, como maestra, me tocaba a mí intentar explicárselo de la mejor forma posible.

Era sábado, así que tenía la excusa perfecta para quedarme en mi cuarto, planificando las actividades de los niños para la semana siguiente, o simplemente leyendo un buen libro acompañada de una botella de vino.

—Zoe, querida.

Tardé un poco en salir de mis pensamientos y darme cuenta de que mi madre me estaba hablando.

—¿Sí?

—Quiero que vengas conmigo al velorio.

—¿El del señor Foster?

—¿Cuál otro sería?

—Ay, mamá, no creo que deba ir.

—¿Por qué no?

Por supuesto que ni mi madre ni nadie de mi familia sabía lo que había pasado entre Justin Foster y yo. Él había dejado el pueblo hacía tanto tiempo que hasta podía fingir que nada de lo que ocurrió entre nosotros fue real. Era mucho más fácil hacer eso que aceptar que me había usado y tirado como si fuera basura después de entregarle mi cuerpo y mi corazón.

—No me gustan esos ambientes. Tú lo sabes...

—Pero no quiero ir sola, y nuestra familia tiene que estar presente. El señor Foster ha vivido en este pueblo desde hace tanto tiempo que no podemos simplemente ignorar su velorio.

—¿Papá no puede acompañarte?

—¿Olvidaste que viajó con Liam a esa exposición de ganado?

—Pensé que volverían hoy.

—Hasta la próxima semana no regresan.

—Puedo ir contigo, Francine —se ofreció el abuelo, haciendo que yo sonriera y sintiera, por unos segundos, que me había librado de eso.

—Será maravilloso tener tu compañía —dijo mi madre, sonriéndole a su suegro, y yo solté un bufido.

No podía ir a ese velorio. No quería ir...



Justin Foster

Capítulo cuatro

Me serví un trago de whisky puro de malta y le puse dos cubos de hielo. Aquella botella de whisky era la favorita de mi padre, y él la tomaba en dosis casi simbólicas en ocasiones muy especiales, pero no podía pensar en una situación más importante que esa.

Desde que había vuelto al pueblo, me invadía una mezcla de nostalgia y melancolía. Todo lo que había dejado atrás seguía exactamente igual, sobre todo mi antiguo cuarto. Era como si mi padre aún tuviera la esperanza de que regresara y quisiera que encontrara mis cosas como si nunca me hubiera ido. Sin embargo, la verdad era que lo que había quedado allí -mis viejos CDs, los pósters de béisbol, la ropa de campo- ya no significaba nada para mí, ni representaba la persona en la que me había convertido.

Poco a poco, la casa empezaba a llenarse. El pueblo comenzaba a reunirse para despedir a mi padre. Me di cuenta de que era mucho más querido de lo que imaginaba... o quizá eso había cambiado con los años, mientras él envejecía.

—Lamento mucho tu pérdida —dijo una señora al acercarse. Me dio un abrazo al que devolví con torpeza—. Tu papá era muy querido por todos nosotros.

—Sí... —murmuré con una sonrisa forzada, y me tomé otro trago del whisky, que bajó quemándome la garganta.

—Todos lo vamos a extrañar muchísimo.

—Gracias por venir —respondí, con una amabilidad fingida, porque sabía que eso era lo que esperaban de mí.

Me escapé de otras personas que querían dar el pésame o, peor aún, acercarse para ver cómo estaba, y me dirigí hacia el ataúd de mi padre, que descansaba en un rincón de la sala.

La funeraria local había hecho un trabajo decente, porque tenía un aspecto saludable, con el rostro bronceado y las mejillas sonrosadas. Podría jurar que solo estaba dormido. Después de tanto trabajo duro en el rancho, merecía un buen descanso.

Ojalá fuera solo eso...

Escuché algo, o tal vez fue solo un escalofrío lo que me hizo girar hacia la puerta. Lo primero que vi fue a Francine Collins, y esperaba que estuviera acompañada de su esposo. Considerando que su hijo aspiraba a la presidencia del país y todos los recursos que esa familia tenía, los Collins eran lo más cercano a la realeza que había en este pueblo, y no era ninguna sorpresa que estuvieran allí. Siempre aparecían tanto en los mejores como en los peores momentos.

Aunque eso era lo que esperaba, cuando la mujer se dio vuelta para saludar a mi hermana, no era su esposo quien la

acompañaba, sino su hija menor.

Zoe...

El tiempo había pasado para ella igual que para todos los presentes en esa sala, incluido yo. Pero en vez de parecer marcada por los años, el paso del tiempo la había convertido en una mujer. Ya no era la niñita que siempre andaba detrás de mí, sino alguien que, sin duda, no esperaba volver a ver.

Con un vestido negro ajustado hasta la altura de las rodillas, su cabello rubio caía en ondas alrededor de su rostro triangular, enmarcándolo. Los labios, teñidos de rojo, resaltaban contra su piel ligeramente bronceada por el sol de Texas.

Estaba hermosa, y sería una mentira si dijera que no llamó mi atención.

—Lamentamos mucho tu pérdida. —Escuché que Francine le decía a mi hermana.

—Gracias por venir.

Tomé otro trago de mi vaso, intentando no dejar ver cuánto las estaba observando, aunque no estoy seguro de haberlo logrado.

Por un instante, mis ojos se encontraron con los de Zoe y vi un destello de rabia atravesar ese verde pasto de su mirada. No lo recordaba hasta ese momento, pero la expresión que me dirigió fue exactamente la misma de la última vez que nos vimos, cuando

descubrió que yo había apostado con mis amigos que me acostaría con ella.

Ambos éramos jóvenes, y admito que me comporté como un idiota, pero por su expresión, era evidente que su rabia seguía ahí, incluso después de diez años. Sin embargo, si no me había preocupado por eso antes, no iba a preocuparme ahora.

Después del velorio, me iría. Y esta vez, para no volver nunca más.

Tomé otro sorbo del whisky y me quedé en el mismo lugar hasta que la señora Collins se acercó a la mesa con comida y colocó una de sus deliciosas tartas.

—¿Justin?

—Señora —dije, inclinando apenas la cabeza.

—Estás cambiado.

—Todos lo estamos.

—Lamento la pérdida de tu padre.

—Gracias por venir —respondí cordialmente, aunque en realidad no me importaba.

—No hay de qué.

Miré por encima de su hombro, buscando a su hija, pero no la vi. Solo estaba el abuelo de Zoe.

¿A dónde se había ido? ¿Será que solo fue una ilusión...?

No me importaba.

Terminé mi trago de whisky.


Zoe
Collins

Capítulo cinco

Sentí que me faltaba el aire y tuve un leve mareo, lo que me hizo salir de esa vieja casa de madera y bajar las escaleras hasta acercarme al auto donde mi abuelo lo había estacionado.

No debería estar ahí.

Era obvio que Justin vendría. Estaba segura de que lo encontraría en cuanto pusiera un pie en ese lugar. Creía que estaba preparada para eso, habían pasado muchos años y no necesitaba seguir lamiéndome las heridas viejas, pero en cuanto lo vi, un dolor tan intenso regresó a mi pecho como si nunca se hubiera ido.

Respiré hondo y levanté la cabeza. No podía llorar, no tenía sentido, y ni siquiera era tan cercana al señor Foster como para usar su muerte de excusa.

Después de que Justin se fue, pasaron muchas cosas en mi vida. Suficientes como para jurarme a mí misma que ya lo había superado. Me mudé para ir a la universidad, incluso tuve un novio, pero la relación terminó cuando cada uno regresó a su pueblo.

Amaba a mis niños y no esperaba necesitar algo más para sentirme completa.

Todo estaba bien, o al menos eso creía hasta ese momento...

¿Qué tan profundamente me pudo haber herido como para que todavía me doliera así?

—Zoe...

Tragué saliva cuando escuché una voz masculina llamarme. Respiré hondo y sonreí al girarme. Por suerte, era mi abuelo buscándome.

Definitivamente, nunca iba a ser Justin.

—¿Estás bien, querida?

—Necesitaba un poco de aire.

—¿Te sientes mal?

—No. —Negué con la cabeza, intentando alejar las lágrimas —. No me gustan mucho los velorios, mirar el ataúd me pone nerviosa.

—Te entiendo. Iré a hablar con tu madre.

—Déjala quedarse un rato más adentro. Nuestra presencia es importante allí.

—Si necesitas algo...

—Estoy bien, abuelo.

Él me sonrió y asintió antes de volver a entrar a la casa, y yo respiré hondo mientras me apoyaba en el auto.

—*¡Plofesola!* —Una de mis alumnas corrió hacia mí y se abrazó a mi pierna, haciendo que me agachara para acariciarla.

—¡Hola, April!

—Hola.

—Zoe. —La madre de la niña, que trabajaba en el supermercado, me sonrió al notar mi presencia—. No sabía que ibas a venir.

—Vine para acompañar a mi mamá.

—Ah, yo tenía que venir. Trabajé con el señor Foster durante tres años antes de entrar al supermercado. Tenía que despedirme, pero no había nadie con quién dejar a April. ¿Sería mucha molestia si la dejo contigo un ratito mientras entro?

—Para nada. Yo la cuido.

—Muchas gracias. —La madre de la niña suspiró aliviada.

No era ningún sacrificio para mí, me encantaba estar con los niños y, especialmente en ese momento, cualquier excusa era bienvenida para quedarme afuera y no cruzarme con Justin de nuevo.



Justin Foster

Capítulo seis

Regresamos a la casa de mi padre al final de la tarde, después de acompañar el cortejo hasta el cementerio del pueblo para enterrarlo. Cuando todos se fueron, quedamos solo yo, mis hermanos y la familia de Anne.

Estaba desesperado por irme. Si fuera por mí, agarraría mis cosas y dejaría ese pueblo esa misma noche. Ya no tenía ningún motivo para volver.

Me detuve junto a Anne mientras ella recogía vasos sucios y algunos platos para llevarlos a la cocina. Me puso varios vasos en los brazos para poder tomar más.

—Me voy mañana temprano —avisé.

—No puedes —me regañó.

—¿Cómo que no? Nuestro padre ya fue enterrado, no hay nada más que yo pueda hacer aquí.

—Tenemos que decidir qué haremos con el rancho y las otras pertenencias. El lugar está lleno de animales, hay empleados...

—Por mí, ustedes dos pueden hacer lo que quieran. Aquí no hay nada que me interese.

—Sabes que no puedes hacer eso. —Frunció los labios, molesta conmigo.

—Tengo que volver al trabajo, Anne.

—¿Crees que eres el único? —Alzó las cejas, dejando aún más clara su molestia—. Todos nosotros tenemos una vida fuera de aquí.

—Qué bueno que lo entiendes.

—Vas a tener que avisar que por lo menos el lunes tienes que quedarte. Papá no dejó testamento, así que tenemos que ir al registro civil del pueblo e iniciar el proceso de sucesión. Si de verdad no quieres nada, tendrás que dejarlo por escrito.

—Anne...

—Ni me mires así. —Bufó.

—Está bien. —Terminé aceptando.

Después de ayudarla a recoger los platos y la basura, fui a mi cuarto de adolescente, donde había dejado mis cosas, y le envié unos mensajes a Philip, un socio de la firma de inversiones de la cual yo era uno de los dueños.

Justin:

Voy a tener que quedarme en Texas por dos o tres días más. Espero que puedan manejar todo por allá.

Philip:

Está todo en buenas manos.

Justin:

¡Perfecto!

Philip:

Lamento mucho lo de tu padre.

Justin:

Estoy bien con eso.

Philip:

¿Y tus hermanos?

Justin:

También se van a quedar.

Solo necesito posponer mi regreso para resolver todo el papeleo relacionado con los bienes de mi padre.

Philip:

Me lo imagino, pero no te preocupes. Todo va a estar bien.

Justin:

Mantenme al tanto.

Philip:

Claro.

Puse el celular sobre la mesita de noche y acomodé la almohada detrás de mí para recostarme mejor en la cama. Estaba demasiado cansado hasta para levantarme y darme una ducha, aunque sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo.

Me había prometido a mí mismo que no volvería a ese pueblito, y esperaba que, después de regresar a casa, finalmente pudiera cumplir esa promesa.


Zoe
Collins

Capítulo siete

—Desapareciste por completo durante el velorio y el entierro —comentó mi madre cuando bajé a cenar. Por un momento pensé que podía escaparme, pero era evidente que ese tema iba a seguir dando vueltas por un buen rato.

—Estuve pendiente de April para que su mamá pudiera despedirse del señor Foster.

—Sabes que no tienes que hacer de niñera solo porque les das clases.

—Está todo bien, Cora.

Mi hermana mayor refunfuñó, pero no dijo nada más, concentrándose en ayudar a su hija a comer.

Podían reprochármelo, pero era mejor eso que admitir que estaba evitando a Justin Foster porque me había destrozado el corazón hace diez años. Tal vez fuera demasiado tiempo para guardar rencor, pero no pude evitar el dolor cuando lo vi de nuevo, aunque fuera solo por un segundo.

Fue mi primera y más grande decepción amorosa.

Tenía una excusa y la iba a mantener hasta el final, con tal de no tener que enfrentar ningún otro problema. Con suerte, Justin ya

se habría ido del pueblo y no tendría ningún motivo para volver, ya que todos sus vínculos con este lugar se habían roto.

En cuanto terminé de cenar, me escapé a mi habitación con la excusa de que tenía clases que preparar. Mi madre y mi hermana no insistirían. Imaginaba que nadie sabía cuánto me dolía todavía lo que Justin Foster me había hecho años atrás.

Diez años son mucho tiempo. Otros hombres pasaron por mi vida, pero ninguno fue lo suficientemente intenso como para curar esa herida. Tal vez, si estuviera casada y feliz, ver de nuevo a ese idiota que me rechazó y me trató como basura sería más fácil. Pero no podía culparlo por mis otras relaciones fallidas.

Todavía era joven, tenía apenas veintiséis y toda una vida por delante. Tal vez conociera al tipo perfecto durante una visita a mi hermano Jackson, o en el próximo rodeo de Liam. Mi vida estaba bien, y no veía por qué tenía que apurarme con eso.

Justin sí fue una herida, pero ya era parte del pasado, y no tendría que preocuparme más por su presencia. Ya había lidiado con ese dolor antes, y podía hacerlo una vez más.



Justin Foster

Capítulo ocho

El domingo se me hizo eterno, sobre todo mientras peleaba con la señal inestable de internet en ese maldito pueblo del fin del mundo. Mi papá nunca fue muy fanático de la tecnología y le daba igual si había o no una conexión decente de Wi-Fi. Hasta sospechaba que había sido mi hermana quien lo obligó a instalar internet en la casa, alegando que no lo visitaba por culpa de eso.

Pasé la mañana y la tarde intentando revisar los fondos de inversión y abrir las páginas de noticias que movían el mercado, pero después de perder la batalla, terminé cerrando la laptop y la guardé de nuevo en mi maletín.

Mi estadía en ese lugar tenía que terminar pronto para que pudiera volver a San Francisco. La persona en la que me había convertido ya no reconocía nada de eso, ni lograba sentirse cómoda allí.

Salí del cuarto y caminé hasta la sala, donde mi hermano estaba hundido en un sillón viejo, con una cerveza en la mano y viendo un partido de básquetbol.

—Hay más en la heladera si quieres. —Levantó la botella—. Papá dejó un buen stock.

—Paso. —Hice un gesto con la mano.

—¿Ahora que tienes plata solo tomás bebida de rico?

—Simplemente no tengo ganas de tomar ahora.

—Como digas. —Se encogió de hombros.

—¿Dónde está Anne?

—Creo que fue a acostar al niño.

—Ah... —Miré alrededor y terminé dejándome caer en el sofá, que se hundió bajo mi peso—. ¿No tienes hambre?

—¿Por qué no pides una pizza para nosotros?

—Creo que las apps de entrega no funcionan acá.

—Puedes llamar a la pizzería. Apuesto a que el número sigue siendo el mismo que está en la calcomanía pegada en la heladera.

—Claro... —murmuré.

—¿Se te olvidó cómo usar el teléfono?

—No. Solo me olvidé de lo rudimentarias que pueden ser las cosas en este lugar.

—Igual no vas a quedarte para siempre.

—Ni en broma. —Me incorporé como pude y fui a la cocina, buscando entre un montón de imanes el número de la pizzería local.

Y pensar que en mi adolescencia ni siquiera se me pasaba por la cabeza salir de este agujero del mundo.

El dueño de la pizzería era el mismo viejo que recordaba, y quiso darme el pésame por teléfono cuando me identifiqué. Por suerte logré cortarlo, porque si lo dejaba seguir, iba a perder la noche en una charla inútil que no nos llevaría a nada, y encima me iba a quedar sin pizza.

Me prometió que la pizza llegaría en una hora a la granja, así que no quedaba más que esperar. Al final, terminé cediendo a la invitación de mi hermano y saqué una cerveza de la heladera, sentándome de nuevo a su lado para ver el partido.

—¿Hace cuánto que no estábamos así? —comentó, con un dejo de nostalgia.

—Bastante.

—Estar de vuelta no es tan terrible.

—No tienes idea de cuánto sí lo es —murmuré, recostándome hacia atrás.

Seguía contando los minutos para largarme de ahí y volver a lo que ahora era mi verdadera normalidad.


Zoe
Collins

Capítulo nueve

El lunes por la mañana, mi papá y Liam todavía no habían regresado del viaje y yo salí temprano para ir a la escuela.

Cora se iba a un entrenamiento de enfermería en Dallas y ella aprovecharía para pasar la semana en casa de su esposo. Ellos se turnaban entre aquí y allá, pero lo habían hecho funcionar, y sin duda, eso era lo más importante. Ver a mi hermana feliz con ese matrimonio y con la hija que tenían también me alegraba mucho.

Como no tenía quién me llevara, decidí ir en bicicleta hasta el pueblo. Me gustaba ese medio de transporte y me sentía libre con el viento fresco dándome en la cara, además de que ayudaba a hacer algo de ejercicio, considerando que no me movía mucho últimamente.

Me despedí de mi mamá y de mi abuelo, me acomodé la mochila en la espalda y subí a la bicicleta, pedaleando por el camino que llevaba al pueblo. Esa mañana el día estaba hermoso, con un sol radiante y un cielo azul apenas salpicado de nubes, lo que descartaba cualquier posibilidad de lluvia.

Era una nueva semana y podía empezar con el ánimo renovado. Todo ya mostraba señales de normalidad y me aseguré a mí misma de que no había nada de qué preocuparme. Pronto estaría

con mis queridos alumnos y haría lo que más amaba en este mundo: enseñarles a los niños.

Detuve la bicicleta frente al portón enrejado de la escuela y la aseguré a un soporte. No es que tuviera miedo de que se la llevaran, ya que en ese pueblo el índice de criminalidad era extremadamente bajo. Cuando alguien pasaba por dificultades, todos se unían para ayudar, así que nadie pasaba hambre. Generalmente los robos venían de forasteros, y mi hermano siempre se encargaba de alejarlos de nuestro pueblo.

Había crecido y pasado casi toda mi vida en ese lugar. Aunque durante la universidad probé vivir en una ciudad más grande, no había otro lugar que quisiera más que ese.

—¡Maestra! —gritó uno de mis alumnos, haciendo que me girara hacia él con una gran sonrisa.

—Buenos días, Zoe. —La mamá del niño me saludó con la mano mientras lo ayudaba a bajar del auto en el que venían.

—Buenos días, señora García.

—¿Estás emocionado por la clase de hoy, Derek?

Él asintió con la cabeza, haciendo que sus rizos se movieran.

Amaba a esos niños, y en algunas ocasiones había tenido que enfrentar preguntas entrometidas sobre por qué no tenía mis propios hijos. Siempre inventaba alguna excusa diferente, pero la

verdad era que todavía no había encontrado a alguien adecuado para ser padre. Y aunque podía hacerlo sola, no quería.

Tenía un sueño. Tal vez para algunos fuera tonto, pero para mí era importante formar una familia, convertirme en esposa y madre. Veía la vida que tenían mis padres, el amor que compartían y la forma en que nos criaron. Quería eso para mí algún día, y aún tenía esperanzas.

Por puro reflejo, me giré hacia la calle y vi pasar un auto deportivo. Era descapotable, lo que me permitió ver quién iba dentro. La garganta se me secó y las piernas me temblaron al reconocerlo, aunque llevaba lentes de sol.

¿Qué diablos seguía haciendo él en este pueblo?

Mi corazón empezó a latir más rápido y sentí unas ganas tremendas de salir corriendo, pero al mismo tiempo era como si mis pies estuvieran pegados al concreto, tan firmes que no pudiera moverme.

Se veía tan distinto... y al mismo tiempo tan igual...

Pareció que pasó una eternidad hasta que Justin desapareció al doblar en una esquina. Tuve la impresión de que había bajado la velocidad, pero tal vez solo fue eso, una impresión.

—¿Zoe? —Cristine, la mujer que controlaba la entrada y salida de los alumnos en la escuela, me llamó, sacándome de mis pensamientos.

—¿Sí? —Parpadeé varias veces y le sonreí. No quería que notara que estaba desorientada.

—¿Vas a entrar o estás esperando a alguien afuera?

Miré el reloj de la plaza al otro lado de la calle y me di cuenta de que ya era hora de empezar la clase.

—Voy a entrar. —Inspiré profundamente y crucé el portón, permitiendo que Cristine lo cerrara justo después.



Justin Foster

Capítulo diez

¿Era ella?

Había bajado la velocidad del auto para asegurarme mientras pasaba frente a la escuela infantil del pueblo. Zoe Collins estaba en la puerta, usando un vestido floreado que la hacía brillar. El sol pegaba en su cabello rubio y lo hacía resplandecer aún más, casi como si un reflector estuviera apuntándola directamente, volviéndola imposible de ignorar.

¿Qué estaría haciendo en la puerta de la escuela?

¿Tendría hijos?

Aunque no era asunto mío, la curiosidad pudo más y empecé a llenarme de preguntas.

Dejé esos pensamientos de lado en cuanto me detuve frente a la entrada del registro civil del pueblo. Seguía siendo el único en la zona y no había cómo confundirse, al menos eso pensé, hasta encontrarme con la puerta cerrada.

Bajé del auto tras estacionarlo cerca y caminé hasta donde estaba mi hermana, parada en la entrada esperando.

—¿Llegamos demasiado temprano? —Estiré el cuello para asegurarme de que la puerta realmente estuviera cerrada y no fuera

solo una impresión mía.

—En realidad, no.

—Entonces, ¿por qué sigue cerrado?

—Por lo que me contaron en la heladería de la esquina, el señor Brown, el notario, se agarró una gripe fuerte que se convirtió en neumonía, y está internado en Dallas desde la semana pasada.

—¿Y no hay nadie más que pueda atendernos?

Negó con la cabeza.

—Esto tiene que ser una jodida broma —bufé, molesto de verdad.

No había más remedio que esperar a que se recuperara o que el alcalde nombrara a alguien más para cubrir su puesto hasta que regresara.

—Tienes que ser un chiste —repetí, apretando los dientes.

—Ojalá lo fuera. —Agachó la cabeza, dejando claro que también estaba frustrada con la situación.

—Tengo que volver a San Francisco.

—No eres el único que tiene compromisos, ¿sabías? —gruñó mi cuñado, que hasta ese momento no había dicho nada.

Me encogí de hombros, pero seguí con cara de pocos amigos.

—Podemos ponernos de acuerdo para volver a vernos aquí en un mes —sugirió Harold, intentando calmar los ánimos—. Me quedaré aquí y esperaré a tener noticias del registro civil.

Mi hermana y yo nos miramos, y terminé asintiendo con la cabeza. Esperaba no tener que volver nunca más a ese maldito lugar, pero no todo salía como uno quería.

—Está bien —asentí, ya que no había mucho más que pudiera hacer al respecto.

De todas formas, mi vuelo de regreso salía recién al día siguiente, así que me quedaría en el pueblo hasta el final del día y después manejaría hasta el aeropuerto más cercano.

—¿Qué te parece si almorzamos juntos en la parrillada? —Mi hermana sonrió, intentando levantarme el ánimo como si fuera algo fácil de lograr.

Solo asentí con la cabeza. No tenía nada más que hacer y podía aprovechar ese rato para estar con lo poco que quedaba de mi familia, ya que cuando nos separáramos, volveríamos a estar alejados por tiempo indefinido.

Todavía era temprano, así que Harold me convenció de dar una vuelta por el pueblo, mientras Anne llevaba al niño al parque que estaba en la plaza.

—Este lugar no es tan malo como parece —dijo, caminando a mi lado mientras yo mantenía la mirada al frente, sin distraerme con

las casas ni con la gente del lugar.

—Si tú lo dices. —Me encogí de hombros.

—¿Qué te pasó?

La pregunta de mi hermano me sorprendió, así que giré sobre los talones para mirarlo de frente.

—¿Cómo que "qué me pasó"?

—Antes te gustaba vivir aquí.

—Era un adolescente. No conocía ningún otro lugar.

—¿Y crees que ahora estás mejor?

—¡Por supuesto que sí! —Ni lo dudé al responder.

—Si tú lo dices.

—¿Parece que no estás de acuerdo conmigo? —Metí las manos en los bolsillos del pantalón de vestir y saqué el pecho, sin apartar la vista de él.

—Solo creo que éramos más felices antes de que nuestros padres se divorciaran.

—Habla por ti.

—Tenías más amigos.

—Tengo amigos, Harold.

—Está bien —terminó cediendo, aunque no se veía muy convencido. Pero tratar de hacerle cambiar de idea me parecía una pérdida de tiempo.

—¡Eh, Harold! —Alguien nos llamó, y nos dimos vuelta.

Tardé un poco, pero al final reconocí al tipo. Era Jacob Miller. Solía salir con él y con mi hermano cuando éramos más jóvenes.

Se acercó a nosotros y abrazó primero a mi hermano, luego a mí. Le devolví el gesto por reflejo, pero sería mentira decir que me alegraba volver a verlo.

—Lamento mucho lo que pasó con su papá.

—Gracias.

—¿Van a volver a vivir aquí?

—Ni en broma —solté de inmediato y quizás en un tono demasiado brusco, porque el tipo dio un paso atrás como si lo hubiera asustado.

—Mis hermanos volverán a sus vidas, pero yo estoy pensando en quedarme un tiempo. Tal vez vuelva a conectarme con el rancho. —Harold fue más amable, lo que alivió un poco la tensión que había causado yo.

—Si necesitas ayuda…

—Lo tendré en cuenta —Harold le guiñó un ojo.

—Todavía nos damos una mano entre todos, como siempre.

—Eso está bien.

—En fin, bienvenidos de vuelta. —Nos saludó con la mano y se alejó, retomando su camino.

Harold me lanzó una mirada algo reprochadora, pero fingí que no me importaba. No tenía lazos con ese lugar y tampoco me interesaba tenerlos.

Mientras caminábamos, me di cuenta de que habíamos vuelto a pasar cerca de la escuela. Las puertas estaban cerradas, pero a través de la reja se podían ver algunos niños jugando en el parque, bajo la supervisión de una mujer.

Zoe Collins…

Era un pueblo pequeño y sería ingenuo de mi parte pensar que no me cruzaría con ella más veces de las que quisiera.

—¿Tiene hijos? —pregunté en voz alta. Era más un pensamiento para mí mismo, pero mi hermano lo escuchó y pensó que hablaba con él.

—¿Quién?

—Olvídalo —Desvié la mirada, pero fue suficiente para que él notara hacia dónde estaba viendo.

—¿La menor de los Collins?

—Sí…

—Hasta donde sé, sigue soltera.

—¿Qué hace en la escuela?

—Es maestra. Ya desde hace varios años.

—Ah —murmuré, sin decir nada más.

Podía haber estado mucho tiempo lejos, pero al parecer mi hermano seguía al tanto de los chismes y todo lo que se comentaba en ese pueblito. No sería una sorpresa admitir que, de todos los hermanos, yo era el que menos se interesaba en visitar a papá.

—¿Ustedes tuvieron una aventura amorosa, verdad?

—¿Una aventura amorosa? —Me sorprendió lo que dijo—. ¿Quiénes?

—Tú y Zoe.

—No sé de dónde sacaste eso.

—Recuerdo que alguien comentó algo justo antes de que nos fuéramos del pueblo.

—Nunca tuve nada con ella. Solo tuvimos sexo una vez, y ya.

—Tener sexo sí significa algo para mí. ¿Cuántos años tenía ella?

—¿Y eso qué importa ahora?

—Solo me dio curiosidad.

—Ya estás grande para andar de chismoso, Harold.

—Fuiste tú el que llamó mi atención hacia ella.

—Solo quería saber si tenía hijos.

—¿Vas a querer salir con ella otra vez?

—Vamos a la parrillada. Tengo hambre. —Cambié de tema, dándole unos golpecitos en el hombro.

Zoe era una historia que había quedado en el pasado, y no pensaba revolver lo que ya estaba enterrado.


Zoe
Collins

Capítulo once

El día siguió como estaba acostumbrada. Hice las tareas con mis niños, los llevé a jugar un poco y luego tomaron su siesta para después comer y prepararse para irse.

Gracias a mi querida clase, que reunía a diez niños de cuatro años, logré olvidarme momentáneamente de Justin y del hecho de que él estaba en el pueblo. Era una gran pérdida de tiempo y esfuerzo quedarme pensando en lo que me hizo y en cómo me sentía herida y lastimada.

Era obvio que a él no le importaba y no debería seguir sufriendo por algo que ya había pasado.

Cuando todos los niños se fueron, regresé al aula y tomé mis cosas para ir a casa también, pero en cuanto puse un pie en la calle, quise dar media vuelta.

Fue un susto verlo a Justin de pie, apoyado en la lateral de su auto negro, con los brazos cruzados y un traje impecable. Estaba muy diferente de cuando éramos jóvenes. Ya no llevaba la gorra puesta al revés, ni la camisa de cuadros sobre la camiseta blanca desgastada y los jeans.

Podría haberse confundido fácilmente con un abogado presumido o alguien que trabajara en una empresa de una gran

ciudad.

Lo que no sabía, y debo admitir que me dejó intrigada, era el hecho de que él estuviera allí. Estaba segura de que no tenía hijos ni sobrinos en la escuela para venir a buscarlos.

Pensé que podría pasar de largo y subirme a mi bicicleta, como si ni siquiera lo hubiera visto, pero cuando me llamó por mi nombre, fue imposible seguir ignorándolo.

—¿Zoe?

Respiré profundo y me pregunté si no quedaría mal que me fuera igualmente, como si no hubiera escuchado…

—¿Qué haces aquí? —Me di vuelta hacia él con tono cortante.

—Mi padre falleció.

No era su presencia en el pueblo lo que estaba cuestionando.

—Eso ya lo sé, pero él no estudiaba aquí ni tenía ningún vínculo con esta escuela.

—Es cierto. Vine a buscarte. No hablamos en el velorio y pensé que podríamos tomar un café, ya que aún me quedaré en el pueblo por hoy.

—Tengo que ir a casa. —Sujeté mi bicicleta, sintiéndome oprimida e incómoda con su presencia, igual que cuando era solo una adolescente.

—No te quitaré mucho tiempo.

—Mi mamá me está esperando.

—Ahora eres una adulta, Zoe. Estoy seguro de que no se van a enojar contigo si llegas un poco más tarde de lo habitual.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya te lo dije, conversar.

—No es un buen momento.

—¿Cuándo sería un buen momento?

Nunca, esa palabra estuvo en la punta de mi lengua, pero no pude sacarla. Era como si la presencia de Justin me dejara sin aliento, y no de una forma buena. Tenía tanta amargura acumulada en el pecho que me hacía sentir presión.

—Solo quiero irme a casa.

—Zoe... —Sujetó mi muñeca, impidiéndome escapar corriendo, como mis instintos me pedían.

Al sentir su palma caliente en mi muñeca, hubo un reflejo en mí de tirar el brazo hacia atrás, mientras que, a la vez, era como si él estuviera inyectando veneno paralizante en mi sangre. Mi boca se secó y mis piernas se volvieron de gelatina. Mi corazón latía rápido, mientras sentía que no podía respirar.

Me giré hacia él y lo miré por unos segundos. Mis pupilas se dilataron más y más, hasta que la luz me obligó a cerrar los ojos,

ayudándome a recuperar un poco de cordura para poder liberar mi brazo.

—¡Suéltame! —Gruñí como un perro rabioso.

—Creo que ya pasó demasiado tiempo para que sigas molesta conmigo. Fue solo una broma, podemos seguir con nuestras vidas sin rencores.

Gruñí, soltando mi mano de un tirón y la levanté, dándole una bofetada en la mejilla.

No debía hacer algo así frente a la escuela, donde todos los padres podían ver y comentar, pero ya era demasiado tarde. Fue imposible frenar el impulso y la rabia que me hicieron abofetearlo.

Justin se sorprendió y dio un paso atrás, frotándose la zona golpeada.

—Parece que no lo has olvidado.

—¡Ve a jugar con otra, imbécil! —Me alejé de él, ajusté mi mochila y subí a mi bicicleta.

Comencé a pedalear sin mirar atrás, solo quería escapar de ese tipo lo más rápido que pudiera.

Estaba tan furiosa que mi ira comenzó a desbordarse por mis ojos, cayendo en forma de lágrimas. Apreté con más fuerza los manillares y la tentación de gritar fue enorme, pero hasta que pudiera salir del pueblo, no quería que nadie se diera cuenta de lo

que estaba pasando, de lo contrario, pronto todos estarían comentando al respecto.

¿"Solo fue una broma"?

¿Pero cómo se atrevía a decir eso?

Una broma habría sido si me hubiera puesto una serpiente sin veneno en la mochila o una rana en mi armario, pero no robarme mi virginidad solo para cumplir una apuesta con sus amigos, como si yo fuera un objeto.

Estaba tan furiosa, con una rabia acumulada que ya llevaba diez años guardando. La misma que sentí cuando lo escuché reírse con los demás chicos y hablar sobre la noche que pasó conmigo.

Había sentido algo por ese tipo, y nada me molestaba más que saber que me había hecho quedar como una tonta.

Escuché el sonido de un coche acercándose, y cuando miré hacia atrás, vi que era el convertible que Justin conducía. No tenía idea de qué diablos quería siguiéndome, pero pedaleé lo más rápido posible, usando todo el aire de mis pulmones para tratar de despistarlo.

Era obvio que el motor de su coche tenía más potencia que mis piernas, y cuando llegué a una pequeña colina, él subió más rápido que yo y se atravesó en mi camino, bloqueando mi paso.

Apreté los frenos de la bicicleta, obligándola a detenerse rápidamente, pero la inercia me lanzó hacia adelante, haciendo que rodara por el camino sin pavimentar que llevaba al rancho de mi familia.

—¡Zoe! —Justin saltó del coche sin siquiera abrir la puerta del convertible y vino a ver qué me había pasado.

Me tomó de los brazos y me ayudó a levantarme. Afortunadamente, aparte de ensuciar un poco mi vestido, no tuve más que algunos raspones. Lo que Justin realmente había lastimado eran mis sentimientos.

—¿Estás bien? —Me recorrió con la mirada, evaluándome.

—Suéltame. —Golpeé sus hombros con las manos, intentando empujarlo con la mayor fuerza que tenía.

—¡Hey, calma!

—¡Suéltame! —gruñí, dándole una bofetada y golpeándole el pecho. Mi rabia no era solo por haberme hecho caer de la bicicleta, sino por todo lo que había acumulado y sentido a lo largo de esos últimos diez años—. ¡Eres un imbécil, idiota, estúpido!

—¡Espera! No te hice nada.

—¿No me hiciste nada? —Mi furia aumentó como leche hirviendo—. ¿Cómo te atreves a decir eso? —Mi ira en ese momento

era tan intensa que casi sentía que quería arrancarle la cara con los dientes.

—Estás siendo un poco dramática.

—¿Dramática?

Me debatía y movía las manos, tratando con toda mi fuerza de seguir golpeándolo, pero Justin era mucho más fuerte. Me sujetó con firmeza y me presionó contra el costado del coche, impidiendo que pudiera moverme lo suficiente como para rasparlo con mis propias uñas.

—Nunca debiste haberte cruzado en mi camino.

—Ya han pasado diez años. Pensé que ya lo habrías superado —dijo, como si fuera algo tan irrelevante, lo que solo me hizo sentir más molesta y frustrada.

Gruñía y apretaba los dientes como un animal feroz, y solo no lo atacaba porque Justin me sostenía con fuerza, apretando mis muñecas y presionando mi cuerpo contra el suyo.

—Tienes que calmarte.

No quería calmarme ni un poco.

Mi pecho subía y bajaba rápidamente, mientras mis ojos seguían clavados en los suyos. Ese color castaño nunca me había parecido tan molesto. Quería decir que el tiempo había consumido

todo lo que sentía por ese hombre, pero era evidente que aún quedaba mucha amargura y furia en mí.

—El tiempo te ha hecho bien. —Abrió una sonrisa que solo me provocó más—. Te pusiste más bonita.

—No puedo decir lo mismo de ti —dije entre dientes.

Era mentira. Sí, él estaba más guapo, sin mencionar que su ropa elegante, el cabello bien cortado y la barba arreglada ayudaban a que se viera más presentable que el chico que antes parecía salido del establo.

Justin ya no olía a sudor, pasto y madera, ese olor había sido completamente reemplazado por un perfume sofisticado, probablemente de una marca popular entre los hombres.

Sus músculos habían cambiado, era obvio, ya no cargaba tanto peso, pero eso no significaba que no cuidara su físico y mantuviera una buena forma. El chico de poco más de 18 años se había transformado en un hombre atractivo de casi 30, que había tomado un camino distinto al esperado para otros chicos como él, nacidos en este pueblo.

No sé cuánto tiempo estuvimos mirándonos, hasta que me di cuenta de que la situación se estaba volviendo incómoda, y volví a retorcerme para que me soltara.

—¡Quieta! —Justin golpeó mis muñecas contra el costado del coche y volví a abrir los ojos sorprendida.

—¡Suéltame!

Se inclinó hacia mí, y nuestros rostros quedaron tan cerca que mi respiración agitada se mezclaba con la suya. Al mismo tiempo que quería escapar de ahí, ya no estaba tan segura de nada, así que dejé de forcejear.

En cuanto me di cuenta, él había bajado más el rostro y su boca estaba sobre la mía. Justin soltó mis muñecas y sus manos cambiaron de lugar, agarrándome de la cintura y tirando de mi nuca. Su lengua se deslizó entre mis labios, y aunque la tentación de morderla estaba allí, terminé cediendo al beso. También tenía un sabor diferente, más maduro, decidido y dominante.

Justin también se había convertido en un hombre...

Me presionó más fuerte contra él, mientras su boca devoraba y dominaba la mía con una ferocidad tan salvaje que rápidamente me dejó sin aliento. Su mano dejó mi nuca y bajó por mi cuello, resbalando hasta mi pecho, bajo el vestido. Parecía seguir sin ningún tipo de pudor al tocarme, y aunque mi racionalidad me decía que debía alejarlo, no pude.

Su boca bajó hacia mi cuello, dejando besos y mordiscos que me hicieron inclinar la cabeza hacia atrás, cediendo. Fue cuando metió los dedos dentro del escote de mi vestido, tirando de él hacia abajo y haciendo que uno de mis pechos asomara, cuando conseguí recuperar algo de cordura.

—¡Suéltame! —Lo empujé con toda mi fuerza y él tropezó hacia atrás, sorprendido.

—¡Hey!

—Necesito irme a casa. —Tomé mi bicicleta de nuevo y subí, rodeando el coche y tomando el camino de vuelta al rancho.

Esta vez, Justin no me siguió. Mejor así.



Justin Foster

Capítulo doce

¿En qué estaba pensando?

Me quedé parado en medio de la calle, mirando el camino que ella había tomado, pero no la seguí.

Pensé que podría hablar con ella de manera trivial, saber cómo le había ido en la vida. Admito que en ese momento fue una idea completamente estúpida, impulsada por el aburrimiento de estar de vuelta en ese pueblo.

Claro que no iba a funcionar. ¿En qué estaba pensando?

Era evidente que, aunque hubiera pasado una década, ella aún guardaba resentimientos por lo que hice. Pensé que podría superarlo, al menos pensaba que las otras mujeres con las que estuve solo una noche después de ella lo habían hecho.

La rabia que ella sentía quedó muy clara. No le presté mucha atención a lo que pasó durante y después del sexo en el interior de mi camioneta vieja. Yo les había contado a mis amigos que gané la apuesta, y ella lo escuchó y se puso furiosa.

Para mí no era más que otra chica, pero por la furia que mostró en ambas ocasiones, ella sentía más.

¿Ella pensaba que podíamos tener algo más?

Por más estúpido que pareciera en un principio, las mujeres eran así, románticas y tontas.

Habría tenido sexo con ella otra vez si no hubiera huido de mí. Su cuerpo había ganado más curvas, y Zoe estaba mucho más atractiva de lo que recordaba, pero sería solo eso, más sexo, y luego cada uno seguiría su vida. De preferencia, yo estaría en San Francisco lo antes posible.

Subí al auto nuevamente y observé las marcas que el neumático de su bicicleta había dejado. Seguirla de nuevo habría sido una gran estupidez, así que simplemente di media vuelta y me dirigí al rancho de mi padre.


Zoe
Collins

Capítulo trece

Cuando llegué a casa, estaba despeinada, respirando con dificultad y llena de tierra. Era como si un camión hubiera pasado por encima de mí. El mayor problema era que ese atropello tenía nombre y apellido.

Justin Foster...

—Zoe, ¿estás bien? —Walter, uno de los empleados de la finca, se acercó a mí cuando me detuve con la bicicleta frente a la casa.

—Sí. —Me arreglé el cabello, pasando la mano por mi frente y tratando de quitar algunos mechones que se habían pegado por el sudor.

—No te ves bien. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Solo voy a darme un baño. Estaba distraída y terminé cayéndome de la bicicleta en la carretera, pero no son más que algunos rasguños.

—¡Qué peligro! ¿Quieres que te lleve a la clínica del pueblo para ver a tu hermana?

—Cora está en Dallas, pero no te preocupes, de verdad. Estoy bien, solo necesito un baño y un poco de leche caliente.

—Avísame si necesitas algo.

—Muchas gracias.

Entré en la casa y fui directo a mi cuarto, subiendo las escaleras lo más rápido que pude. No quería tener que contarle a mi mamá esas mismas mentiras, mucho menos decirle que todo eso era culpa de Justin.

Nadie sabía de mi relación con él, ni mis hermanos ni ningún otro miembro de mi familia. Me vieron triste después de cómo me había tratado, me hicieron preguntas e incluso me ofrecieron pañuelos, pero nunca les conté. Estaba segura de que había sido lo mejor así, y todo lo que quería era que ese asunto siguiera olvidado. No tenía dudas de que era lo mejor para mí.

Entré al baño y me quité el vestido, murmurando un poco por los rasguños. Por más superficiales que fueran, molestaban, y los sentiría aún más cuando el agua caliente resbalara por mi cuerpo. Sin embargo, un baño era todo lo que más quería en ese momento.

Me metí bajo la ducha y tiré la cabeza hacia atrás, soltando un pequeño quejido cuando los rasguños se mojaron, y me concentré en masajearme el cabello, lavándolo. Pronto el malestar desapareció y me sentí mejor.

Inhalé y exhalé, fingiendo por un momento que lo que había pasado con Justin en la carretera no había sido real. Claro que no

me había besado, no tenía motivos para eso, su "bromita" había sido hace diez años y ya había pasado.

Pasó...

Yo lo había superado.

Eso fue lo que repetí para mí misma cientos de veces hasta asegurarme de que estaba convencida de ello.

No funcionó.

Quería decir que era mucho más fácil fingir que nada había sucedido. El pasado estaba muy lejos y podría confundirse fácilmente con mi imaginación, sin embargo, el dolor era tan grande que todavía mantenía la situación bien viva dentro de mí, como si hubieran pasado solo unas horas y no años.

Él dijo que se iría al día siguiente y traté de conformarme con eso. Fue una pesadilla, pero terminaría. No correría el riesgo de encontrarme con él de nuevo en el pueblo, mucho menos ser atormentada por sus apariciones.

El dolor podría guardarse nuevamente, lo que me permitiría seguir con mi vida.



Justin Foster

Capítulo XIV

—¿En qué lío te metiste? —preguntó mi hermano cuando nos encontramos en una plaza del pueblo y ya estaba oscureciendo.

—Solo quería dar una vuelta solo —dije lo primero que se me ocurrió, y él entrecerró los ojos, no pareciendo muy convencido.

—Ni siquiera te gusta este lugar. —Abrió la puerta del coche y se acomodó en el asiento del copiloto, observándome.

—Pensé que no haría daño recordar los viejos tiempos.

—¿Solo? —Levantó una ceja.

—¿Hay algún problema con eso?

—Que yo sepa, no.

—Entonces vámonos, que tengo que recoger mis cosas e irme a Dallas. Pasaré la noche allá y tomaré el avión mañana temprano.

—¿De verdad te vas así?

—¿No era eso lo que habíamos acordado?

—Pensé que querías quedarte un poco más. Creo que ese paseo solitario fue divertido para ti.

—¿Por qué estás diciendo eso? —Fue mi turno de mostrar una expresión confundida.

—Te divertiste tanto que hasta tu traje está sucio de tierra.

—¿Qué? —Miré mi saco y vi la mancha. Pasé la mano tratando de quitarla lo mejor que pude.

—¿Te estuviste revolcando en la hierba?

—No. Debí haberme chocado con algo.

Sabía perfectamente cómo me ensucié, pero no iba a decirle eso a mi hermano. Ni siquiera podía imaginar lo que pensaría si le contara que había ido detrás de Zoe Collins. Tampoco quería saberlo.

—¿Con algo...?

—Es solo un poco de tierra, Harold.

—Pensé que para ti eso sería el fin del mundo. ¿Cuántos miles de dólares costó ese traje?

—Olvídalo.

—Está bien. —Alzó los hombros.

Seguí conduciendo hasta llegar a la entrada del rancho. Anne estaba organizando sus cosas y las de su familia en su coche y se despidió de nosotros antes de irse. Yo solo iba a recoger mis cosas y haría lo mismo. Prefería pasar la noche en un hotel cómodo que dormir una vez más en esa cama vieja.


Zoe
Collins

Capítulo quince

—Querida, ¿está pasando algo? —Mi mamá puso la mano sobre mi hombro, obligándome a girar la cabeza para mirarla.

Sonreí forzadamente y negué con un leve movimiento. No había absolutamente nada malo en mí, al menos no algo de lo que quisiera hablar.

—¿Te lastimaste?

—Me caí de la bicicleta. —Me moví en el sillón de la sala y noté que mi papá y mi hermano, que ya habían regresado del viaje, me estaban observando.

—No sueles ser tan torpe, Zoe —gruñó Liam, mientras pelaba una naranja con su navaja después de terminar la cena.

—Los accidentes pasan, hijo —intervino papá, haciendo que le sonriera en señal de agradecimiento—. Lo importante es que tu hermana no se hizo daño grave.

—Si quieres, te llevo a la escuela mañana —ofreció él, a su manera, tratando de protegerme.

—Estoy bien, Liam. No hay de qué preocuparse.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

Por más que deseaba que no ocurriera, quería asegurarme de que mi hermano no estuviera conmigo en caso de que Justin apareciera. Aunque hubiera pasado una década, estaba segura de que él se enojaría si se enteraba de que un imbécil me había quitado la virginidad en una camioneta vieja y luego me rechazó como si no valiera nada.

Después de la cena, subí a mi cuarto y me sorprendí al ver que había un mensaje de Megan en mi celular. Habíamos sido amigas desde la infancia y, al igual que yo, después de la universidad, ella volvió al pueblo del que nunca logró desprenderse.

Megan:

¿Pasé una semana fuera de Fredericksburg y todo pasó en ese momento?

Zoe:

¿A qué te refieres?

Megan:

Me enteré de que tu amor de adolescencia volvió al pueblo.

Zoe:

No sé de qué hablas.

Megan:

No te hagas la desentendida. Te conozco muy bien.

Zoe:

Estás exagerando.

Megan:

¿Me vas a decir que no viste a Justin?

Zoe:

Su padre murió y mi mamá me arrastró al funeral.

Tuve que ir, pero me quedé afuera de la casa cuidando a una alumna.

Megan:

No puedo creer que hayas huido de él.

Zoe:

No huí.

Megan:

Eso es lo que significa quedarse afuera para mí.

Zoe:

La niña solo tiene cuatro años, no necesitaba estar mirando un ataúd. Sabes lo difícil que es entender la muerte a esa edad.

Megan:

No eres su madre.

Zoe:

Pero soy la profesora, y en este pueblo siempre nos cuidamos unos a otros.

Megan:

¿Has visto a esos perros que se quedan corriendo detrás de su propia cola? Así estás tú, tratando de convencerme.

Zoe:

No sé por qué debería convencerte de algo.

Megan:

¿Estás bien?

Zoe:

Estoy bien.

Megan:

Vuelvo mañana y puedes pasar por la floristería después de clases. Voy a comprar un pote de helado para nosotras.

Zoe:

Acepto tu propuesta.

Megan:

Nos vemos mañana.

Zoe:

Hasta luego.

Tan pronto como dejé de intercambiar mensajes con mi mejor amiga, me tiré en la cama y respiré hondo, dejando que mis pulmones se inflaran antes de exhalar. Aunque confiaba en Megan, pensaba que seguir hablando de lo que había sucedido entre Justin y yo solo me haría sentir peor.

Él era una piedra en mi pasado que quería que se quedara allí, en el pasado.



Justin Foster

Capítulo dieciséis

Grité de rabia al patear el neumático pinchado del auto. Esa carretera sin pavimentar definitivamente no era el mejor lugar para un coche deportivo, y conduciendo de noche no vi el hoyo que reventó el neumático.

Abrí el maletero y busqué la rueda de auxilio, pero no la encontré, y mucho menos un gato para levantar el coche. Necesitaría un mecánico en ese fin de mundo y para colmo, mi celular no estaba funcionando bien. La señal fluctuaba demasiado y no podía completar una llamada al número del seguro ni buscar en internet el contacto de algún mecánico del pueblo. Además, dudaba que tuviera un anuncio en algún sitio web.

Cuando era más joven y vivía en ese lugar, recordaba que Bruce Donald era el mecánico del pueblo y sus hijos trabajaban con él, arreglando casi todos los autos. Considerando que nada cambiaba en el pueblo, era muy probable que aún fuera él, pero no tenía un teléfono, ni sabía el número de memoria.

—¡Maldita sea!

Mi esperanza de llegar a la ciudad grande ese mismo día se evaporaba a la misma velocidad que la batería de mi celular. Ya estaba oscuro y, como las propiedades eran grandes, la iluminación

era bastante precaria. Por suerte, no le tenía miedo a la oscuridad ni creía que fuera a encontrar algo en esa carretera más peligroso que yo.

Me apoyé en el costado del coche, respirando profundamente mientras pensaba en qué hacer. No encontraba muchas opciones. Mentalmente hacía cálculos e imaginaba que estaba a unos dos, tal vez tres kilómetros de la finca de mi padre, cinco como máximo. Me di cuenta de que mi mejor alternativa era dejar el coche allí y regresar caminando al rancho. Solo podría conseguir ayuda al día siguiente, lo que, en consecuencia, significaba perder mi vuelo.

Empezaba a pensar que Fredericksburg era como un pantano, intentando mantenernos atrapados en él. Había escapado una vez y no debería haber vuelto.

Miré de un lado a otro de la carretera en busca de un alma viviente, pero no encontré a nadie. Finalmente, acepté la idea que menos me gustaba.

Cerré el coche y tomé mi maleta. Afortunadamente, no estaba pesada y tenía ruedas.

Salí arrastrándola de vuelta al rancho y no sé exactamente cuánto tiempo me tomó llegar allí caminando.

El hecho de estar sudando solo me hacía pensar en lo mucho que deseaba un baño.

Golpeé la puerta, vi que la luz estaba encendida, y no pasó mucho tiempo antes de que mi hermano viniera a abrir. Estaba solo con shorts, lo que significaba que se sentía muy cómodo.

—¿Qué haces aquí? —Abrió los ojos al prestarme atención—. ¿Renunciaste a irte?

—Se pinchó el neumático, no hay repuesto y no encontré a nadie que me ayudara —refunfuñé, con una evidente expresión de ira.

—A esta hora ya deben estar todos durmiendo.

—No recordaba lo muerto que estaba este pueblo. —Apreté los dientes.

—Y eso que aún no te has ido —se burló, dejándome aún más furioso.

—Es lo que más quisiera. Este maldito pueblo...

—Ven. —Agarró el asa de mi maleta y la tiró hacia dentro—. ¡Entra ya!

—Necesito un baño.

—Siéntete como en casa.

Pasé a la sala y subí a mi cuarto.


Zoe
Collins

Capítulo diecisiete

Era un nuevo día, pero la rutina seguía igual, y eso debería ser algo que me motivara y me animara.

Salí temprano para ir a la escuela junto con mi papá, que tenía asuntos que resolver con el alcalde del pueblo. Lincoln Collins siempre había sido un hombre amigable, se llevaba bien con todo el pueblo, por eso la gente quería tanto a mi papá. No solo éramos la familia más rica del pueblo, sino que siempre nos veían con cariño, y eso se debía en gran parte a él.

Desde que tengo memoria, siempre había aprendido a dar lo mejor de mí por esas personas y por todos los que estaban a nuestro alrededor, sabiendo que nuestra comunidad era tan importante como el interior de las cercas que rodeaban el rancho Collins.

Después de clases, fui a la floristería de Megan, que estaba en la plaza principal del lugar. Ella y su familia cultivaban las plantas y las vendían en el pueblo desde hacía mucho tiempo, y el área exterior de la floristería, con un jardín decorado y bien cuidado por mi amiga bióloga, siempre terminaba siendo un punto de encuentro para los novios del pueblo.

Me acomodé la bolsa en el hombro y caminé hacia el interior de la floristería, sintiendo cómo el aroma de las flores, la hierba y la tierra mojada invadían mi nariz. Ese era un lugar muy agradable, y me gustaba recordar los buenos recuerdos que tenía allí.

—¿Megan? —llamé a mi mejor amiga cuando no la vi de inmediato.

—¡Aquí estoy! —Levantó la cabeza. Apareció detrás de un viejo mostrador de madera pintado de verde y con algunas partes desgastadas.

—¡Hola!

—Un minuto. —Se acomodó el cabello, lo enrolló en un moño y lo ató de forma provisional. Luego, tomó algunos plásticos y cintas, que normalmente usaba para hacer arreglos—. ¿Cómo estás? —Se acercó para darme un abrazo.

—Bien, ¿y tú? —Le devolví el abrazo.

—Atascada, pero bien.

—¿Qué pasó?

—El señor Johnson va a celebrar cuarenta años de casados hoy, y me encargó varios arreglos florales para sorprender a su esposa. Los va a recoger en una hora, pero todavía faltan unos cinco por terminar, y se me acabó la cinta dorada.

—Puedo ir a la papelería a comprarla para ti.

—Sería genial, así puedo adelantar lo que pueda.

—¿Qué tipo de cinta necesitas?

—Esta. —Me mostró un pequeño trozo, que probablemente debía haber sobrado de otro arreglo.

—Ya regreso.

—Muchas gracias, Zoe. Me estás salvando.

—Las amigas estamos para esas cosas. —Me encogí de hombros con una sonrisa tímida.

Salí de la floristería y crucé la plaza. En el pueblo había tres papelerías, y la más cercana estaba al otro lado, cerca del taller.

Como profesora, tenía una relación especial con esos lugares porque dependía de mucho material para mis clases, especialmente cuando quería hacer actividades diferentes y motivacionales con mis pequeños alumnos. Siempre era bueno motivarlos a usar su creatividad, y a ellos les encantaba.

Tan pronto como empujé la puerta, una campanita sonó, llamando la atención de la señora Lemon, que estaba absorta leyendo una vieja novela, que por la portada parecía una historia con un jeque.

—¡Profesora Collins! —Se acomodó en la silla e inclinó el cuerpo hacia mí.

—Hola, señora.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Megan se quedó sin cinta dorada en la floristería y vine a comprarle. ¿Tendrá más de esta? —Saqué el trozo de cinta de mi bolsa y se lo entregué para que pudiera revisarlo.

—Un momento, voy a revisar el inventario.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Me quedé de brazos cruzados, esperando frente al mostrador unos instantes, hasta que la señora regresó con una caja.

—¿Cuántos necesita?

—Creo que con dos está bien, si Megan necesita más vendrá aquí a comprarle.

—Perfecto. —Tomó dos rollos de cinta y los guardó en una bolsa de papel, extendiéndola hacia mí—. Son diez dólares.

—Está bien. —Saqué el dinero de mi cartera y se lo entregué.

—Muchas gracias.

—Gracias a usted.

Me despedí de la mujer con un saludo y, mientras caminaba hacia la salida de la papelería, estaba distraída guardando mi cartera en la bolsa.

No vi exactamente de dónde vino la muralla que me atropelló, pero mi cuerpo colisionó con algo, o alguien, haciendo que diera unos pasos tambaleantes hacia atrás.

Levante la cabeza después de recuperar el equilibrio y parpadeé varias veces, intentando acostumbrarme a la luz anaranjada del sol de la tarde que iluminaba detrás de él. Quería no haberlo reconocido, pero no era tan fácil.

—¿Qué sigues haciendo aquí? —Apreté los dientes, mostrando una expresión furiosa.

—Hasta donde yo sé, la plaza sigue siendo pública, ¿o pasó a ser propiedad de los Collins después de que me mudé y nadie me avisó?

—Hablo de que sigues en el pueblo. —Revolví los ojos, molesta por la forma en que me hablaba.

Ya me había cruzado con Justin más veces de las que quería para el resto de mi vida.

—Me encantaría haberme ido de aquí.

—No parece que esa sea la verdad.

—Tuve algunos contratiempos.

—Lo que sea. —Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia —. Ahora, quítate de mi camino que estoy ocupada.

—¡Zoe! —me llamó, pero ni siquiera me molesté en mirarlo.

Lo único que más deseaba era que esa pesadilla terminara pronto.

Volví lo más rápido que pude y entré nuevamente a la floristería, dando un paso fuerte y colocando la bolsa con los rollos de cinta sobre el mostrador, haciendo que mi mejor amiga se asustara y diera un pequeño salto.

—¡Ey, ¿qué fue eso?!

—Nada —mentí.

—¿Te hizo algo la señora Lemon?

—¡Para nada! Ella siempre es un amor conmigo.

—Entonces, ¿qué pasó?

Ni siquiera tuve tiempo de responder porque escuchamos los pasos de alguien entrando a la floristería y me giré por reflejo para ver quién era.

—Ah, ya entendí —murmuró Megan, llegando a una conclusión por sí sola.

—Zoe... —Justin murmuró mi nombre, haciendo que apretara los dientes con más rabia y comenzara a resoplar.

—¿A qué viniste hasta aquí?

—A buscarte a ti —respondió con un tono arrogante, como si no tuviera nada de malo perseguirme, lo que solo me hizo sentir más enojada.

—Eso ya lo noté, solo no entiendo el motivo.

—Ya pasó el momento de que sigas reaccionando así cada vez que me ves. Somos adultos y lo que pasó puede quedar en el pasado.

—No soy yo la que está buscando hacer revivir viejas heridas. —Crucé los brazos, mostrando aún más mi molestia.

—¿Heridas? —Levantó una ceja como si no entendiera a qué me refería, y tenía muchas ganas de tomar uno de esos jarrones de barro y romperlo en su cabeza.

—Zoe, gracias por las cintas. Creo que terminaré estos arreglos en el fondo, porque dentro de poco el señor Johnson debería estar aquí para recogerlos. —Megan, que debería quedarse allí para defenderme o evitar que cometiera un homicidio, escapó hacia el fondo de la floristería, dejándome sola con Justin.

—¿No me vas a decir que cambiaste de opinión sobre irte del pueblo? —pregunté, sabiendo que si su respuesta era afirmativa, tendría que prepararme emocionalmente para seguir cruzándome con él más veces de las que quería.

—No, ni loco.

—¡Qué bien!

—Eso no significa que no tengamos que resolver esto.

—No hay nada que resolver.

—Oh, ya no eres una adolescente, Zoe —refunfuñó de una manera que me hizo enfadar aún más.

No era así como iba a lograr que desapareciera el dolor que se acumulaba en mí. Para ser honesta, ni siquiera quería que se fuera.

—¡Sal de aquí, Justin!

—No antes de que dejes de actuar como una niña consentida.

—¿Consentida? —Ya no pude reprimir las ganas de tomar el jarrón de barro y lanzarlo hacia Justin, haciendo que él lo esquivara y se quedara con los ojos muy abiertos por el susto.

—¿Te volviste loca?

—Lárgate.

—Zoe, detente con eso.

—Quítate de mi camino. O voy a romper todos esos jarrones sobre ti.

—¿Perdiste la razón?

—No viste nada aún. —Apreté aún más los dientes, como un animal feroz.

Tomé otro jarrón y amenacé con lanzarlo hacia él. Al ver que no iba a cambiar de idea, Justin dio un paso atrás y se fue.

Puse el jarrón de vuelta en su lugar y exhalé con furia.

—¿Terminó la guerra? —Megan apareció.

—¿Por qué me dejaste sola con él? —Me giré hacia ella, tirando de un mechón de mi cabello que se había pegado al sudor de mi frente.

—No quería que el jarrón terminara en mí.

—Voy a pagar por esa rotura.

—Relájate. —Sonrió amigablemente—. Compraste la cinta, estamos a mano.

—Solo quería que él se fuera de mi camino lo antes posible.

—¿No crees que estás exagerando un poco?

—¿Exagerando? —Mi impulso fue darle un golpe también. ¿Cómo se atrevía a decir eso?—. ¿Acaso te olvidaste de lo que él hizo conmigo?

—Fue un idiota, pero ya pasó.

—Yo también pensé que había pasado. —Di unos pasos atrás y dejé caer mi cuerpo en una vieja silla cerca de la pared.

—¿Por qué ya no crees que haya pasado?

—Él volvió para atormentarme.

—Solo ignóralo.

—Como si no estuviera intentando hacerlo. —Puse los pies sobre la silla y abracé mis rodillas, acurrucándome en una posición

fetal. Frente a lo que estaba pasando, solo quería sentirme protegida.

—Los hombres son idiotas —refunfuñó.

—No todos. Malcon...

—Sí, hay algunas excepciones. Lástima que él sea tu hermano.

—Está casado y tiene dos hijas.

—Eso también. Los buenos nunca están disponibles.

—Mi problema es específicamente Justin. Ningún otro tipo jugó conmigo como él, y luego me trató como si fuera basura. La forma en que me sentí despreciada, rechazada...

—¡Ey, amiga! —Se acercó a mí y me rodeó los hombros con un abrazo tierno y cariñoso—. Eso ya pasó.

—Solo no quiero volver a verlo.

—Tranquila, Justin desaparecerá pronto.

—¿Por qué siento que eso no va a suceder? —Mi voz se perdió por el pasillo de la floristería y mi amiga no se atrevió a responder mis preguntas.



Justin Foster

Capítulo dieciocho

Por suerte, el jarrón que ella había lanzado hacia mí no me había golpeado, porque me habría lastimado de verdad, pero pasé la mano por mi camiseta polo, quitando algunos restos de tierra y polvo que habían quedado allí. Era casi una maldición cada vez que me cruzaba con Zoe.

Ya debería haberme rendido de resolver este conflicto del pasado con ella, para ser honesto, ni siquiera sabía por qué actuaba de esa manera. No me había importado antes y no me importaba en ese momento. Mi deseo de salir de ese pueblo seguía siendo el mismo y no necesitaba lidiar con algo que no tenía ninguna influencia sobre mi vida actual.

Por más bonita que fuera Zoe Collins, ella era solo una chica como muchas otras con las que ya me había involucrado, sin nada de especial.

Después de salir de la floristería, crucé la plaza y regresé al taller, donde el mecánico local me había prometido que el auto estaría listo por la tarde. Ya era demasiado tiempo para un simple cambio de neumático.

—¿Ya puedo recoger el vehículo? —Entré al establecimiento, sin ver a nadie cerca del automóvil, pero no pasó mucho tiempo

antes de que un tipo saliera arrastrándose de debajo del coche, como si estuviera trabajando en algo allí.

—Mira, Foster, no va a ser posible.

—¡¿Cómo que no?! —respondí enfurecido—. ¿Cuál es el misterio de cambiar una rueda? Si me la entregan, yo mismo lo hago.

—Te recomiendo que tomes un taxi o un bus.

—Pero vine en coche. Este vehículo es alquilado y tengo que devolverlo en la agencia antes de regresar a San Francisco.

—Pedí unas piezas en la ciudad y necesito esperar a que lleguen.

—¿Piezas?

—No solo fue una rueda pinchada, el pozo dañó la estructura y reventó la suspensión del coche. Estos convertibles no están hechos para circular en carreteras como las nuestras, es un tipo de coche para ciudad grande. Apenas caen en una ruta irregular dan un buen problema.

—¿Entonces quiere decir que no voy a poder sacar el coche? —Crucé los brazos, furioso. Mi visita a Fredericksburg estaba resultando mucho peor de lo que imaginaba.

—A menos que te lo lleve una grúa hasta Dallas o a algún otro lugar, este coche no va a salir de aquí por su cuenta.

—¿Y cuánto tiempo vas a tardar en repararlo?

—Dos o tres días después de que lleguen las piezas.

—¿Qué?

—Dependo de la entrega de las piezas —dijo en un tono tranquilo, como si no le importara en absoluto mi drama.

—Volveré luego. —Le di la espalda y dejé el taller, sin saber bien qué hacer. Quería salir de allí tan rápido como pudiera, pero todo parecía estar conspirando en mi contra, casi como si tuviera una maldición.

Zoe Collins...

Cada día que pasaba en ese pueblo me sentía más impulsado a resolver mis problemas con ella, aunque mi parte racional me dijera que mejor lo dejara pasar. Tal vez estaba allí como un fantasma, atrapado en una pelea del pasado, sin poder avanzar hacia la luz hasta que lo resolviera.

No esperaba que fuéramos a ser amigos, pero tal vez, después de una conversación racional, ella perdería las ganas de matarme.


Zoe
Collins

Capítulo diecinueve

Volví al frente de la escuela y tomé mi bicicleta, que había dejado allí, para regresar a casa. Solía ser mi medio de transporte favorito. No es que no supiera conducir, pero en un pueblo pequeño como Fredericksburg, donde todo está cerca, pensaba que podía hacer mi parte por el medio ambiente.

Ya era de noche y el cielo estaba bien oscuro, cargado de nubes que no había notado antes. Iba a llover, solo esperaba que el clima fuera generoso y me dejara llegar a casa antes de que cayera el aguacero.

No tenía miedo de andar por el pueblo en la oscuridad o sola, una de las ventajas de Fredericksburg era que siempre había sido seguro. Mi hermano tenía poco trabajo como sheriff, y cuando lo tenía, pronto encontraba una forma de resolverlo lo más rápido posible, porque la tranquilidad era algo de lo que más valorábamos. Ese era uno de los muchos motivos por los que amaba el lugar donde había nacido.

Me alejé del centro y comencé a pedalear por la calle sin pavimentar que llevaba a los ranchos en la zona rural. Me llevaba poco menos de media hora recorrer la distancia hasta el rancho Collins y disfrutaba del paisaje durante el trayecto.

Pronto sentí la primera gota en mi cabeza, así que traté de pedalear un poco más rápido, porque sería horrible andar en el lodo, sin contar que mi mochila no podría resistir toda el agua y mojaría los libros y cuadernos.

Cuando giré la bicicleta en una curva, vi a un hombre caminando con aire solitario. Podría ser cualquiera, pero tan pronto como me acerqué, tragué sin hacer ruido. Estaba empezando a estar segura de que no me libraría de ese fantasma.

Quise pedalear más rápido, pasar por él e ignorarlo. Como estaba a pie, esta vez Justin no podría atravesarse con el coche frente a mí e interrumpir mi camino. Sin embargo, la ruta empezó a volverse fangosa y las ruedas de la bicicleta patinaban. Correr haría que me cayera, así que tuve que pedalear despacio.

—Parece que no puedes librarte de mí tan fácilmente —dijo, en cuanto me vio.

Me quedé en silencio, fingiendo que no me hablaba, hasta que la lluvia se intensificó tanto que la bicicleta comenzó a patinar y tuve que bajarme para no caer.

—Por suerte no hay jarrones en el camino.

—Puedo usar una piedra.

—Creo que no querrías ser arrestada por intento de asesinato.

—A veces vale la pena.

—Vaya, ¿me odias tanto?

Me giré hacia él con los cabellos pegados al rostro, donde el agua de la lluvia corría por mi cara y mojaba completamente mi ropa.

—¡Eres un hijo de puta!

—¡Ah, basta!

—¡¿Basta?! —Furiosa, avancé hacia él, soltando la bicicleta y golpeando su camisa mojada con las manos.

—Éramos jóvenes, solo tuvimos sexo. No entiendo por qué te sigue molestando tanto. Perdóname si fui un idiota. Aprendí algunos trucos con el tiempo que me di cuenta que marcan la diferencia.

—No se trata del sexo.

—¿Entonces de qué se trata?

Tragué en seco, pero no pude contener las lágrimas que se mezclaron con el agua de la lluvia.

—Te amaba, pero sacaste ventaja de eso, te aprovechaste de mí y luego me dejaste como si no significara nada.

—Pensé que ya lo habrías superado. —Su voz salió un poco temblorosa y no sabía si se sentía culpable por lo que había pasado o si solo tenía frío.

—¡Pues no! No lo he superado. —Volví a empujarlo, pero esta vez Justin sujetó mis muñecas y me tiró hacia él.

¿Qué demonios estaba haciendo...?



Justin Foster

Capítulo veinte

Esa ciertamente no era la mejor forma de resolver las cosas, pero culpé a la adrenalina, la lluvia y la tensión de la discusión cuando la tiré hacia mí, apretándola contra mi cuerpo y haciendo que mi lengua forzara el paso entre sus labios para encontrar la suya. Zoe se revolvió, empujó mis hombros e intentó interrumpir el beso, pero antes de que la soltara, se detuvo y terminó cediendo, entregándose al beso y moviendo su lengua hacia la mía mientras su cabeza caía, encontrando el encaje perfecto para nuestras bocas.

La lluvia seguía cada vez más fuerte, sin embargo, no nos importó, ni siquiera cuando algunas gotas se mezclaron con el sabor de nuestro beso.

Ya no era el mismo tipo...

Ella ya no era la misma chica.

Mientras mis manos se deslizaban por su cuerpo y bajaban por el fino y mojado vestido hasta agarrar su culo, me di cuenta de que se había puesto mucho más atractiva. Yo estaba muy caliente y no me importaba el riesgo de recibir otra bofetada.

Estábamos en medio de la calle, pero, con esa tormenta, pensé que los habitantes de Fredericksburg no se atreverían a salir de sus casas. Eran miedosos y demasiado conservadores para eso.

Mordí su labio inferior, haciéndola gemir y dejar escapar un gritito mientras mis manos subían la falda de su vestido para tocar directamente su hermoso culo. Ella empujó mis hombros, intentando alejarme una vez más, pero los apretó cuando hice lo mismo con sus nalgas.

—Justin... —dijo, apretando los dientes, tratando de evitar que mi lengua volviera a su boca, pero yo froté mis labios contra los suyos.

Estaba en una lucha interna entre ceder o no a mí y solo podía pensar en lo mucho que la quería. Tener el cuerpo de Zoe hace diez años fue bueno, pero tenía la sensación de que en ese momento sería aún mejor.

La saqué del medio de la calle y la tumbé sobre la hierba que la bordeaba. El pasto estaba mojado, al igual que nuestros cuerpos, así que no pareció incomodar. El barro que manchaba nuestra piel tampoco fue un obstáculo para que dejara de besarla.

Bajé de los tirantes de su delicado vestido, abriendo el sostén, y ella gruñó, pero comenzó a retorcerse de placer cuando mordí uno de los pezones que ya estaba endurecido.


Zoe
Collins

Capítulo veintiuno

¡No! ¡No!

¡Ah... sí!

Sabía que acostarme con Justin de nuevo sería el mayor error que podría cometer en mi vida. Me sentiría muy enojada conmigo misma y humillada cuando recobrara la cordura, pero en ese momento no podía controlarlo.

Estábamos al borde de la carretera, entre la ruta embarrada y la valla de una de las propiedades. No había más luz que los rayos que parpadeaban en el cielo en medio de la tormenta. Aunque no había nadie cerca, sabía que no deberíamos estar allí.

No debía estar con Justin...

Él abrió mi sostén y, cuando quería gritar para que me soltara, su boca ya estaba en mi pezón, succionándolo y haciendo que me retorciera de placer. Sus manos firmes y pesadas se deslizaban por mis muslos lentamente mientras sus labios me provocaban, hasta que agarró mi culo.

La lluvia me daba frío, pero el contacto con su piel me hacía arder.

Justin frotaba su cuerpo contra el mío, besando mis tetas, mi cuello y mi boca, mientras sus manos exploraban la parte inferior de mi cuerpo y ya no podía alejarlo.

Se quitó la camiseta mojada, que estaba pegada a su cuerpo, y pude sentir mejor su piel. Su pecho estaba tan caliente y me protegía un poco de la lluvia mientras cubría el mío. Agarró mis muñecas, levantándolas hacia arriba mientras su boca recorría el costado de mi rostro y mordisqueaba el lóbulo de mi oreja, haciéndome estremecer aún más.

Volvió a besarme, soltando mis muñecas, y sentí cómo sus manos regresaban por mis muslos, dejando un camino caliente hasta la tanga empapada. Justin la bajó y la retiró, quitándome la única prenda que aún me separaba de la locura de ese momento y mantenía algo de mi decencia.

Empujé sus hombros una vez más, pero en lugar de alejarse, simplemente se arrodilló entre mis piernas, agarró mi cintura y bajó la mano entre mis muslos, tocándome de una manera que me hizo retorcerme y gemir en voz alta. Afortunadamente, el sonido fue completamente ahogado por un trueno.

Puede que Justin tuviera razón al decir que aprendió algún que otro truco.

Esa vez supo cómo posicionar su dedo de la manera correcta para hacerme su rehén e impedir que pudiera escapar. Estaba

enojada, lo odiaba, pero había algo dentro de mí mucho más grande que todo eso que no lo detuvo de seguir tocándome de esa forma.

Me retorcí en el pasto embarrado y gemí cuando Justin se inclinó y su boca volvió a la mía. El sabor de sus labios parecía aún más intenso y no pude pensar en nada más que en devolverle el beso.

Con una mano aún en mí, se bajó el pantalón con la otra y solo tuve un breve instante para darme cuenta de que no sería con su dedo con lo que tendría que lidiar. Clavé las uñas en su cuello y grité contra sus labios en el momento en que su cuerpo chocó contra el mío, salpicando el agua que seguía cayendo sin cesar sobre nosotros.

Justin estaba dentro de mí y no pude hacer absolutamente nada para evitarlo. El "no" que debía haber pronunciado no salió de mi boca.

Revolví los ojos mientras me hundía en el pasto con la presión que él hacía. El cielo tormentoso, lleno de nubes que cubrían las estrellas, era el único testigo de la locura que estaba cometiendo. Con suerte, cuando despertara, todo eso no habría sido más que un sueño inapropiado.

Deslicé mis uñas por su espalda ancha, dejándome arrastrar por sensaciones que me consumían como un tsunami.

Esa vez estaba enojada, pero ya no era una niña asustada, conocía bien mi cuerpo y lo que me hacía bien o mal. Además, no hubo dolor alguno, solo un placer que en el fondo me hacía sentir culpable por estar sintiéndolo.

Racionalmente sabía que no debíamos estar así, pero mi cuerpo quería todo lo contrario.

Su pecho se deslizaba por mis tetas y era como si el agua aumentara mi sensibilidad de una forma que me volvía aún más loca.

Ya era demasiado tarde...

Estábamos allí, bajo la lluvia, teniendo sexo como animales, tirados en el pasto y sin un vestigio de racionalidad.

Los gemidos que Justin dejaba escapar contra mi oído se volvían cada vez más intensos hasta que me di cuenta de que él ya estaba cerca. Quise empujarlo una vez más, pero su mano volvió a mi clítoris y me rendí, dejándome llevar por la búsqueda salvaje de mi propio placer.

Sentí el líquido caliente en contraste con mi cuerpo frío y seguí moviéndome hasta que su dedo hizo que todo explotara. El placer me arrasó y no pude contener los gemidos en medio del delicioso éxtasis.

Necesité un minuto o dos para recuperarme y Justin tampoco se movió.

—¡Sal de encima mío! —Lo empujé para que se apartara y finalmente fui liberada.

—Escucha, Zoe. —Se inclinó hacia atrás aún un poco aturdido.

—¡Escucha tú! No es porque haya tenido sexo contigo una vez hace diez años que significa que quería hacerlo de nuevo.

—Lo sé.

Me incliné hacia él y le di otro golpe en la mejilla, pero él ni se movió, como si estuviera esperando eso.

Me levanté deslizándome en el pasto y ni me molesté en buscar dónde había caído mi braga, probablemente se mezcló con el barro. Solo ajusté mi sostén y el vestido y me fui, siendo lavada por la lluvia mientras empujaba mi bicicleta de regreso a casa.

—¡Zoe, espera! —Justin se detuvo a mi lado, mientras se ponía la camiseta.

—Espera nada.

—¿Esto va a ser siempre así? —Agarró mi hombro, intentando girarme hacia él, pero me esquivé.

Me sentía una completa idiota al pensar en lo que acababa de pasar, como si hubiera caído en una trampa.

—Ya conseguiste lo que querías una segunda vez. Ahora puedes ir corriendo a contarles a tus amigos que la idiota de Collins

cayó otra vez. Lástima que esta vez no sangré para que pudieras demostrarlo.

—Fue estúpido de mi parte, ¿okay?

—¿Ah, sí? —Me giré con los dientes apretados.

—Yo era joven, tú también...

—Yo tenía corazón y sentimientos. De hecho, aún los tengo.

—Podemos manejar esto como adultos ahora. Las personas tienen sexo y está todo bien.

—No, Justin. No está nada bien.

—Ya te dije que fui un idiota. Lo siento, ¿satisfecha?

—¡Ni cerca de eso! —Mi grito no resonó con más fuerza porque un trueno lo ahogó—. Solo hazme un favor, déjame en paz.

—Zoe...

—¿¡Estás sordo!?

—No...

—Entonces déjame en paz.

—Está bien.

Justin dejó de seguirme y finalmente pude irme a casa, o al menos escapar de eso por el tiempo que pudiera.

Sería ingenuo de mi parte pensar que la situación estaba resuelta.



Justin Foster

Capítulo veintidós

Empujé la pesada puerta de madera y pisé sobre la alfombra, con todo el cuerpo lleno de barro y la ropa pesada por la lluvia. Si mi madre estuviera viva, seguramente me habría regañado por ensuciar la casa con barro y me habría mandado a cambiar afuera antes de entrar. Me quité los zapatos y los dejé en la terraza para minimizar el desastre, y fue en ese momento que mi hermano apareció en mi campo de visión.

—¿Qué te pasó? —preguntó.

—Me mojé un poco con la lluvia.

—Más bien parece que te revolcaste en un chiquero.

—Digamos que me caí. —Hice una mueca y mi hermano comenzó a reírse como si fuera la broma del año.

—Parece que realmente no están siendo buenos días para ti.

—Es este maldito pueblo, la maldición de los Collins.

—¿Maldición? —Frunció el ceño.

—¡Olvídalo! —Bufé.

Pasé delante de Harold y subí las escaleras. Iba a tomar una ducha y relajarme un poco después de ese día algo loco.

Si soy honesto conmigo mismo, no podría quejarme del todo. *Zoe... El sexo...* Ambos cambiamos y definitivamente nuestra dinámica juntos mejoró bastante.

Después de salir del baño, sintiéndome renovado y sin el peso del barro, me senté en la cama individual que ocupaba cuando era adolescente y tomé mi celular, encontrándome con varios mensajes que no había respondido. Por suerte, el aparato era a prueba de agua, o se habría perdido en la lluvia junto con mi juicio.

Philip:

¿Dónde estás, amigo? Necesitamos que estés aquí.

Justin:

Aún no salgo del pueblo del fin del mundo.

Philip:

¿Y por qué no? Pensé que ya estarías en la empresa hoy, todos están preguntando por ti.

Justin:

Digamos que tuve algunas complicaciones aquí.

Philip:

¿Y cuándo vuelves?

Justin:

No sé.

Philip:

¿Cómo que no sabes?

Justin:

Pensé que podría resolver todo fácil y regresar lo antes posible, pero la situación se complicó.

Philip:

¿Y la empresa?

Justin:

Intentaré operar desde aquí. Podemos agendar una reunión por la mañana.

Philip:

¿Con esa internet horrible?

Justin:

Me las arreglaré.

Philip:

Esperemos.

Justin:

Estoy seguro de que está todo en buenas manos.

Philip:

Estoy dando lo mejor de mí, pero no es lo mismo sin ti.

Justin:

Puedo hacer las cosas desde aquí.

Philip:

Si consigues una internet decente.

Justin:

Déjalo en mis manos.

Me recosté y dejé que mi cabeza se hundiera en la vieja almohada de espuma. No tenía idea de lo que marcaba la diferencia un almohadón de plumas hasta que tuve la posibilidad de comprar uno. Cuando vivíamos en aquel pequeño rancho, mi vida era más simple, sin tantas comodidades, pero tampoco tenía la presión y las exigencias del mercado inmobiliario.

Sabía que no podía quedarme en ese pueblo mucho más tiempo, tenía que regresar a mi vida y mis compromisos en San Francisco, sin embargo, simplemente no podía dejar de pensar en cómo estaba mi situación con Zoe y todas las complicaciones que eso traía consigo.

No podía dejarlo atrás como había hecho hace diez años, porque ahora era un hombre diferente de aquel entonces y mucho más obstinado.

Tal vez controlador...

Quería todo a mi manera, en mis manos, y el rencor que ella sentía no ayudaba en nada para conseguirlo.

Necesitaba resolverlo, pero para ser honesto conmigo mismo, no sabía cuál era la forma más adecuada de terminar con eso.

¿Amigos?

Después de ese sexo en la hierba, lo veía complicado.


Zoe
Collins

Capítulo veintitrés

—Aquí tienes el té, cariño. —Mi madre se me acercó con una taza humeante y me la puso delante.

Saqué los brazos de debajo de la manta en la que me había envuelto después de ducharme y tomé el recipiente del que salía un vapor blanco.

—¡Gracias, mamá!

—Deberías haber llamado a tu padre o a tu hermano para que te recogieran en el pueblo.

—No era necesario.

—¡Claro que sí! —Alzó la voz, reprendiéndome como si aún fuera una niña pequeña—. Llegaste aquí como si te hubieras caído al río y luego te hubieras revolcado en el barro. Seguro que te caíste de la bici en un charco. ¡En plena noche! —Se pasó las manos por el pelo rubio, echándoselo hacia atrás—. Imagínate que te pasara algo peor. Tu familia está aquí para cuidarte, niña.

—Lo sé, mamá. —Dejé escapar un largo y profundo suspiro, antes de soplar la taza para no quemarme al beber el té.

Al menos pensó que me había caído en un charco profundo y me había manchado de barro, lo cual era mejor que pensar que solo

había llegado a casa en ese estado porque me había acostado con Justin por el camino.

Estaba tan enfadada conmigo misma por haber dejado que pasara, pero al mismo tiempo no podía dejar de pensar en él y en las sensaciones que se apoderaban de mi cuerpo mientras estábamos conectados, mojados, frotándonos y tocándonos...

Había pasado mucho tiempo desde mi primera vez y mentiría si dijera que recordaba cada sensación con exactitud. Lo único que sabía era que había sentido mucho dolor y que después me había sentido humillada. Aunque la sensación de arrepentimiento era exactamente la misma, estaba segura de que el sexo aquella vez había sido mucho mejor.

Justin se había convertido en un hombre que sabía usar sus manos...

—¡Ay! —grité cuando me di cuenta de que estaba tan distraída que derramé parte del té caliente sobre mi regazo.

—¡Zoe! ¿Qué te está pasando? —Mi madre vino corriendo y me quitó la taza de la mano, como si fuera una niña que hubiera hecho arte.

—Estoy bien.

—No es lo que parece.

—Lo estoy.

—Si Cora y Brandon estuvieran aquí...

—Mamá, solo me ha llovido un poco, no necesito un médico. Solo he derramado el té porque me he distraído pensando en la clase que voy a dar mañana. He preparado algo muy rico para mis alumnos —mentí, por partes.

Se cruzó de brazos y me miró con los ojos entrecerrados, como si mi respuesta no bastara para convencerla, pero no hizo más preguntas.

Terminé mi té y me levanté, yendo a la cocina a lavar la taza.

—¿Qué has estado haciendo, eh?

La pregunta me sobresaltó y me llevé la mano al pecho al sentir que el corazón me daba un vuelco. Me di la vuelta y vi a Liam apoyado contra la pared en la penumbra, observando el cielo a través de la ventana; había dejado de llover, pero todavía estaba oscuro, sin estrellas.

—¿Qué? —Fingí no entender.

—Ya me has escuchado.

—No sé de qué estás hablando.

Se rió y luego se encogió de hombros, como si estuviera seguro de que había mucho más detrás de todo aquello de lo que yo estaba dispuesta a contarle, pero no insistió. Era mejor así, porque no le contaría lo que había pasado con Justin.

Salí de la cocina y me dirigí a mi habitación, cerrando la puerta y permitiéndome un momento sin tener que responder a las preguntas de mi madre. No podía juzgarla por ello, estaba preocupada como siempre, pero la situación en la que me había metido no era algo que pudiera resolver con su ayuda.



Justin Foster

Capítulo veinticuatro

Me acerqué al mostrador de la cafetería y tomé el vaso de café expreso y las tostadas que le había pedido al camarero.

—Es bueno tenerte de vuelta, Justin. —Bryan sonrió al entregarme mi pedido.

Teníamos la misma edad y habíamos estudiado juntos en la única escuela del pueblo durante todos los niveles educativos. Yo lo consideraba un amigo antes, pero definitivamente nuestras vidas tomaron caminos diferentes.

—Es temporal.

—Aun así.

Me encogí de hombros mientras tomaba mis cosas y volvía a la mesa donde había dejado mi computadora. Estaba buscando un lugar para trabajar y me dijeron que la conexión a internet de ese bar era más o menos decente.

—Es una lástima que hayas vuelto solo por la muerte de tu padre.

—Construí una vida en San Francisco.

—Me enteré. Te has convertido en un pez gordo, como esos que salen en la televisión.

—No es exactamente así.

—Mira cómo estás vestido ahora.

—Es solo un traje. —Tomé un sorbo del café de manera relajada, como si no hubiera nada de qué preocuparse.

—Aquí no solemos usar trajes.

—No te haría mal comprar algunos.

—¿Para pelearme con la máquina de café expreso? Creo que es mejor que siga con mi delantal.

—Es una buena elección.

Otro cliente entró en la cafetería y me sentí aliviado de que Bryan dejara de hablar conmigo para atenderlo. Abrí el programa de mensajería en mi computadora y entré al chat que parpadeaba con un mensaje de Philip. Acepté la llamada mientras ajustaba los audífonos para que la conversación no se filtrara al resto de la cafetería.

En cuanto Philip atendió, apareció con su típico traje, sentado en la silla de cuero de la firma de inversiones donde éramos socios.

—Me gusta tu nueva oficina. —Se rió al notar los carteles con los precios de los platos que estaban detrás de mí y la silla roja donde me había sentado.

—Me preocupaba más la calidad de la internet que la decoración del lugar.

—Una pena no poder contar con ambas cosas.

—Buscaré un técnico más tarde para hacer una instalación decente en la casa de mi padre.

—¿De verdad piensas quedarte allí?

—Es temporal.

—Lo dijiste hace un tiempo.

—Eso no significa que me aleje de mi trabajo. La reunión es precisamente para eso. Voy a operar desde aquí y no hay nada de lo que debas preocuparte.

—Hoy voy a seguir con mi rutina como siempre. No es eso lo que me preocupa.

—¿Entonces qué es lo que te preocupa?

—Déjalo. —Se encogió de hombros—. Tengo asuntos importantes que tratar contigo antes de llamar al resto del equipo para la reunión.

—Estoy listo para empezar.

—¡Perfecto!

Empezamos a discutir sobre las metas de la empresa y todo lo que necesitaba hacerse antes de fin de año. Los empleados novatos que aún no habían alcanzado su primer millón y las operaciones que eran más rentables. La compra y venta de acciones siempre ha sido un mercado bastante movido.


Zoe
Collins

Capítulo veinticinco

—Vamos a preparar nuestra presentación anual de otoño —les dije a mis niños, que estaban muy concentrados en mí.

—¿Teatro? —April se inclinó sobre la mesa para llamar mi atención.

—Eso mismo.

—¡Epa! —Gritaron todos al unísono. Aunque aún faltaba mucho estudio y dedicación para que se convirtieran en buenos actores, para ellos era más como una gran fiesta, una diversión con disfraces, que los padres iban a ver y aplaudir.

Yo había preparado un guion sencillo sobre unas hojas que caían de un árbol en otoño, pero con espacio para que todos los niños pudieran actuar un poco. Estaba seguro de que sería bastante divertido.

—Vamos a asignar los papeles de cada uno de ustedes y pedirles a los padres que ayuden con los disfraces.

—¡Lluvia!

—No hay lluvia este año, Derek.

—¡Ah! —Bajó los hombros, un poco decepcionado.

—Pero te aseguro que habrá otros que te gustarán. ¿Qué tal si eres el viento que sopla las hojas del árbol?

—¡*Quielo*!

—Yo también, ¡*plofesola*! —Otra de mis alumnas levantó la mano.

—¿Y si eres el árbol, Mary?

—¿*Abol*?

—Sí.

—¡Está bien! —Sonrió amablemente, pareciendo contenta con la sugerencia que le había hecho.

Rápidamente, dividí los personajes entre los alumnos y los llevé al pequeño auditorio para comenzar con los ensayos. No era fácil contener a diez niños de cuatro años, eran listos, activos, y querían correr de un lado a otro, además de tocar donde no debían, especialmente los equipos.

—¡Derek, no puedes subir ahí! —lo regañé al verlo sobre una de las cajas de sonido—. ¡Mary, regresa aquí!

Suspiré profundamente mientras ponía las manos en la cintura y veía a los niños que habían corrido hasta las sillas y se estaban colgando de ellas.

—¡Niños, si no se comportan no habrá obra! —Les hablé en un tono un poco más alto, y todos se dieron vuelta—. Vengan a

sentarse aquí. —Señalé el escenario y asintieron, corriendo todos hacia mí—. Tengan cuidado de no caerse.

Esperé a que se acomodaran en una media luna antes de empezar a darles las instrucciones.

Era un gran desafío, pero amaba a cada uno de esos pequeños.



Justin Foster

Capítulo veintiséis

Trabajaba en la cafetería, y con el tiempo Bryan terminó acostumbrándose a mi presencia, aunque en algún que otro momento me hacía preguntas intentando entender qué estaba haciendo y qué significaban esas líneas y gráficos en la pantalla de mi computadora portátil.

Me molestaba que estuviera tan cerca, como un loro sobre mi hombro, pero si aún quería seguir usando la internet del lugar, tendría que soportarlo.

—¿Vas a querer algo para cenar? Mi mamá preparó unos perritos calientes que te van a gustar.

—¿Puedes envolver dos para llevar y darme la cuenta de todo lo que consumí hoy?

—¿Ya te vas? Es temprano.

—He pasado mucho tiempo aquí. —Me levanté, cerré mi computadora y la guardé en mi maletín.

—Siempre eres bienvenido, amigo.

—¡Gracias!

—Si quieres...

—Los perritos calientes —lo interrumpí.

—Claro, ya te los envuelvo. —Bryan se alejó, y yo asentí con la cabeza.

Esperé unos diez minutos antes de que me entregara una bolsa de papel marrón con el logo de la cafetería.

—Puse los condimentos dentro.

—Gracias.

—¿No quieres nada más?

—En este momento no. Nos vemos después.

—Lo que sea, solo avísame.

Moví la cabeza una vez más antes de recoger mis cosas y lo que pensaba que sería mi cena antes de salir de la cafetería y caminar hasta el coche de mi hermano, que había dejado estacionado cerca.

Como el coche que había alquilado aún no estaba listo, Harold me prestó el suyo, que era mucho menos cómodo y confortable, pero aún así era mejor que ir y volver caminando desde el rancho.

Miré la hora en mi reloj de pulsera y no necesité hacer el cálculo para imaginar que Zoe ya estaría saliendo de la escuela, porque escuché el timbre que indicaba que los alumnos ya podían irse. Me acerqué a los portones y vi a varios padres por allí, muchos de ellos con caras conocidas. Mientras yo me había enfocado en una carrera y en ganar dinero, muy lejos de este pueblo del fin del

mundo, mis antiguos compañeros se habían casado y formado familias. Las chicas que llamaban la atención en la época del colegio ahora tenían dos o tres hijos.

Algunos me miraron y me observaron, probablemente querían saber qué hacía allí, ya que, por la poca información que tenían sobre mí, sabían que no tenía hijos estudiando allí. Afortunadamente, ninguno se acercó a hablarme, porque no quería dar explicaciones.

Los niños fueron entregados a sus respectivos padres y desaparecieron de vista, pero no veía ningún rastro de Zoe. Ya empezaba a pensar que quizás había inventado una excusa para faltar ese día, pero, casi media hora después, apareció en mi campo de visión.

Tan pronto como me vio, dudó y dio algunos pasos hacia atrás, regresando al interior del edificio de la escuela.

—Zoe. —Me aparté del coche y fui tras ella.

Pasé por la entrada de la escuela y fui lo suficientemente rápido como para que la mujer, que tenía la mitad de mi tamaño, no pudiera detenerme. La seguí por el pasillo hasta acercarme a una de las aulas. Era el típico ambiente infantil, con juguetes, libros, armarios y mesas pequeñas, proporcionales al tamaño de los niños.

Zoe estaba detrás del escritorio del maestro y abrió los ojos de par en par cuando puse un pie en la entrada del salón.

—No sé si sabes, pero mi hermano Malcon se convirtió en el sheriff del pueblo. ¿Voy a tener que denunciarte a él por ser un acosador maniático?

—Solo quiero solucionar lo que está mal resuelto entre los dos.

—¿Ah, sí? ¿Agarrándome en el césped otra vez?

—Eso fue... —Pensé en varias palabras para completar esa frase, pero ninguna me encajaba, hasta que mi voz se fue perdiendo.

—Solo lárgate, Justin, como debiste haber hecho antes.

—No es así.

—No tenemos nada más que resolver.

—Zoe, mira... —Caminé unos pasos hacia ella, pero antes de acercarme lo suficiente, sentí una mano que me agarró del hombro y me tiró hacia atrás.

Me giré furioso, y mis ojos se encontraron con los de Liam. El cowboy de los Collins me estaba mirando como si fuera un perro de caza. No sabía qué hacía allí, pero no era el momento para preguntar.

—Mi hermana dijo que te vayas.

—¡Dame un momento! —Me escabullí de él, tirando de mi hombro y lo empujé—. Estoy hablando con ella, no contigo.

—Si tienes algo que resolver con mi hermanita, lo puedes hablar conmigo.

—Ella ya es adulta y no necesita una niñera, mucho menos un perro de caza.

—Entonces deberías respetar su opinión.

—¿Zoe? —Intenté girarme para mirarla, pero Liam me agarró de nuevo—. ¡¿Qué carajos?!

—¡Lárgate de aquí!

—Solo cuando yo quiera.

—¡Basta los dos!

Empujé a Liam con toda mi fuerza, y él tambaleó hacia atrás, hasta caer sobre uno de los armarios donde se guardaban las loncheras de los niños. La sala pareció temblar cuando se levantó furioso, bufando como un toro, y avanzó hacia mí.

—¡Liam! —El grito de Zoe no fue suficiente para evitar que el hermano de ella me golpeara en el estómago y me hiciera sentir el sabor de la sangre.

Ya no domaba animales ni tenía la misma preparación o fuerza de antes, lo que me ponía en una desventaja cruel contra el vaquero. Intenté defenderme, pero recibí otro golpe.

Tomé una de las sillas de los niños para defenderme, y la rompí contra Liam, que no pareció sentir nada mientras Zoe gritaba

desesperada. Él vino hacia mí después de lanzar lo que quedaba de la silla y tuve que proteger mi rostro para evitar que me pegara en medio de la cara.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó otra voz femenina.

—¡Ayúdenme! —suplicó Zoe.

La mujer nos observó por un momento, pero no se atrevió a intentar separar la pelea.

—Voy a llamar al sheriff. —Su comentario no fue suficiente para que Liam dejara de acercarse a mí.

Me lanzó contra un armario metálico que estaba abierto, y los materiales de pintura, hojas y crayones se esparcieron por el suelo.

—¡Liam! —Zoe seguía gritando, pero su hermano parecía estar en un modo que no paraba.

Después de un puñetazo, me dio otro. Un hilo de sangre cayó de mi ceja y se deslizaba por mis ojos.

No recordaba la última vez que me habían dado una paliza así, porque solía ser yo el que causaba esos golpes.

La ventaja de vivir en un pueblo pequeño era que la estación de policía estaba a solo unos metros de la escuela, y antes de que Liam pudiera golpearme de nuevo, el sheriff lo detuvo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —El sheriff le gruñó a su hermano menor.

—Deshaciéndome de un idiota que acosaba a nuestra hermana. —Liam resopló.

—Lo resolveremos en la comisaría. —Malcon arrastró a su hermano y otro oficial me sujetó.

Estaba tan adolorido que no protesté mientras me llevaban fuera de la escuela hasta la pequeña estación de policía del pueblo. Me lanzaron sobre una silla metálica y Liam se quedó al otro lado de la pequeña sala, mirándome como un perro furioso atado a una correa, esperando el momento para soltarse y atacarme.


Zoe
Collins

Capítulo veintisiete

Las lágrimas de pavor y desesperación recorrían mi rostro mientras observaba el caos en que se había convertido mi pequeña aula. Era como si un huracán hubiera pasado por allí. Afortunadamente, mis alumnos ya se habían ido y no fueron testigos de esa escena deplorable.

—Zoe... —Cristiane me observó algo incómoda.

—Lo siento mucho.

—No fue culpa tuya.

—Voy a ordenar este desastre. —Me agaché para recoger las cosas que estaban tiradas por el suelo, pero me detuve al sentir una caricia suya en el hombro, lo que me hizo levantar la cabeza y mirarla nuevamente.

—¿Por qué no tomas un poco de agua y luego pasas por la comisaría para ver cómo están tus hermanos? Yo me encargaré de limpiar aquí y cerrar la escuela.

—¿Estás segura?

Me sonrió y asintió con la cabeza.

—Muchas gracias. —Le di un abrazo apretado antes de tomar mi mochila y salir, caminando hasta la comisaría.

No sabía si las personas del pueblo ya sabían lo que había pasado en la escuela, aunque estaba segura de que era solo cuestión de tiempo. Me sentía incómoda al pasar por la calle, imaginando lo que podrían estar pensando, y tenía ganas de esconder el rostro cada vez que alguien me miraba.

Por más que mis hermanos no fueran exactamente un modelo de conducta, no recordaba otra confusión como esa y se consideraría un escándalo en este pueblo tranquilo.

Cuando entré en la comisaría, uno de los policías me miró, pero no dijo nada ni me impidió el paso. El primero que vi de pie en medio de la sala fue Malcon, alternando la mirada entre los dos que estaban cada uno en un extremo.

Liam parecía estar bien, excepto por el sudor brillando en su rostro, algo a lo que yo ya estaba acostumbrada. No podía decir lo mismo de Justin, quien parecía haber sido atropellado. Tenía el ojo morado, la ceja cortada y el labio hinchado.

Negué con la cabeza cuando nuestros ojos se cruzaron, pero él no se atrevió a decir nada. Yo también guardé silencio hasta que fui a la pequeña cocina a buscar un poco de hielo, que envolví en un trapo.

—Ponte esto. —Se lo entregué a Justin al regresar a la sala.

—Gracias —dijo en voz baja, con evidente irritación.

—Entonces... —Malcon aclaró la garganta para llamar nuestra atención—. ¿Me van a contar qué pasó o tendré que abrir un expediente penal a los dos?

—¿Expediente? —Justin se irritó—. ¡Fue a mí a quien le dieron una golpiza, no a él! Si alguien debería estar preso, es él.

—Golpiza merecida, y si vuelves a acercarte a Zoe, te prometo que te doy otra.

—Ella puede decidir perfectamente quién quiere cerca de ella o no.

—¿Eres sordo o qué? —Liam dio un paso al frente, pero fue detenido por la mirada severa de Malcon, quien lo hizo retroceder como si le hubieran tirado de la correa.

—Eres un imbécil.

—¡Basta, los dos! —Malcon alzó la voz y los analizó por un momento antes de girar la cabeza y buscarme con la mirada, preguntándome sin palabras qué sabía yo.

—No tengo idea de cuándo ni cómo comenzaron a pelear. Liam apareció y, de repente, estaban a los golpes —dije.

—¿Liam?

—No me mires así, maldito —murmuró a nuestro hermano.

—¿Por qué le pegaste?

—Estaba molestando a Zoe, quien le pidió varias veces que se fuera.

—¿Es cierto, Zoe? —Quiso saber Malcon.

—Sí... —Tuve que admitirlo.

—Solo quería hablar con ella —intentó defenderse Justin.

—Cuando ella no quiere debes alejarte, ¡idiota! —Liam gruñó hacia él y Malcon tuvo que detenerlo nuevamente.

—¿No vas a presentar una denuncia, verdad? —Me giré hacia Justin con una mirada suplicante, esa situación ya estaba lo suficientemente complicada y no quería que empeorara.

Él me miró mientras se acomodaba el hielo en la cara, y al final accedió a mi petición.

—No lo haré.

—Gracias.

—Liam, lárgate de aquí ya. —Malcon hizo un gesto para que nuestro hermano saliera de la comisaría.

—Pero...

—¡Lárgate!

—Vamos, Zoe. —Liam caminó hacia la entrada y esperó que lo siguiera.

Miré a Justin una última vez, él me miró de vuelta, pero ninguno de los dos se atrevió a decir nada. Yo no quería que la situación se complicara más, y aunque sentía algo de pena por él, decidí seguir a Liam hasta la camioneta, donde ya había colocado mi bicicleta.

Abrí la puerta y me acomodé en el asiento del copiloto, abrazando mi mochila. Fue difícil esconder lo incómoda que me sentía.

—¿Por qué viniste a buscarme? —pregunté, cuando mi hermano entró al vehículo, cerrando la puerta con furia.

—Mamá se preocupó por ti ayer, y como parece que va a llover otra vez, no quería que te mojaras, pero acabo de darme cuenta de que la culpa ni siquiera es de la lluvia.

—Fuiste demasiado lejos con Justin.

—¿Por qué? —Levantó las cejas rubias y me miró con cara de indignación.

—¡Le diste una golpiza al tipo, estás loco!

—¿Me vas a decir que no se lo merecía?

—¿Solo por no haberse ido cuando le dije? No merecía una golpiza por eso.

—No fue solo por eso. Sabes muy bien por qué lo hice.

—¿A qué te refieres? —No me hice la tonta, de hecho, no tenía idea de lo que mi hermano quería decir.

—Me enteré de lo que hizo contigo.

—Él solo estaba intentando hablarme. —Me encogí de hombros.

—Me refiero a lo que sucedió hace diez años.

Tragué saliva y abrí los ojos como platos.

—Liam, no sé qué estás pensando, pero no es como tú crees... —Me quedé completamente sin palabras porque no entendía qué podía haber llegado a los oídos de mi hermano.

—Justin estaba en la misma clase que yo. Y sabes que en este pueblo todos somos conocidos, no hay muchas opciones.

—No sé qué escuchaste, pero...

—Que él te quitó la virginidad.

—¿Te lo dijo él?

—Claro que no. Fue otro tipo, creo que Bryan de la cafetería, no estoy seguro.

—¿Fuiste a enfrentarte a él?

—No. Pensé que eso solo empeoraría la situación para ti.

—Gracias.

—Se fue y tú seguiste con tu vida. Pensé que ya no tenía que preocuparme más. Pero si vuelve a este pueblo pensando que va a molestarte y yo voy a quedarme con los brazos cruzados… ¡está muy equivocado!

—No hace falta que termines preso por esto.

—¡Malcon es nuestro hermano, no me va a arrestar! Además, apuesto a que estaría de acuerdo conmigo si supiera todo.

—¡No! —grité, el sonido resonó dentro de la camioneta—. Por favor, no le cuentes a Malcon ni a nadie.

—Vamos a encargarnos de ese idiota por ti.

—Justin tiene razón.

—¿Cómo es eso?

—Soy adulta y puedo manejar mis propios problemas.

—Solo estoy tratando de protegerte.

—Te lo agradezco, Liam, en serio, pero puedo cuidar de mí misma. No hubo nada que no quisiera hacer.

—¡Eras solo una niña!

—Lo que no significa que él estuviera conmigo a la fuerza. Seamos honestos, ¿con cuántas chicas te has acostado tú?

—¡Es diferente!

—¡Qué hipocresía!

—Solo intento estar a tu lado.

—Te agradezco, en serio, y te quiero por eso, pero no quiero que todo el pueblo esté hablando de este lío y que mis hermanos hayan golpeado a un tipo solo porque tuvimos algo.

—¿Todavía te gusta?

—¿Qué? —Tragando saliva, me quedé paralizada como si me hubieran dado un golpe en el pecho.

—¡No! —respondí rápidamente—. No sé... —Me detuve unos instantes después.

—¡No te creo, Zoe!

—¿Qué pasa? ¿No soy yo la que tiene que tomar esa decisión?

—Sí, pero él es un idiota.

—Lo dijo el gallo más mujeriego de todos los rodeos de Texas.

—No dije que yo sea perfecto. —Se encogió de hombros—. Pero estamos hablando de ti, no de mí.

—Yo estoy asegurando que puedo manejar la situación sola.

—Si tengo que sacarlo del pueblo...

—Te lo haré saber.

—Está bien.

Suspiré, irritada, con la sensación de que esa situación iba a empeorar aún más.



Justin Foster

Capítulo veintiocho

Estacioné en el rancho de mi familia sintiendo todo el dolor en mi rostro, y no era la única parte de mi cuerpo que parecía estar rota. Apostaba a que cuando la adrenalina se fuera de mi sistema, el dolor en la espalda sería aún peor.

Bajé del coche y subí los escalones de la terraza, apoyándome en la puerta antes de abrirla. Tenía la carpeta en una mano y la caja con los perros calientes en la otra. Era un milagro que la caja todavía estuviera entera, aunque ya estaban fríos.

Harold estaba viendo televisión y apenas notó que me acercaba, parecía demasiado concentrado en un programa tonto de concursos.

—Traje la cena —dije, colocando la caja sobre la mesa de centro y alejándome para hundirme en la vieja silla de mi padre.

—¿Qué te pasó? —Saltó del sofá sorprendido cuando se dio vuelta y me vio.

—Tuve un pequeño desacuerdo con Liam Collins.

—Ese tipo te destrozó.

—Sí, ya me di cuenta... —respondí, molesto.

Lo que más me había enfurecido era que, además de haberme pegado, Zoe se había ido con su hermano, dejándome como un idiota sentado en la comisaría.

—Fuiste tras ella, ¿verdad?

—¿Qué?

—Zoe Collins. Fue por eso que su hermano te pegó.

—Quería tener una conversación racional y fue él quien se puso a hacer el idiota.

—¿Una conversación racional? —Harold se echó a reír, como si no pudiera creer lo que estaba diciendo.

—Soy una persona muy racional —le respondí, mirándolo de reojo.

—Puede ser, pero no lo estás siendo con Zoe.

—¿Por qué dices eso?

—Sigues en este pueblo por ella.

—Estoy aquí porque me quedé sin coche.

Harold comenzó a toser, como si se burlara de lo que acababa de decir, lo cual solo aumentó mi frustración.

—Puedes mentir todo lo que quieras.

—Tengo que devolver el coche alquilado, además, ¿quieres que me vaya caminando hasta Dallas?

—Ser tan dramático nunca fue lo tuyo, Justin.

Me quedé callado, mirando a mi hermano con una expresión de pocos amigos, y él siguió hablando.

—Podrías tomar un autobús o un taxi hasta Dallas. Si me lo pidieras, yo mismo te llevaría. En cuanto al coche en el taller, puedes hablar con la agencia de alquiler y ellos mandan a alguien a recogerlo cuando esté listo.

—No quería molestarte.

—¡Por favor, Justin!

—¿Y qué tiene de malo si me quedé aquí por ella? —solté, dejando salir toda la irritación que se había acumulado dentro de mí.

—No te quedarías aquí sin interés, pero parece que su hermano no está dispuesto a dejar que logres ese objetivo.

—No me importa el hermano de ella —resongué, inclinándome hacia adelante y abriendo la caja de comida. Mi estómago empezó a doler y supuse que era hambre, aunque también podrían haber sido los golpes que recibí.

Le di un gran mordisco y luego le ofrecí a Harold, quien se inclinó para tomar el otro.

—Si quieres acercarte a ella, vas a tener que librarte del hermano.

—Solo quiero aclarar el malentendido con ella.

—¿Qué malentendido?

Gruñí y volví a masticar el perro caliente, usándolo como excusa para no responder, porque honestamente, esa justificación ni a mí me convencía ya. Lo que sí sabía es que no quería una paliza más de Liam.


Zoe
Collins

Capítulo veintinueve

Tan pronto como llegamos a casa, nuestra madre se acercó y observó a Liam, examinándolo de pies a cabeza antes de ponerse de puntillas y darle un golpe en la cabeza, molesta.

—¿En qué estabas pensando?

—i¿Qué pasa, mamá?! —Se sorprendió y dio unos pasos hacia atrás—. ¿Estás loca?

—El que debe haber perdido el juicio eres tú. ¿Te metiste en una pelea? ¿Qué es eso, hijo? Tu hermano es el sheriff, pero no puede estar cubriéndote siempre.

—No le pedí que me cubriera. —Liam actuó como si no hubiera pasado nada grave, a pesar de lo que probablemente ya se había difundido por todo el pueblo.

Apostaba a que alguna de las chismosas ya había corrido a contarle a mi madre, probablemente antes de que siquiera saliéramos de la comisaría. Sería el tema del pueblo por un buen tiempo, hasta que ocurriera otra pelea.

—Necesitas un poco más de responsabilidad.

—Como si no fuera responsable. —Revolvió los ojos, molesto.

—A veces pienso que no lo eres.

Mientras mi madre regañaba a Liam por la pelea, creí que podría escaparme, pero no tardó mucho en girarse hacia mí. Después de todo, toda esa confusión era culpa mía.

—Zoe...

—Lo siento mucho por lo que pasó, mamá. —Me puse a la defensiva y me abracé a mí misma, rodeándome con los brazos.

—Todo el pueblo...

—Ya está comentando. Lo sé. —Dejé escapar el aire con fuerza, como si tuviera un peso enorme sobre mis hombros—. Liam solo intentaba defenderme.

—¿Defenderte de qué? —Abrió los ojos sorprendida y me di cuenta de que solo había empeorado la situación con esa frase—. ¿Qué te hizo Justin Foster, hija?

—Nada, mamá, no hizo nada. Solo estaba siendo un poco insistente.

—Eso no es razón para que Liam lo golpeara.

—Soy temperamental, mamá, pero ya pasó. —Liam dio media vuelta y subió las escaleras hacia su cuarto.

—¿Ya pasó? —Mi madre me miró fijamente, exigiendo una respuesta.

—Ya está todo bien, mamá. —La abracé—. No tienes de qué preocuparte.

Su expresión no se suavizó, pero dejó de insistir.

—Me voy a mi cuarto. —Me incliné y le di un beso en la mejilla.

—Toma una ducha y baja para cenar. Tu papá encendió la parrilla y está preparando hamburguesas.

—¡Qué rico!

Subí las escaleras lo más rápido que pude, cerré la puerta, me tiré en mi cama y esparcí mi cabello rubio sobre la colcha.

Mientras más deseaba que Justin desapareciera de mi vida otra vez, peor parecía volverse la situación. Mi cabeza decía que me lo merecía por la golpiza que mi hermano le había dado, pero mi corazón se preocupaba, preguntándose si no se habría lastimado.

Tomé mi celular y hasta consideré enviarle un mensaje para saber cómo estaba, pero ya no tenía su número. Mi racionalidad me detuvo pronto. No debía enviarle ningún mensaje, o acabaría abriendo puertas con las que no sabía si quería lidiar.

El teléfono vibró en mis manos, pero no era él. Era mi mejor amiga, compartiendo la curiosidad del resto del pueblo.

Megan:

Ya sé que Liam ganó, pero ¿quién empezó a pegar primero?

Zoe:

¡Habla en serio!

Megan:

No me juzgues, ¡tengo curiosidad!

¿Sabes cuándo fue la última pelea así aquí en el pueblo?

Zoe:

No.

Megan:

¡Yo tampoco! Evento del siglo.

Zoe:

Como si hubiera sido algo divertido.

Megan:

Para mí sí lo fue. Los golpes no me llegaron.

Zoe:

¿En serio? ¬¬

Megan:

¿No te parece increíble? ¡Se pelearon por tu culpa!

Zoe:

Y ahora todo el pueblo está de chismes sobre eso, llenando a todos de preguntas y teorías que se van a difundir como si fueran la verdad.

Megan:

¿Y cuál es la verdad?

Zoe:

Liam sabía que me había acostado con Justin antes. Aprovechó el momento para desquitarse.

Megan:

Entonces, él lo mereció.

Zoe:

Anoche estuve con Justin.

Megan:

¿¡Qué!?

¿Se arreglaron? ¿Están juntos? ¡¿Cómo es que no me dices nada?!

Zoe:

Ni estamos juntos, ni somos novios.

Megan:

¿A qué te refieres?

Zoe:

Digamos que pasó algo, en la carretera y bajo la lluvia.

Megan:

¡Qué delicia! ¡Qué locura!

Zoe:

Para nada, llegué a casa como si me hubiera revolcado en el barro y mi madre no paraba de preguntarme.

Megan:

Ya eres grandecita.

Zoe:

Explica eso al resto de mi familia.

Megan:

Nadie te mandó a ser la menor.

Zoe:

Quieren protegerme, pero este lío con Justin lo tengo que resolver sola.

Megan:

¿Ya sabes cómo quieres resolverlo? ¿Vas a quedarte con él?

Zoe:

¿¡Qué!? ¡Claro que no!

Megan:

Pero anoche estuvieron juntos.

Zoe:

Fue un accidente.

Megan:

Ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja.

Amiga, ¿en serio?

Nadie se queda con la verga dentro de ti accidentalmente.

O lo quisiste o te obligaron.

Zoe:

Cedí, porque se me antojó, pero fue solo eso.

No significa que vaya a relacionarme seriamente con él.

Megan:

¿Nunca pensaste cómo sería si fueran novios?

Zoe:

Lo pensé hace diez años, pero descubrí que me tomó por tonta y solo quería divertirse conmigo para luego presumir con sus amigos.

¡¿Sabes qué?!

La golpiza que Liam le dio fue muy merecida.

Malcon ni siquiera debería haberlos separado.

Megan:

Ya basta de eso. Siempre has sido un amor y estás en contra de la violencia.

Zoe:

En algunos casos, puede ser justificada.

Megan:

Está bien, no creo en eso.

Zoe:

Solo quiero que se largue.

Megan:

¿De verdad?

Zoe:

¡¡¡SÍ!!!

Megan:

Diez años es mucho tiempo, él cambió y tú también.

Zoe:

Eso no significa que haya cambiado para bien.

Megan:

Solo lo sabrás si lo intentas.

Zoe:

No quiero que me tomen por tonta otra vez.

Megan:

No estás segura de que eso va a pasar.

Zoe:

¿Has oído el dicho?

Errar una vez es humano, persistir en el error es de tontos.

Megan:

¿Pero todavía te gusta él?

Zoe:

Me involucré con otros chicos después.

Megan:

Eso no fue lo que pregunté.

Zoe:

¡No!

No sé...

Megan:

Entonces, quiere decir que te gusta.

Zoe:

¿De qué lado estás?

Megan:

Del tuyo, siempre del tuyo. Solo estoy pensando que podrías darle una oportunidad... No sé, intentarlo de nuevo.

Zoe:

Puede que no vuelva a funcionar.

Megan:

Lo único que sabemos de una relación es cuándo empezó.

Zoe:

Pareces toda una experta.

Megan:

Tengo una colección de fracasos como la tuya.

Zoe:

Lo recordaré.

Megan:

Al final, eres tú quien decide.

Zoe:

Lo sé.

Necesito dormir, mañana tengo que levantarme temprano.

Megan:

Yo también. Hablamos luego. Buenas noches, amiga.

Zoe:

Adiós.

Suspiré profundamente al estirar el brazo y poner el celular sobre la mesa de noche. Pensé un momento antes de levantarme para ponerme crema en el rostro y cepillarme los dientes.

Aunque sentía en lo más profundo de mi pecho que aún había algo pendiente con Justin, racionalmente pensaba que dejarme involucrar con él y entregar mi corazón sería una tremenda tontería.



Justin Foster

Capítulo treinta

Esa noche tuve dificultades para dormir y no podía culpar al colchón barato ni la almohada precaria. La golpiza que me había dado Liam hacía que no pudiera encontrar una posición cómoda, siempre que me giraba sentía dolor.

Estaba molesto y quería vengarme, aunque en el fondo sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganar una pelea contra el vaquero de los Collins. Mientras yo me había ido a la ciudad grande, cambiando el sombrero y las botas por un traje bien planchado, él seguía en ese mundo, dominando fieras y montando toros bravos.

Para ser honesto conmigo mismo, estaba tan furioso porque no entendía el verdadero motivo de haberme metido en ese lío. Debería estar en mi departamento, mirando por la ventana hacia el puente Golden Gate, tomando un whisky añejo o una buena botella de vino en compañía de alguna mujer bonita o simplemente solo, con mi mente centrada solo en el placer o en cuánto dinero podría ganar con las próximas maniobras en el mercado financiero.

Philip tenía razón, quedarme ahí era una locura, insistir en Zoe después de todo lo que habíamos pasado hacía que pareciera un idiota.

¿Qué quería de ella al final?

Mientras no pudiera darme una respuesta decente a esa pregunta, seguiría siendo como un extraño que ya no pertenecía a ese pueblo, y las golpizas de Liam no serían las únicas cosas que me preocuparían.

La conexión de mi celular era decente esa noche, así que abrí una página de boletos, buscando uno para regresar a casa. Le pediría un aventón a Harold y pronto estaría de vuelta en mi vida, tal como había planeado desde el principio.

No me importaba lo más mínimo si mi hermano o alguien más se quedaba con el viejo rancho, ese ya no era mi lugar.

Reservé el boleto y traté de volver a dormir, pero lo único que logré fue una noche de vueltas de un lado a otro, sin poder realmente dormir. El dolor era una buena excusa, pero era mi mente perturbada la que me impedía cerrar los ojos y tratar de relajarme.

Me levanté temprano, arreglé mis cosas y bajé con la maleta, dejándola en un rincón de la sala mientras preparaba un café.

Estaba en la cocina, mirando la taza con el líquido cada vez más frío, cuando escuché pasos y me giré, viendo a mi hermano pasar por el marco de la puerta de madera envejecida.

—Vi tu maleta en la sala —dijo, frotándose los ojos y bostezando, demostrando que aún no había despertado del todo.

—Me voy.

—¿De verdad? —Abrió los ojos, sorprendido por lo que acababa de decir.

—Sí, es más fácil irme de lo que parece. Cuando esté camino al aeropuerto, contactaré con la empresa de alquiler de vehículos, arreglaré el pago por el tiempo que el coche estuvo conmigo y coordinaré que alguien de la empresa lo recoja en el taller. Creo que el arreglo estará listo para el final de la semana.

—El coche no es lo importante.

—Es la razón por la que todavía no me he ido.

—No, Justin, sabes perfectamente que no es eso. —Me miró fijamente, como si hubiera algo en mi cara que solo yo no veía—. El motivo por el que no te has ido es Zoe Collins.

—Eso es mentira —dije rápido, tomando un trago del café frío.

—No necesitas tratar de engañarme.

—No estoy engañando a nadie.

—Solo a ti mismo. —Harold se acercó más y se apoyó en la mesa donde estaba sentado.

Quería decirle que no era asunto suyo cuestionarme ni hablarme de esa manera. Por más que fuera el hermano exitoso, eso no tenía nada que ver con lo que estábamos discutiendo.

—Es solo una niña inmadura.

—No, es una mujer que se puso aún más bonita con el tiempo, si es que eso era posible.

—¡Harold! —Fruncí el ceño.

—Solo dije la verdad. —Se encogió de hombros.

—No empezamos con buen pie.

—Fuiste un idiota.

—¡Eh!

—Solo digo que ella tiene un buen motivo para estar enojada por lo que hiciste, pero eso no significa que vaya a mantener ese sentimiento para siempre.

—Mis intentos de reconciliación no funcionaron.

—¿Empezaste pidiendo disculpas y arrepintiéndote de lo que hiciste?

—No necesito... —Reculé cuando vi que su expresión se ponía más seria—. No pedí disculpas. —Me acomodé en la silla de madera, apoyando la espalda en el respaldo duro y cruzando los brazos como un niño molesto.

—Es un buen comienzo.

—Ella no va a olvidar todo solo porque pida perdón.

—Dije que es un comienzo, no que solo una palabra lo arregle todo.

—Lo que necesito es regresar a San Francisco, tengo trabajo, mi empresa...

—¿Vas a dejar a Zoe atrás?

—¿Qué voy a lograr con eso, Harold? ¿Una relación a distancia? ¿Solo unas cuantas aventuras más? ¿Vale la pena el esfuerzo?

—Si vale o no, solo tú puedes decidirlo.

Incliné la cabeza hacia adelante y comencé a masajearme las sienes.

—Ya compré el boleto...

—Cancélalo.

—Las tarifas...

—¡No me hagas reír, Justin! —interrumpió, antes de que pudiera empezar la típica cadena de excusas que no me llevaban a nada.

—Voy a pensar en ello.

—Ojalá. —Se inclinó y tomó mi taza de café, bebiéndola en un par de tragos.

—¡Eso era mío! —gruñí.

—No la estabas tomando. —No hizo caso a mi protesta y fue a la nevera, abriéndola en busca de algo para comer—. Podrías

pasar por el mercado cuando vayas al pueblo por tu profesora. Puedo hacer una lista, pero necesitamos básicamente de todo. Lo que papá dejó ya se acabó, empezando por la cerveza.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Tú eres el que tiene dinero.

—¿No ibas a encargarte del rancho?

—Toma tiempo para que todo comience a dar frutos, ¿sabías?

—Papá ya se encargaba de todo aquí, además, lo único que he visto es que te pasas el día viendo televisión.

—Tú también necesitas comer. —Me ignoró completamente mientras tomaba el resto de leche que quedaba en una caja y cerraba la nevera.

Harold daba buenos consejos, pero él mismo necesitaba algunos para su propia vida.


Zoe
Collins

Capítulo treinta y uno

Aunque pensaba que mi historia con Justin ya había terminado hace mucho tiempo, después de la conversación que tuve con Megan, no podía dejar de pensar en ello. Era obvio que aún sentía mucha rabia hacia él, pero al mismo tiempo, había algo más dentro de mi pecho que me había hecho ceder a sus besos y al sexo.

Desafortunadamente, vivía en un pueblo pequeño y, por más que me encantaba, cualquier chispa se convertía en un incendio muy rápido. Todos en el pueblo se estaban preguntando qué había pasado hasta el punto de que Liam le dio una golpiza al tipo. Rápidamente dedujeron que era por mi culpa, pero las teorías empeoraban las cosas.

Cuando los padres dejaban a sus hijos por la mañana, estaban preocupados por su seguridad, como si otra pelea de esas pudiera suceder en cualquier momento. Ninguno de los niños siquiera había presenciado la escena, mucho menos se había lastimado, pero todos exageraron la situación y pronto el caos se desató por todo el pueblo.

Con la ayuda de las demás personas que trabajaban en la escuela, tuve que repetir varias veces que eso no iba a volver a pasar. Los niños estaban a salvo y era obvio que mi preocupación siempre sería esa.

Parecía que Justin había regresado a mi vida solo para traer caos a lo que solía ser una vida tranquila y cómoda.

—¿*Plofesola*? —Salí de mis pensamientos cuando sentí la pequeña mano de una de mis alumnas tirar de la esquina de mi vestido.

—¡Hola, April!

—¿Vamos a hacer la *obla* hoy?

—¿La obra?

Ella asintió con la cabeza.

—Más tarde, después de que coman.

—¡Iuju! —exclamó, saltando de alegría antes de unirse a sus compañeros, que también estaban emocionados por la noticia. Para ellos era un gran juego, así que todo el ensayo les parecía divertido y mi mayor preocupación era que siguieran, al menos mínimamente, el guion.

Todavía tenía que terminar de dibujar los disfraces y enviar la nota a los padres, quienes cada año me ayudaban a confeccionar todo. Ellos apoyaban a los niños y me gustaba pensar que siempre promovía un momento de interacción entre padres e hijos, haciendo que los adultos se tomaran un respiro de sus tareas para dedicarle un poco de tiempo a los pequeños. A todos les gustaba mucho esa época, y a mí también.

Mientras estaba con los niños, conseguí distraerme a lo largo del día y dejar de pensar en Justin. Era mejor así, ojalá él ya se hubiera arrepentido de haberse acercado a mí por culpa de Liam y ya estuviera en camino a donde fuera que viviera, porque antes de ese funeral, yo siempre había hecho todo lo posible para evitar que me llegaran noticias sobre él.

Después de ayudar a mis alumnos a prepararse para irse, ajustando mochilas y loncheras, y verificando que nadie hubiera dejado nada atrás, me organicé para salir, recogiendo mis cosas.

Tras la confusión del día anterior, le había suplicado a Liam que no me fuera a buscar. Quería evitar cualquier situación como esa otra vez, aunque corría el riesgo de encontrarme con Justin otra vez, considerando lo insistente que estaba siendo.

Cuando salí por los portones de la escuela, miré de un lado a otro, instintivamente buscando alguna señal de él, pero no había nada. Sentí una punzada de incomodidad en el pecho y una cierta decepción, pero era mejor así. Después de la golpiza, Justin debería haber comprendido que no era bueno para ninguno de los dos lo que estaba pasando.

—¿Zoe? —Me giré cuando escuché que alguien me llamaba.

Era el señor Keller. Siempre se quedaba en la puerta de la escuela, especialmente cerca de los fines de semana. Tenía una pastelería en el pueblo y aprovechaba la entrada y salida de los

estudiantes para vender sus productos. Siempre llamaba la atención de los niños, que le pedían a sus padres sus manjares.

—¡Hola, señor! —Le sonreí amablemente al acercarme.

—Parece que hoy no va a llover. —Miró al cielo, observando cómo el sol de la tarde teñía todo de un tono anaranjado.

—No, es mejor para mí, que voy a regresar a casa en bicicleta.

—Ten cuidado.

—Gracias. —Me quedé mirando su puesto y considerando si debía comprar algún dulce, pero antes de hacerlo, el señor me entregó un papel, sorprendíendome.

No era nada importante, solo una pequeña hoja blanca doblada, pero no recordaba haber recibido una nota así antes.

—¿Qué es esto? —pregunté, algo dudosa.

—Me pidieron que te lo entregara.

—¿Quién?

No respondió, solo se giró para atender a una niña que llegó saltando, extendiendo un billete arrugado y pidiendo un dulce. Solo me quedaba intentar averiguarlo.

Abrí la nota y leí lo que decía.

Me pareció mejor no buscarte frente a la escuela, imagino que no quieres otro lío como el de ayer, pero aún no hemos hablado como me gustaría. Así que, por favor, encuéntrame en la cafetería de Bryan.

Te espero.

Justin.

Me quedé mirando la nota sin saber exactamente qué hacer. Aceptar esa propuesta haría parecer que estaba mínimamente dispuesta a escucharlo, lo cual dudaba que fuera la mejor opción en ese momento.



Justin Foster

Capítulo treinta y dos

Saqué el celular que había dejado en el centro de la mesa de madera y miré la hora a través del reloj en la pantalla. Ya había escuchado la señal para la salida de los alumnos hacía casi media hora y ella aún no había llegado.

Suspiré al bloquear el celular nuevamente y empujarlo hasta que se detuvo en el otro extremo de la mesa. Comencé a pensar que ella no aceptaría mi invitación. Zoe tenía todos los motivos para no hacerlo, aunque en el fondo aún albergaba algo de esperanza de que fuera lo contrario.

—¿Quieres que lo empaquete para llevar? —Bryan se acercó a mí y señaló el donut que había pedido. Le había preguntado cuál era el favorito de Zoe y le había pedido que lo dejara en un plato para cuando llegara, pero en ese momento, no solo yo estaba convencido de que ella no vendría.

—Sí, puedes empaquetarlo, creo que a Harold le gustarán las frutas rojas.

—Lo siento por el pastel.

—No pasa nada… —suspiré al cerrar la tapa de mi notebook.

Una vez más había usado la cafetería de Bryan como mi oficina, pero ya había durado demasiado tiempo allí. Aunque podía

hacer las operaciones principales con solo mi computadora y una buena conexión a internet, era evidente que ese pueblo ya no era mi lugar.

—Aquí tienes. —Bryan me entregó una bolsita de papel—. ¿Quieres los perros calientes de ayer?

—Creo que llevaré una pizza a casa.

—Está bien.

Tomé el paquete con el donut y me levanté, preparándome para guardar mi notebook, cuando me encontré con Zoe entrando al café. Mi sorpresa fue tal que mis ojos se abrieron de par en par y me quedé congelado un momento.

—¿Llegué tarde? —dijo con una sonrisa nerviosa.

—¡Para nada! —No pude contener mi emoción al acomodar la computadora y empujar la carpeta hacia un lado mientras me acomodaba nuevamente en el asiento.

—Parecía que te ibas a ir.

—Solo estaba organizando mis cosas. —Pasé la mano por mi cabello, empujando mi peinado hacia atrás—. Bryan amablemente cedió este espacio para que fuera mi oficina durante mi estadía en el pueblo. La internet en la casa de mi padre no es muy buena y no puedo permitirme lidiar con fallas mientras hago transacciones en la bolsa.

—Entiendo. —Pasó la mano por su rostro y colocó un mechón de su cabello rubio detrás de la oreja, mostrando que estaba algo desconcertada.

Zoe no debería entender nada de mi trabajo, y pensaba que era algo completamente irrelevante para explicar en ese momento. No la quería allí para hablar sobre mi vida en San Francisco, sino sobre lo que estaba pasando entre nosotros.

—Aún tienes la cara bastante golpeada —dijo, sintiéndose aún más incómoda al notarme.

—Ya no me duele. —Mentí con una sonrisa, aunque aún tomara un tiempo que mi rostro vuelva a ser como antes.

—Algunos dicen que te lo merecías, especialmente Liam.

—No puedo negar eso.

—Aceptarlo es un buen paso.

—Mi hermano me lo dijo. —Respire profundamente e incliné mi cuerpo sobre la mesa, tomando sus manos entre las mías y haciendo que sus ojos verdes se abrieran por sorpresa—. Siento mucho haber sido un idiota contigo. No merecías lo que hice, fue insensible de mi parte.

—Mucho más que insensible. —Retiró las manos de las mías y me di cuenta de que podría estar tomando un rumbo equivocado, aunque esta vez, realmente estaba tratando de hacer lo correcto.

—¿Quieres que te traiga otro donut de esos? —Bryan preguntó, haciéndome notar que aún estaba cerca y escuchaba nuestra conversación.

Era demasiado complicado y solo deseaba un momento de intimidad con Zoe, aunque todo pudiera salir mal.

—Por favor. —Le sonreí con una sonrisa forzada—. Y dos tazas de chocolates calientes también.

—Ya voy a traerlos.

—Tómate el tiempo que necesites.

Suspiré aliviado cuando se alejó y volví a fijar mi mirada en Zoe, que se movía incómoda en el sillón, mostrando aún más su incomodidad. Estaba claro que se sentía incómoda con mi presencia y lo peor era que no podía juzgarla por eso.

—Me merecía la golpiza de Liam.

—Sí, lo merecías. —Logré hacerla sonreír brevemente.

—No quiero merecer más eso.

—¿A qué te refieres? —Alzó las cejas rubias sin comprender a dónde quería llegar con esa frase.

—Creo que no debo cometer los mismos errores contigo.

—En eso estamos de acuerdo.

—Qué bueno.

—¿Entonces es todo? —Miró al suelo, jugando con el borde de su vestido. Pudo sostener su mirada hacia mí por un momento y supe que no era una buena señal—. Me has pedido disculpas y seguiremos con nuestras vidas sin resentimientos.

—¡No! —respondí demasiado rápido, asustándola—. No es solo eso.

—Entonces, ¿qué es?

Me incliné sobre la mesa nuevamente y toqué suavemente su rostro, haciendo que me mirara.

—Podemos intentarlo de otra manera.

—¿Para que estés conmigo hoy o mañana y luego te vayas? Ya fui solo una aventura para ti, Justin. Tienes toda la razón, no necesitamos repetir los mismos errores. —Para mi sorpresa, Zoe se levantó esquivándome.

Dio algunos pasos alejándose de la mesa y cruzó el camino de Bryan, quien la miró con expresión confundida.

—¿Y el donut?

—Que Justin se lo coma. —Ajustó la correa de su mochila y se fue, dejándome lidiar con el shock.

—¿Qué pasó aquí? —Bryan se acercó a la mesa y puso las tazas de chocolate caliente y otro donut.

—Parece que no es tan fácil ser perdonado como pensaba.

—El perdón de ella no significa que vayan a empezar a salir.

—Lo sé, pero...

¿Qué estaba pensando? No, no sabía nada. Me sentía completamente perdido y eso me estaba volviendo loco.


Zoe
Collins

Capítulo treinta y tres

Tan pronto como puse los pies fuera de la cafetería, apuré el paso y no paré de correr hasta llegar a la floristería de Megan. Empujé la puerta de vidrio, haciendo sonar la campanita, y entré hasta llegar al mostrador.

—¡Zoe! —Megan se sorprendió con mi entrada abrupta, justo cuando salía de detrás del mostrador donde estaba guardando algo —. Pensé que era un cliente, qué bueno que eres tú, porque ya quería cerrar.

—¿Y si quiero comprar algunas flores?

—Hago una excepción. —Ella rodeó el mostrador y se dirigió a la puerta, girando la pequeña placa y dejando la palabra "cerrado" hacia afuera.

No sabía exactamente qué hora era, pero ya había oscurecido.

Megan se acercó a mí y puso la mano sobre mi hombro, haciendo que inclinara la cabeza para mirarla.

—Aunque mis flores sean las más bonitas de Texas, estoy segura de que no viniste por ellas.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no vamos a mi casa y preparo un té para que charlemos?

—Suena bien.

—Sabía que te gustaría la idea.

Esperé a que Megan recogiera algunas cosas y apagara la luz de la floristería antes de dirigirnos a su casa, que estaba en el piso superior de la tienda.

Entré con ella a la casa y nos dirigimos a la cocina, me acomodé en una de las sillas junto a la pequeña mesa, y Megan llenó una tetera con agua y la puso a calentar, sentándose frente a mí después.

—¿Y bien? ¿Qué pasó?

—Me encontré con Justin otra vez.

—¿Volvieron a acostarse? —Una sonrisa maliciosa apareció en sus labios, lo que me hizo sentir aún más molesta.

—¡No!

—¡Ah! —exclamó, como si estuviera decepcionada.

—Quería pedirme disculpas por lo que pasó hace diez años y admitir que había sido un idiota conmigo.

—Vaya, eso ya es un gran paso. —Megan se recostó hacia atrás, sorprendida con lo que le contaba.

—Lo hizo solo con la esperanza de que volviera a involucrarme con él.

—Pero eso no es bueno, tú no querías estar con él.

—No, no quería.

Megan no dijo nada, solo que su expresión desconfiada fue suficiente para saber que no estaba convencida.

—¿Quién me garantiza que no lo está haciendo para aprovecharse de mí de nuevo? Quizás hizo una nueva apuesta con sus amigos.

—Creo que ni siquiera es amigo de esos tipos de este pueblo, pero ese no es el punto. Nadie, excepto Justin, puede garantizarte que no volverá a jugar contigo.

—Puede estar mintiéndome.

—Puede ser. —Asintió, pero luego agregó más palabras—. Pero tal vez no lo esté. Es tu decisión si vale la pena o no correr el riesgo, pero no puedes torturarte ni sufrir deseando haber hecho algo diferente.

—Tienes toda la razón. —Me incliné hacia adelante en señal de acuerdo.

—Estoy aquí para lo que necesites, al menos para intentarlo.

La tetera comenzó a silbar y Megan se levantó, preparando un té de manzanilla que sirvió en una taza para mí y en otra para

ella. Los tés de mi amiga eran los mejores, porque ella misma cultivaba las hierbas y sabía cómo sacarles lo mejor de cada una.



Justin Foster

Capítulo treinta y cuatro

Tomé mi chocolate caliente mirando al azar por la ventana de la cafetería mientras Bryan decía cosas para animarme que no estaba escuchando. No importaba, independientemente de cómo intentara actuar con Zoe, era como si no tuviera la menor idea de lo que estaba haciendo, lo que me frustraba mucho.

Quizá tendría que aceptar que mi oportunidad con ella había pasado y que la perdí al jactarme con mis amigos en lugar de darle el valor que merecía. Por más que nunca sabría cómo estaríamos en ese momento si hubiera tomado una decisión diferente en el pasado, viviría con esa duda.

—Quédate con el cambio. —Saqué un billete de cien dólares de mi cartera y se lo entregué a Bryan.

—¡Gracias, hermano! —Sonrió ampliamente.

Tomé mis cosas y decidí salir de la cafetería, ya no había mucho más que pudiera hacer allí.

Estaba seguro de que Zoe me había querido en algún momento, pero cada vez quedaba más claro que yo había jugado con esos sentimientos y ahora ya era demasiado tarde para hacer que volviera atrás.

Tenía entre dieciocho y diecinueve años, nunca me había cruzado por la cabeza que me arrepentiría de lo que había hecho. Ella era solo otra chica más, pero me di cuenta de que quizás sentía algo diferente por ella solo cuando la vi en el velorio de mi padre. Aún así, los sentimientos dentro de mí seguían bastante caóticos.

Sentía que tal vez podría hacer algo diferente, pero todos mis intentos seguían siendo cada vez más fallidos. Probablemente deshacerse de mí fue lo mejor que le pasó y solo yo no lo veía.

Después de salir de la cafetería, fui al mercado que ya casi estaba cerrando. Compré leche, huevos y otros suministros que deduje que hacían falta en el rancho. Aunque no viviera allí, no me costaba mucho salir y dejar la despensa llena para Harold. Puse todo en el maletero y luego pasé por la pizzería del pueblo. Pedí una pizza de muzzarella y dejé la caja en el asiento del copiloto.

Volví al asiento del conductor e incliné la cabeza hacia adelante, masajeándome las sienes. Había perdido otra oportunidad de regresar a casa, pero no debía dejar que eso sucediera otra vez.

Arranqué el vehículo, decidido a conducir hasta el rancho y avisar a mi hermano que ya no había nada más que hacer allí. Fue entonces cuando pasé por la entrada de la escuela de Zoe y la vi subiendo a la bicicleta que siempre dejaba estacionada allí.

Pensé que ya había pasado suficiente tiempo para que ella volviera a su casa, pero quizás también se había detenido en otro

lugar. Esperé un poco, con el pie en el freno, hasta que la vi pedalear hacia la salida del pueblo. Tomé algo de distancia, tratando de no ser notado, pero era prácticamente imposible que no oyera el sonido del vehículo y el brillo de los faros.

Ella se cruzó frente a mí con la bicicleta y tuve que pisar el freno de golpe para no correr el riesgo de atropellarla.

—¿Me estás siguiendo?

Abrí la puerta y salí del vehículo.

—Te juro que no fue intencional.

—Ah, claro, nunca lo es. —Puso la mano en la cintura con una expresión irritada.

—Estoy siendo honesto.

—Está bien. —Desistió de insistir—. ¿Hasta cuándo te quedas en el pueblo?

—Estaba posponiendo mi ida por tu culpa, pero si no quieres nada conmigo, es mejor que me vaya de una vez por todas.

—Mejor así —murmuró, pero había algo en su tono que no me convenció.

—¿Es realmente eso lo que quieres?

—¿Qué quieres decir? —Retrocedió ante mi pregunta.

—Que me vaya.

—Te vas de todos modos, no importa lo que yo diga.

—Sí, importa.

—¿Ah, sí? —Seguía sin creerlo.

—Si me pides que me quede, me quedo.

—¿Cuánto tiempo? —Cruzó los brazos, dejando que la bicicleta se cayera en la carretera.

—El tiempo que tú quieras.

—Eso es mentira. —Seguía completamente desconfiada, pero logré ver esa como una oportunidad para acercarme.

—Vas a tener que dejarme probarlo.

—¿Y si...?

Toqué su brazo y Zoe se quedó en silencio, mirándome fijamente. Pude ver su pecho subiendo y bajando con la respiración cada vez más acelerada, mostrando lo tensa que estaba.

—Voy a pedir un voto de confianza.

—No lo mereces.

—Pero sé que tienes un buen corazón. —Subí mi mano por su rostro, haciendo que ella cerrara los ojos y dejara escapar un suspiro.

Recorrí su rostro suave, escuchándola ronronear como un felino mimoso, hasta que bajé la mano hacia su cintura y la tiré

hacia mí.


Zoe
Collins

Capítulo treinta y cinco

La protesta se me quedó atascada en la garganta y se ahogó por completo cuando Justin me metió la lengua en la boca, mientras su pesada mano me apretaba la cintura y la otra me rodeaba el cuello, con sus dedos enredándose en mi nuca.

Ceder una vez más a sus besos tenía consecuencias muy graves. Solo yo me convencía de que valía la pena correr el riesgo, ya me había decepcionado de él una vez y había seguido adelante, si volvía a ocurrir podría soportarlo.

¿Y si no ocurriera?

¿Realmente estaba dispuesto a no marcharse?

Cuando sus labios se apretaron contra los míos con una necesidad ardiente, moví la cabeza y me puse de puntillas, buscando el encaje perfecto para nuestros besos. Estaba ardiendo y se intensificó a medida que respondía a sus caricias.

Justin me empujó hacia atrás y sentí el impacto de mi cuerpo contra el capó del coche, mucho más modesto que su coche anterior, cuando llegó al pueblo. Me estremecí cuando me agarró por la cintura y me hizo sentar en el vehículo, desplazando su boca hasta mi garganta.

Incliné la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo mi pelo se mecía con el movimiento mientras Justin besaba y mordisqueaba la sensible piel de mi cuello.

Me rasqué las uñas con el capó del coche mientras su lengua recorría un camino de piel de gallina hasta llegar a mi escote. Justin se había colado entre mis piernas y yo ya no sabía dónde empezaba mi racionalidad, pues me invadía la locura.

—Pueden vernos aquí... —Se me escapó.

—Dudo que alguien vaya a pasar por esta carretera ahora.

—Después de la pelea de ayer, es mejor no dar al pueblo más motivos para hablar de nosotros dos.

—Subamos al coche. —Se apartó de mí solo para agarrar mi bicicleta y sacarla del medio de la carretera, dejando espacio para que pasara otro vehículo.

Antes de que pudiera apartarme de él, Justin tiró de mí y abrió la puerta trasera del coche, tomando una bolsa del mercado que había en el asiento y poniéndola en el suelo para que pudiera acostarme.

Solo oí la puerta cerrarse tras nosotros antes de que Justin volviera a besarme. Le rodeé el cuello con los brazos y le devolví el beso, con una rapidez y un deseo que no teníamos cuando éramos más jóvenes.

Mi lengua se entrelazó con la suya mientras mis dedos se enredaban en su suave pelo castaño. Me retorcía y tiraba de él, pero a Justin no parecía importarle, estaba mucho más concentrado en su boca sobre la mía y sus manos subiendo por el interior de mi vestido.

Racionalmente, deberíamos haber estado sentados en algún lugar más apropiado charlando sobre nuestros sentimientos, pero me había escapado de eso para acabar en el polvoriento asiento trasero de un coche, frotándome contra él y respondiendo a sus insinuaciones.

Gemí contra sus labios mientras me apretaba los muslos, hundiendo sus firmes dedos en mi piel. En diez años había mejorado mucho sus habilidades. Justin me agarró por el lateral de las bragas y tiró de ellas hacia abajo, quitándomelas por encima de mis pies, aún calzados con zapatillas.

Pensé que iba a inclinarse sobre mí y besarme de nuevo, pero en lugar de eso me levantó el vestido hasta dejar mi vulva al descubierto y me agarró de la cadera, levantándola mientras su cabeza caía hasta la unión de mis piernas.

Me estremecí cuando su aliento rozó mi zona íntima, acelerando los latidos de mi corazón. En cuanto su boca se acercó un poco más y la húmeda punta de su lengua me presionó, me retorcí, perdí completamente el control y clavé las uñas en el asiento del coche.

Las manos firmes y fuertes de Justin detuvieron el movimiento de mis caderas mientras encajaba su cabeza entre mis muslos y su lengua hacía lugar entre mis grandes labios vaginales. Jadeé, con los ojos en blanco y los párpados pesados, temblorosos. No había racionalidad que pudiera impedirme continuar con aquel sexo oral.

Mis gemidos empezaron a apoderarse del coche y las ventanillas empezaron a empañarse como si les hubiera caído el rocío de la mañana, pero el cambio de temperatura venía del interior.

Teníamos calor, mucho calor...

Me revolví mientras su lengua hacía movimientos circulares sobre mi clítoris. Me eché hacia atrás y me retorcí en el asiento, pidiendo más. Me palpitaba por dentro, en una mezcla demencial de placer y necesidad.

—Justin... —gemí su nombre, moviendo el brazo para intentar tocarlo, pero no me dejó.

Su boca me besó, lamió y chupó como si mi vulva fuera lo más sabroso que hubiera pasado por ella hasta que ya no pude controlar la tensión que estalló de forma deliciosa, apoderándose de cada parte de mí.

El calor dentro del coche era incontrolable, casi como si hubiéramos encendido un fuego allí dentro.

Justin me soltó de la cintura y me desplomé sobre el asiento, completamente tambaleante y jadeante.

Mientras me recuperaba, me quitó las zapatillas y el vestido. No protesté hasta que estuve completamente desnuda.

—¡Ven aquí! —Me tiró de la cintura y me hizo girar sobre el asiento, obligándome a arrodillarme.

Mis manos aplastaron el cristal empañado, dejando huellas. Intenté mirar hacia atrás para averiguar qué tramaba Justin, pero me agarró del pelo, impidiendo que moviera la cabeza, y me mordió el cuello, arrancándome un gemido agudo desde lo más profundo de la garganta que no pude detener.

Mientras su boca me mordisqueaba, besaba y chupaba el cuello, provocando en mí efectos demenciales, su mano libre recorrió mi vientre, deslizándose hasta mis tetas y apretándolas sin reservas. Volví a gemir cuando me retorció uno de los pezones con la punta de los dedos.

Sentía su cuerpo pegado al mío mientras su aliento recorría mi piel sensible. Justin me apretó más, haciéndome apoyarme lo más posible contra el cristal, cuando sus manos se dirigieron a mi culo.

Justin me apretó, manoseó y abofeteó hasta que me revolví en sus palmas, desesperada por más.

Había una sola parte racional en mí que intentaba detenerme, pero esa parte ya había sido completamente silenciada por el deseo. Solo quería que él siguiera, pero me iba a contener, o terminaría suplicando por ello mientras Justin se divertía con mi cuerpo.

Su lengua subió por mi nuca hasta la base de mi cuello y me estremecí entera, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Gemía y respiraba con dificultad, empañando aún más los vidrios del coche, si es que eso era posible.

Justin levantó mi culo, con los dedos clavados en él, limitando mis movimientos, y me estremecí aún más cuando sentí su aliento acercándose. Mi piel se convirtió en pequeños circuitos eléctricos y sentía que iba a colapsar.

—Justin!

—Shh... —Apretó mi culo con más fuerza, dejando claro que él estaba a cargo.

Sentí algo húmedo deslizándose entre mis nalgas y tardé un poco en darme cuenta de que era su saliva.

Intenté girarme, pero él agarró mi muñeca y la golpeó contra el vidrio, provocando un impacto que hizo temblar el coche.

—¿Qué estás pensando? Yo nunca... —No pude terminar la frase.

—Me lo imaginaba. —Por su tono, parecía satisfecho con ello.

—Justin, no...

—Quiero ser el primero aquí en tu culo también. —Apretó más mis nalgas, dejando claro que yo era su prisionera.

—Esto va a doler... —Volví a estremecerme, pero esta vez fue de miedo y ansiedad.

—Solo tienes que relajarte, te prometo que no dolerá.

—Justin...

—Shhh... —Me metió un dedo y me moví hacia adelante, sorprendida.

¿Realmente estaba haciéndome esto?

Lo peor de todo, ¿iba a dejar que lo haga?

Una de sus manos volvió a mi cabello, sosteniéndolo con fuerza, demostrando cuánto más fuerte era que yo.

—Estamos en el coche, en medio de la carretera...

Su boca mordió mi cuello de nuevo y me silenció con una neblina deliciosa de sensaciones que me impidió seguir protestando.

—Quietita —dijo con tono autoritario y mandón—. Eres toda mía, ¡incluyendo tu hermoso culo!

Sus palabras me hicieron estremecer. Para ser honesta, ya no pensaba en huir, pero usaría como excusa el hecho de que él me estaba agarrando el cabello y tenía un dedo dentro de mí.

Aunque la sensación era desconocida y me tomó un rato acostumbrarme a ella, no estaba doliendo en absoluto. Sin embargo, estaría segura solo cuando cambiara el dedo por algo mucho más grueso.

Su lengua recorrió mi hombro subiendo hasta el lóbulo de mi oreja, dándome una nueva oleada de escalofríos y haciéndome darme cuenta de lo mucho que estaba a su merced.

Su dedo salió de mí y Justin agarró nuevamente mi culo. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que se estaba posicionando para penetrarme. Cerré los ojos, preparándome, y tan pronto como sentí su verga, hubo incomodidad, pero no dolor.

Estuve segura de que él estaba con su verga dentro cuando empezó a moverse y su cuerpo chocó contra mis nalgas suavemente. No podría decir que estábamos como animales, porque los animales no solían tener sexo anal en el asiento trasero de un coche polvoriento.

Justin tenía razón, yo era suya, siempre lo fui, aunque a veces lo odiara por ello.

Volví a jadear con el movimiento que me empujaba hacia adelante y Justin soltó mi cabello, bajando la mano hasta la unión de mis muslos. Cuando su dedo tocó mi clítoris y comenzó a estimularme, creí que iba a enloquecer. Seguía penetrándome

mientras me daba placer, y me entregué completamente. Con él estimulándome, logré ignorar cualquier incomodidad.

—¡Ah, Zoe! —gimió mi nombre cerca de mi oído, demostrando lo mucho que se estaba satisfaciendo—. Eres tan excitante...

En medio de ese acto depravado de sexo, no había espacio para sentir vergüenza. Arañé el vidrio con mis uñas mientras, instintivamente, buscaba más. Movía las caderas, buscando la posición perfecta para que su dedo me llevara a un segundo orgasmo, mientras mi culo pulsaba con el impacto de su cuerpo.

Él se estremeció, deteniéndose por un instante, y sus músculos se tensaron, poco antes de que sintiera su líquido dentro de mí. Reemplacé sus dedos por los míos y me moví un poco más hasta que también llegué al orgasmo.

Aún estaba aturdida cuando lo sentí salir de mí y me limpió con un pañuelo de papel que había sacado de la guantera.

Todavía estaba en shock por lo que acababa de suceder, pero no podría decir que no me había gustado.

Me incliné hacia adelante un poco más, en la misma posición en que me había dejado mientras me recuperaba de lo que había pasado. Aún me estremecí con algunos besos que Justin depositó a lo largo de mi espalda desnuda, en un gesto de cariño que contrastaba con la brutalidad de lo que acababa de suceder.

—¿Te dolió? —Quiso saber.

—No... —admití en un tono bajo, algo avergonzada.

—Eso es bueno.

—¿Justin? —Me arriesgué a girarme y mirarlo.

—¿Qué pasa?

—¿Vas a quedarte?

—Si eso es lo que quieres, sí.

—¿Y tu trabajo?

—Si consigo una buena conexión a internet, puedo seguir trabajando desde aquí.

—El señor Haches tiene algunos planes interesantes. Es la misma conexión que usamos en el rancho Collins, así que es posible que tenga algo que pueda servirte.

—Hablaré con él mañana temprano.

—¡Genial! —No pude evitar sonreír, aunque en lo más profundo aún había un miedo y una desconfianza que gritaban para que no me entregara tan fácilmente.

—Entonces, ¿eso es un sí?

—¿Sí? —Abrí los ojos sin comprender bien a qué se refería con esa pregunta.

—Dicho de otra manera, ¿quieres ser mi novia?

—¿Es realmente lo que quieres? —Mordí mi labio inferior, dejando ver lo tensa que aún estaba.

—No estaría insistiendo tanto si no fuera así. Aún no he vuelto a San Francisco por tu culpa y estoy dispuesto a quedarme aquí contigo.

Sería mentira si dijera que mi corazón no latió más rápido en ese momento, porque era exactamente lo que más deseaba.

—Entonces es un sí. —Terminé sonriéndole.

—Creo que es la mejor noticia de mi día.

—Tonto. —Solté una risa.

Extendí la mano para tomar mi vestido. Aún estaba desnuda y si alguien venía detrás de mí, no quería que me encontrara así.

—¡Ey! —Justin lo quitó de mi mano, deteniéndome.

—No puedo seguir desnuda.

—Yo discrepo. Estás hermosa con el vestido, pero sin él, aún más.

—Tengo que regresar a casa.

—¿Por qué no pasas la noche conmigo?

—¿Aquí, dentro de este coche?

—Podemos ir al rancho de mi padre.

—Mi familia se va a volver loca si no regreso a casa.

—Ya es hora de que acepten que creciste, Zoe.

—Solo quieren protegerme. —Pasé la mano por mi cabello, incómoda.

—Yo puedo cuidar de ti ahora.



Justin Foster

Capítulo treinta y seis

—¿Lo dices en serio? —Ensanchó los ojos en un acto involuntario de sorpresa, demostrando que no esperaba oír esas palabras de mí.

—Eso es exactamente lo que estoy dispuesto a hacer. —Me acomodé en el asiento trasero y tiré de ella hacia mí.

Zoe me rodeó la pierna con las rodillas y me puso las manos en los hombros. Era tan hermosa y delicada con su pelo rubio que, incluso desordenado, la hacía parecer la representación de un ángel. Estaba seguro de que podría mirarla toda la vida sin cansarme, pero quería mucho más que eso.

—Creía que solo querías meterme la verga. —Se rió.

—En el buen sentido, quiero hacerlo. —La agarré de la cintura y la hice frotarse contra mi verga, que ya estaba dura y se había recuperado del último polvo.

—Tengo que irme...

—Pero, ¿es eso lo que quieres? —Le mordí el labio inferior y acerqué mis manos a sus tetas, deliciosamente turgentes, en un intento de convencerla de que se quedara allí conmigo. Dependiendo de mis intenciones, no iríamos a ningún otro sitio en muchas horas.

—Justin, no lo hagas. —Se estremeció en mi regazo mientras yo le apretaba las tetas y ella rodaba deliciosamente sobre mi erección, dejándome sentir que se estaba humedeciendo de nuevo, lista para mí.

—¿Hacer qué? —Le besé el cuello y bajé la lengua hasta el valle entre sus pechos, animándola a girarse aún más.

—Eso es jugar sucio.

—No lo sería a menos que tú no quisieras.

—¿Quién dice que quiero?

Bajé la mano hasta su vulva y Zoe echó la cabeza hacia atrás, gimiendo. Le di unas palmaditas en el monte y se revolvió más en mi regazo.

No había mejor manera de convencerla de que se quedara más tiempo conmigo que hacer que acabara más fuerte.

Con una mano en su cintura, la levanté y con la otra introduje mi verga rápidamente en su canal deliciosamente húmedo y resbaladizo. Las paredes de su vagina se contrajeron, apretándome, y gemí junto con ella.

—Justin... —Me clavó las uñas en los hombros en una protesta que no encajaba con el momento.

—Lo único que me importa es dártela de vuelta. —Le agarré el culo con las dos manos y la ayudé a moverse.

—Me van a matar. —Soltó una risita, mientras apoyaba la cabeza en mi cuello.

—Será por una buena razón.

—En eso tienes razón. —Me miró de frente y sus delicadas manos se acercaron a mi cara, sujetándome la mejilla a ambos lados.

Vi cómo se le ponían los ojos en blanco cuando se inclinó sobre mí, frotándose los pezones contra mi pecho mientras movía deliciosamente las caderas arriba y abajo, rebotando en mi regazo como podía.

Zoe se inclinó hacia delante y empezó a besarme, y yo le correspondí con deseo y necesidad, sujetándole la cara con una de mis manos. Cuando su lengua se entrelazó con la mía, sentí más sed, pero no quería que parara en absoluto. Nos mordisqueamos, apretamos los labios y fue delicioso.

No me preocupaba nada más que por ella rebotando en mi verga.

Sin duda era más que sexo. Me sentía especial para ella y eso lo hacía aún más delicioso.

Estábamos completamente rendidos cuando un faro alumbró el vehículo en el que estábamos, iluminándolo todo. Zoe solo tuvo tiempo de saltar de mi regazo, golpearse la cabeza con la parte

superior del coche y rodar sobre el asiento, subiéndose el vestido para cubrirse.

Unos instantes después de la brillante luz del faro, una linterna me dio en el fondo de los ojos y me hizo cerrarlos inmediatamente. Mis pupilas estaban demasiado dilatadas por la escasa iluminación y el sexo como para soportarlo.

—¿Qué mierda pasa? —Oí la voz de Liam antes de poder verlo.

Estaba completamente desnudo en el asiento trasero del coche y, sinceramente, esa no era mi mayor preocupación. Me di vuelta intentando ocultar el cuerpo de Zoe con el mío mientras ella se ponía el vestido. Apenas tuvo tiempo de ajustárselo antes de que su hermano abriera la puerta del otro lado y la sacara.

—¡No puedo creer que te estuvieras acostando con este tipo! —Collins gruñó como un animal feroz, como si su hermana estuviera cometiendo el mayor error de su vida, lo que sin duda me enfureció aún más.

No bastaba con que ese idiota interrumpiera nuestro momento, no tenía derecho a gritarle así.

—¡Ella se puede acostar con quien quiera! —Resoplé, saliendo del coche con los pantalones en la mano para ponérmelos.

—Cállate y esconde tu puta verga. No voy a hablar contigo —me gruñó como un perro feroz.

—¡No puedes tratarla así!

—¡Cállate maldito gusano! —Vino hacia mí dispuesto a lanzarme otro puñetazo, pero Zoe se interpuso y lo detuvo.

—¡No vas a volver a hacerle daño! —rugió a su hermano.

—¿De qué lado estás? —Liam pareció irritarse aún más por la actitud de la joven.

—Desde luego, no del tuyo.

—¡No puedes hacer esto, Zoe! No después de todo lo que este tipo ha hecho.

—¡Eso depende de mí, Liam!

—Tiene razón. Depende de ella —intervine.

—¡Cállate! —Me volvió a ladrar.

—¡Basta, Liam!

—¡Larguémonos de aquí! —Agarró a su hermana del brazo y yo intenté detenerlos, recibiendo un puñetazo en el estómago que devolví, golpeando al vaquero en la cara.

—¡No se peleen! —Zoe empezó a llorar y después del momento que habíamos tenido, no era el final que yo quería para nuestra velada.

—Déjala en paz y vete. —Hinché el pecho para mirarlo a la cara.

—No voy a dejar a mi hermanita contigo, maldito abusador...

—Eres un maldito idiota si crees eso.

—¡Basta ya! —Zoe seguía gritando.

—Vámonos de aquí. Nuestros padres estaban preocupados y me enviaron a recogerte. —Liam la miró como si fuera el jefe y eso me enfureció aún más.

—¡Ella no se va!

—¡Basta ya! —Zoe resopló, apartó a su hermano de un empujón y se acercó a la bicicleta que tenía apoyada en el camino.

—¡Zoe! —Intenté acercarme a ella sin preocuparme por lo que su hermano pudiera intentar hacer de nuevo.

Antes de que apareciera Liam, habíamos congeniado y creía que íbamos por buen camino. No quería que lo perdiéramos por culpa de ese idiota.

—Hablaremos más tarde.

—Pero... —No reaccioné cuando se subió a su bicicleta—. Zoe, por favor...

—Solo quiero irme a casa.

No tuve más remedio que dejarla marchar cuando empezó a pedalear y su hermano retrocedió, volviendo al coche y siguiéndola de cerca.

—¡Hijo de puta! —Me enfadé mucho con Liam, pero fue inútil porque ya me había estropeado la noche.

Volví al coche por mi ropa y encontré las bragas de Zoe en el asiento trasero. Con el lío que había montado su hermano, ni siquiera había tenido tiempo de ponérselas.

Tomé su ropa interior y olfateé su aroma. Estar con ella era bueno y quería que continuara a pesar de lo que había sucedido en el pasado.

Si ya Zoe me había perdonado, no le correspondía a Liam decidir si podíamos estar juntos o no.


Zoe
Collins

Capítulo treinta y siete

Seguí pedaleando, sin preocuparme por mirar atrás. Mi cuerpo estaba un poco dolorido por el sexo, y estar en el asiento de la bicicleta sin ropa interior no ayudaba, pero esa era una preocupación irrelevante en ese momento.

Liam tocó la bocina, detuvo la camioneta a mi lado, esperando que me subiera al coche, pero lo ignoré. Estaba tan enojada que ni siquiera quería verlo.

—¡Zoe! —Tocó el claxon.

Lo ignoré como si no lo conociera.

—¡Zoe!

No intentó atravesar el coche delante de mí, y me dio gusto que no lo hiciera. Pedaleé cada vez más rápido; aunque era completamente imposible competir con un coche, hice todo lo posible por seguir adelante.

Cuando pasamos los portones del rancho, bajé de la bicicleta, la coloqué bajo la cobija en el lugar de siempre y uno de los perros vino hacia mí, saltando de alegría para jugar.

—¡Eh, Rex!

Me agaché para acariciarlo mientras el labrador saltaba sobre mí.

—¡Zoe! —Liam se acercó a mí después de salir del coche.

—Rex, dile a mi hermano que no estoy hablando con él.

—¡Ah, por favor, Zoe! —Puso las manos en las caderas y rodó los ojos, molesto con mi actitud.

—¿¡Por favor!? —Levanté el pecho—. ¡Por favor, tú, Liam!

—¿Olvidaste lo que te hizo? Estabas ahí, como una puta, en el regazo de ese tipo.

Su comentario me puso tan furiosa que no pude controlarme y le di una bofetada en la cara.

—Cuando tú te quedas en el rodeo con una mujer por noche y a veces más de una, nadie te dice nada.

—Eso es diferente... —Retrocedió, masajeándose la mejilla.

—¡Eso no es diferente! Tengo derecho a acostarme con quien quiera, igual que tú.

—¡Justin ya te lastimó antes, Zoe! —Liam bajó la voz, tratando de convencerme de que él estaba de mi lado y no todo lo contrario—. Solo intento protegerte.

—Soy grande, Liam. Puedo cuidarme sola.

—¡Él es un hijo de puta! ¿Me vas a decir que no conoces a otro?

Liam rodó los ojos y bufó.

—Somos novios.

—¿Qué? —Liam abrió los ojos como si se hubiera llevado un susto.

—Sí. Estamos juntos. Tengo todo el derecho de acostarme con él cuando quiera.

—¿¿En medio de la carretera??

—¿Me vas a decir que nunca lo has hecho?

Liam abrió la boca, pero tragó saliva, porque estaba seguro de que si decía que no, sería mentira. Era mi hermano, pero solía ser mucho más cabrón con las mujeres de lo que estaba criticando a Justin.

—Él te va a lastimar otra vez, Zoe...

—Yo puedo manejarlo.

—¿Qué vas a hacer cuando se vaya otra vez?

—No se va a ir. —Crucé los brazos.

—Veremos hasta cuándo. —Liam se encogió de hombros y dio la vuelta para entrar a la casa.

Jugué un poco más con el perro antes de entrar también.

—¿Todo bien, hija? —me preguntó mi papá cuando entré corriendo hacia la escalera.

—Sí. —No me extendí mucho. Por mí no le hablaría a nadie de lo que había pasado, porque seguía muy enojada.

—Ahhh… los jóvenes... —Escuché murmurar a mi abuelo antes de entrar a mi cuarto.

Me tiré en la cama, molesta. No quería haber pasado por todo eso.

Podría estar corriendo riesgos al involucrarme con Justin de nuevo, pero esa elección era mía y no de Liam ni de nadie más. Diez años habían pasado, ya no era la chica de dieciséis entregándose al primer amor. Había vivido otras experiencias, madurado y tomado decisiones.

Estar con Justin de nuevo era una decisión completamente mía.

Mi celular comenzó a vibrar y lo saqué de mi mochila. No reconocí el número en el identificador de llamada, lo que me hizo dudar un momento antes de contestar, pero al final lo hice.

—¿Quién es?

—¿Zoe? —Me sorprendí al escuchar su voz al otro lado de la línea.

—¿Justin?

—Soy yo. Parece que tu número sigue siendo el mismo de hace diez años.

—No solemos cambiar mucho aquí en el pueblo.

—Lo noté.

—El tuyo sí cambió.

—Varias veces —respondió, aunque yo no le había preguntado—. También tengo un número personal y uno profesional.

—Qué elegante.

—¡Sí! —Soltó una risita que me calmó el corazón. Por un momento me olvidé de lo que me había dejado tan furiosa, pero eso no duraría mucho—. ¿Cómo estás? —preguntó en un tono más serio, esperando mi respuesta.

—Enojada, con ganas de partirle la cara a Liam.

—Qué bueno saber que no soy el único. —Se rió—. No quería que nuestra conversación fuera interrumpida por tu perro guardián.

—Yo tampoco.

—Zoe... —Su voz titubeó un poco y me quedé en silencio, conteniendo la respiración.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo quedó lo nuestro? No quería hacerte esta pregunta, pero me está matando.

—No es Liam quien decide con quién salgo o no.

—Eso es justo lo que quería escuchar.

—Entonces vas a quedarte aquí, ¿verdad? —Fue mi turno de ponerme tensa esperando su respuesta.

—Mañana arreglo el asunto con la internet.

—¡Genial!

—¿A qué hora nos vemos?

—Tengo que dar clases.

—¿Entonces puedo recogerte después del trabajo?

—Necesito organizarme...

—Zoe, por favor.

—¡Está bien! —Cedí finalmente, sonriendo de oreja a oreja.

—Nos vemos después de tu clase, entonces.

—Está bien.

—Intenta dejar a Liam en casa esta vez.

—Yo tampoco quiero que nos siga. —Me irrité. Justin no era el único que se molestaba con la presencia de mi hermano.

De todo lo que no esperaba vivir en la vida, una de esas situaciones incluía ser atrapada teniendo sexo. Aunque no había

razón para avergonzarme, era un momento íntimo que no necesitaba terminar de esa manera.

—Lo sé...

—Entonces hasta mañana, Justin.

—Hasta mañana, Zoe.

Colgó la llamada y el hecho de haber hablado un poco me dejó más tranquila. Aún quería matar a mi hermano por lo que había hecho, pero Justin y yo estábamos bien, y eso era lo que importaba.



Justin Foster

Capítulo treinta y ocho

—Decidí que me quedo —dije, sacando una silla para sentarme en la pequeña mesa de la cocina. Harold levantó la mirada de la taza de café para fijarse en mí.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué no lo estaría haciendo?

—Pensé que este pueblo perdido ya no era para ti.

—Digamos que ahora tengo una buena razón para quedarme. —Tomé una taza y serví un poco del café fuerte que había preparado mi hermano mayor.

—Ah, Zoe Collins... —Suspiró con una sonrisa amplia.

—¿Hay algún problema?

—Ninguno, en realidad, siempre esperé que algún día ustedes dos se entendieran, pero pensé que eso no pasaría después de que te estableciste en San Francisco.

—Lo único que realmente tengo allá es mi trabajo.

—Tu vida se resumía a eso.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cómo va a ser? ¿La vas a pedir matrimonio?

—¡¿Qué?! —Me sorprendió su pregunta—. Calma, estamos saliendo. Un paso a la vez, además, todavía tengo que lidiar con su hermano.

—¿El sheriff?

—No, el otro idiota. —Apreté los dientes, consumido por la furia al recordar lo que hizo la noche anterior.

—La cagaste.

—Si ella me perdonó, ¿quién es ese imbécil para decir que no podemos estar juntos?

Harold no dijo nada, solo se encogió de hombros.

—Necesito resolver lo de la internet y ponerme en contacto con mi socio para informarle sobre el cambio de planes.

—Yo voy a dar de comer a los caballos. —Se levantó y me dejó solo en la cocina.

Mientras freía unas rebanadas de tocino y un huevo para el desayuno, le envié un mensaje a Philip.

Justin:

Cambio de planes, decidí quedarme en el pueblo.

Philip:

Creo que esos planes ya cambiaron hace un tiempo, solo que tú no podías admitirlo.

Justin:

Seguiré trabajando desde aquí.

Philip:

Sabes que no es lo mismo que tenerte cerca.

Justin:

Estoy seguro de que podrás manejar mi ausencia.

Philip:

¿Cuál es su nombre?

Justin:

¿Su nombre?

Philip:

El motivo de que quieras quedarte en ese fin del mundo solo puede ser una mujer. Nadie hace una locura de esas sin razón.

Justin:

Zoe.

Philip:

Es un bonito nombre, pero ¿por qué no la traes para acá? Parece ser más sencillo.

Justin:

Definitivamente no está siendo sencillo.

Philip:

Tu presencia motiva a nuestros empleados.

Justin:

Van a tener que lidiar sin mí por ahora, pero no te preocupes, voy a resolver lo de la internet aquí en el rancho y usaré el viejo despacho de mi padre. Después de una pequeña limpieza y organización, quedará razonable.

Philip:

Tú sabrás.

Justin:

Necesito hacerlo.

Philip:

Estoy seguro de que si no fuera necesario, no estarías ahí. Solo espero que no te arrepientas.

Justin:

No me voy a arrepentir.

Philip:

Entonces, vamos a ocuparnos del trabajo.

Resolví algunos pendientes con él antes de ir al pueblo para encontrarme con el encargado de la internet en la región, que me había prometido ir al rancho de mi difunto padre por la tarde. Mientras se resolvía ese asunto, trabajé otro día desde la cafetería de Bryan, para su felicidad, ya que siempre aprovechaba cualquier oportunidad para hablar conmigo.

Los rumores sobre la paliza que me había dado Liam seguían rondando el pueblo, pero esperaba que pronto supieran que estábamos juntos y que cualquier conflicto ya quedaba en el pasado.

En el fondo, no me importaba lo que pensara el hermano de ella ni el resto del pueblo. Lo único que quería era a Zoe.

Si Zoe había decidido quedarse conmigo, no me importaba la opinión de su hermano ni de nadie más.


Zoe
Collins

Capítulo treinta y nueve

Me despedí de mis niños después de que terminó la clase y arreglé las cosas que habían quedado desordenadas en el salón antes de salir.

Sería mentira si dijera que no estaba ansiosa por mi encuentro con Justin. Convertirme en su novia había sido algo que había deseado mucho en el pasado, antes de terminar humillada, pero eso no significaba que el sentimiento hubiera desaparecido por completo. Los dos nos habíamos convertido en personas diferentes y sentía que estaba más preparada para este momento.

Mi madre solía decir que nada en nuestra vida ocurría por casualidad, que tal vez necesitábamos pasar por eso. Recordaba cómo me contaba lo difícil que fue cuando mi padre se fue a la universidad y la dejó sola. Lo más importante de todo era que muchos años después, ellos seguían juntos, con una familia de cinco hijos y cuatro nietas.

Desde lo más profundo de mi corazón, deseaba que este fuera finalmente el momento de encontrar mi final feliz con Justin, porque no quería decepcionarme otra vez y, decididamente, me estaba entregando de cuerpo y alma una vez más.

Cuando salí por los portones de la escuela, fue inevitable no sonreír al verlo esperando por mí al otro lado de la calle. Su cabello castaño se movía con el viento y sus ojos tenían una mirada seductora que me impulsaba a acercarme más.

En cuanto di unos pasos hacia él, Justin dio otros para acercarse a mí y terminamos encontrándonos en medio de la calle. Me sostuvo el rostro con una mano y abrió una sonrisa que parecía brillar más que el sol.

No era solo yo la que estaba feliz con ese encuentro.

Antes de que pudiera decir algo, Justin acercó mi rostro al suyo y me besó, sin preocuparse por quién podría estar viéndonos.

Me sentí completamente fuera de lugar, pero respondí al beso, apartándolo cuando me di cuenta de que existía el riesgo de que se volviera demasiado intenso para ser visto por los niños que aún estaban en la puerta de la escuela.

—¡Justin! —Empujé su pecho, avergonzada.

—¿Qué pasa? —Hizo como si no supiera.

—No aquí.

—¿Cuál es el problema?

—La gente va a ver.

—Somos novios, no creo que haya nada de malo en que nos vean besándonos.

—No tiene que ser frente a los niños.

—¿Quieres ocultarlo? —Dio un paso atrás, como si le sorprendiera pensar en esa posibilidad.

—No, claro que no. Solo es que aún no se lo he contado a nadie.

—Ellos son inteligentes para deducirlo. —Me tomó del mentón y me dio otro beso que me hizo sonrojar aún más.

Escondí el rostro en su pecho, avergonzada, antes de que Justin se apartara para abrir la puerta del coche. Pensé que solo me indicaría el asiento del copiloto, pero en vez de eso, sacó un ramo de flores.

—Espero que no te molestes conmigo, pero le conté a tu amiga que estamos juntos. Ella es la dueña de la única floristería del pueblo, y fui allá a comprar un ramo. Terminó llenándome de preguntas.

—Megan es así. —Solté una risita antes de acercarme las flores a la nariz y sentir su aroma.

Era un ramo con pequeñas margaritas de campo y orquídeas blancas, mis favoritas. Seguramente Megan había ayudado con la elección, pero lo que importaba era la intención de Justin.

—Me encanta.

—Me alegra.

—¿Vamos? —Esperó a que subiera al coche.

—¿Qué te parece si comemos algo primero? Sé que en poco tiempo voy a estar famélica.

—Ya lo pensé todo.

—¿Ah, sí? —Levanté las cejas, algo sorprendida.

—Sí. Solo ven conmigo.

—Está bien. —Me acomodé en el asiento del copiloto y Justin dio la vuelta al coche para tomar el volante.

—Creo que voy a tener que comprar un coche nuevo —comentó, más pensando en voz alta que hablándome directamente.

—¿Crees que este no es suficiente?

—Es de mi hermano y está muy viejo.

—¿Y el convertible?

—Seamos honestos, no es el tipo de coche para estas carreteras. —Hizo una mueca y yo me reí.

—Tal vez deberías comprar un jeep.

—Tampoco es para tanto.

—¿No te gustan los jeeps?

—¡Son horribles! ¿Y a ti? ¿Te gustan?

—Creo que son bonitos.

Justin solo negó con la cabeza y se rió.

Condujo hacia la carretera de tierra y tomó una bifurcación que llevaba al rancho de la familia Foster. Era mucho más pequeño que el nuestro y tenía una producción más reducida, aunque aún así ayudaba a abastecer la región con leche, carne y otros productos.

Pensé que me llevaría hasta la casa, pero antes de acercarse a ella, Justin giró el coche y siguió en otra dirección.

—¿A dónde vamos? —pregunté, sorprendida.

—A un lugar donde sé que nadie nos molestará.

—¡Está bien! —No protesté, estaba demasiado curiosa por saber qué había preparado y apenas podía esperar para descubrirlo.

Justin paró el coche en medio del pasto, cerca de una pequeña colina donde el vehículo ya no podía avanzar.

—¿Llegamos? —Dejé escapar mi curiosidad.

—Aún no.

Salió del coche, dio la vuelta y abrió la puerta para mí, luego, Justin escaló la pequeña colina, extendiendo la mano para que me uniera a él. No lo dudé ni un segundo, estaba demasiado curiosa por saber qué iba a pasar.

Tuve un poco de dificultad para escalar, pero cuando llegué arriba, la recompensa fue muy gratificante. A lo lejos, podía ver la casa, con las luces encendidas a medida que caía la noche, y al lado,

un pequeño bosque preservado, sin contar toda la pradera donde pastaban los animales y la siembra de maíz y otros nutrientes para la alimentación de los animales. Sin embargo, lo más sorprendente no era la vista, ni el cielo que se volvía cada vez más estrellado a medida que la noche caía, sino lo que Justin había preparado.

La iluminación era un viejo farol a aceite, algo que ni sabía si todavía existía, con toda la modernidad que nos rodeaba. Había cubierto el suelo con una manta y colocado una cesta de picnic con una botella de vino.

—¿Preparaste nuestra cena? —dije, con la boca abierta.

—Pensé que sería bueno dejarla lista.

—Es perfecta.

—¡Ahora ven! —Me tiró de la mano y me hizo acomodarme de cara a él sobre la manta.

—La vista de las estrellas es perfecta aquí. —Levanté la cabeza y la incliné hacia atrás mientras las admiraba.

—Cuando era niño, venía aquí con frecuencia. Era mi lugar favorito en el rancho.

—Se entiende por qué.

—Supuse que te gustaría.

—¡Es hermoso!

—No más que tú. —Justin me sostuvo el rostro y me hizo girar hacia él, permitiéndome ver las estrellas reflejadas en sus ojos castaños y brillantes.

No dije ni una palabra mientras él me tomaba del mentón y besaba mis labios. Suspiré antes de dejar que su lengua se encontrara con la mía, inclinando la cabeza y permitiendo que nuestros labios se encajaran perfectamente.

Estábamos solos y Justin ni intentó contenerse. Mientras su lengua recorría la mía, su mano libre comenzó a explorar mi cuerpo. Me estremecí cuando apretó mi culo y subió hasta meter la mano dentro de mi blusa.

Apreté su hombro antes de que intentara quitarme el sujetador, interrumpiendo el beso por unos segundos, anticipando que su intención era ir mucho más allá.

—¡Justin!

—¿Qué pasa? —Me miró preocupado, como si estuviera preguntándose si le había hecho daño.

—¿No íbamos a cenar?

—Primero te voy a dejar con más hambre.

—¿Con hambre o cansada?

—Lo que pase primero. —Soltó una risita que me hizo sonrojar.

—¡Eres un...! —No pude terminar la frase porque volvió a besarme y sus manos tomaron mi cintura, levantando mi blusa.

No estábamos en una cama cómoda como hubiera sido más adecuado, pero esta vez no seríamos interrumpidos.

Dejé que me quitara la blusa y mordí sus labios antes de arrancarle la camisa y colocarla sobre la mía.

—¿Ya te he dicho lo hermosa que eres? —Acarició mi rostro antes de bajar la boca hacia el valle entre mis senos, aún cubiertos por el sujetador.

—No... —Mi corazón comenzó a latir más rápido con su aliento caliente sobre mi piel sensible.

—Eres muy hermosa, Zoe. —Mordió la curva de mi pecho que sobresalía del sujetador.

—Tú también —murmuré al mirarlo, o al menos intentarlo, porque la tentación de cerrar los ojos era demasiado grande.

—Te amo... —Cuando escuché esas palabras, mientras él me quitaba el sujetador y mordía uno de mis pezones, sentí que el mundo se detuvo a mi alrededor por unos segundos.

Me quedé sin aliento y mi corazón dejó de latir. No había imaginado que escucharía esas palabras de Justin y no estaba preparada para ellas, ni para los efectos que tendrían en mí.

—Justin... —No pude decir nada más porque me bajó la cremallera de los pantalones y deslizó su mano dentro de mis bragas.

No le costó encontrar mi clítoris y empezar a masturbarme. Con su boca en mi pecho y su mano en mi vulva, no podía pensar racionalmente ni dejar escapar ninguna palabra inteligible de mis labios, pero a él no parecía molestarle el hecho de que no le hubiera dicho que también lo amaba.

Abrí las piernas, permitiendo que su mano se moviera mejor. Su lengua jugaba con mi pezón mientras yo me revolcaba en la manta, sintiendo el placer que crecía más y más con los estímulos.

—¿Te gusta? —Me provocó con la punta de la lengua en el pezón.

—Hummm... —Sacudí la cabeza, aún incapaz de hablar.

Terminó de quitarme el sujetador y me bajó los pantalones, sacándome también las bragas. No me importaba en absoluto estar completamente desnuda, tumbada en aquella manta bajo las estrellas. Estábamos lejos, en los pastos del rancho Foster, y creía que solo nos verían los animales.

—Tu olor. —Justin pasó la punta de su nariz por el valle entre mis tetas y a lo largo de mi vientre, posándose entre mis piernas—. Tu sabor...

Agarré la manta que tenía debajo y la retorcí entre los dedos mientras él me succionaba. Justin no me había preparado para esto, tomándome completamente por sorpresa y convirtiéndome fácilmente en rehén de su lengua.

—¡Justin! —Solté un gemido, arqueé la espalda e incliné la cabeza todo lo que pude mientras me retorcía.

Metió un dedo y el placer se hizo aún mayor. Mi cintura colgaba de la manta mientras su lengua me lamía y me volvía loca. En el momento en que sus labios se cerraron alrededor de mi clítoris, con su dedo deslizándose dentro y fuera de mí, mis gemidos se hicieron aún más fuertes. Creí en el hecho de que estábamos solos y ni siquiera intenté detenerme.

El placer se acercaba, crecía y se volvía enloquecedor hasta que me entregué completamente a él, desplomándome sobre la manta.

Yo jadeaba, aún recuperándome del impacto y del torrente de placer, cuando Justin se alejó. Abrió la cesta con la comida y sacó una botella de vino, sirvió dos copas y bebió un poco, como celebrando lo que me había hecho.

Tardé unos segundos en levantarme y tomé la otra copa para mí, bebiendo un poco. Era un vino rosado y me resultaba refrescante. Después de haber acabado, tenía mucha sed, pero tenía que recordar que era alcohol y no podía beberlo como si fuera agua.

Tomé solo unos sorbos antes de dejar la copa a un lado e inclinarme hacia Justin, tomando la copa de su mano.

—¿Qué pasa? —Estaba sorprendido.

—Ahora me toca a mí.

—Guau… —Una sonrisa pícara se dibujó en sus labios, mostrando que le gustaba la idea.

Me incliné hacia él y le mordisqueé el cuello, besando y mordiendo su piel mientras él se entregaba a mí, dejándome hacer lo que quería. Le pasé los dedos por la nuca y los enredé en su pelo, tirando de los mechones. Pasé la lengua por el lateral de su cuello y jugué con el lóbulo de su oreja, lamiéndolo y mordisqueándolo.

Justin me sujetó por la cintura, apretando con fuerza, pero no intentó apartarme, dejando que siguiera saboreando su piel, sin prisas, explorando cada parte.

Fue mi turno de bajar mis manos hasta su cintura y Justin tuvo que soltarme mientras le quitaba la camiseta. Se la subí y la dejé a un lado, donde Justin había dejado mi ropa.

Volví a besarle el cuello y bajé la boca hasta su pecho, sintiendo el vello al deslizarme hacia abajo. Mordisqueé su pezón y él soltó una pequeña risa cuando mis dedos abrieron su cinturón y la cremallera de sus pantalones. Justin levantó las caderas y me ayudó a quitarle los calzoncillos para que quedara tan desnudo como yo.

Agarré su miembro rígido, envolviéndolo con los dedos y Justin me sonrió mientras me pasaba las manos por el pelo y lo sujetaba en una coleta mientras yo me inclinaba. Lamí la punta, probando su sabor antes de metérmela en la boca.

Fue el turno de Justin de gemir mientras movía mis labios arriba y abajo de su longitud. Sus manos permanecían firmes en mi pelo, impidiendo que me cubriera la cara y disfrutando de la visión de mi boca sobre él. Salivando, dejé de chupar un momento y lamí, sintiendo la textura y las venas abultadas por la excitación.

—¡Vaya, Zoe! —La forma en que se expresó me hizo pensar que realmente estaba disfrutando del momento.

No me detuve, ni me rendí con la boca, los labios y la lengua. Mientras se la chupaba, la excitación entre mis muslos volvía con todo, palpitando locamente. Pero no me detuve, pues los gemidos y la reacción de Justin me motivaban cada vez más.

Su sabor en mi lengua se hizo cada vez más adictivo a medida que nuestros corazones se aceleraban.

Justin me tiró del pelo con más fuerza cuando volví a mordisquearlo.

—¡Zoe!

No me detuve, continué con mi boca sobre él hasta que lo sentí llegar a su punto máximo. Su líquido se derramó hasta mi

garganta. Ya no era la chica ingenua de nuestra primera vez y conocía las consecuencias de no detenerse en medio del sexo oral.

Con una sonrisa de satisfacción por haberlo hecho acabar como él me había hecho a mí, me aparté y me limpié los labios con la punta del pulgar.

—Pensé que eras...

—¿Qué? —Insistí en que terminara la frase y bebí un poco más de vino, quitándome el sabor astringente de la lengua—. ¿Más ingenua?

—Más modesta. —Se reía.

—¿No te gustó? —Desvié la mirada como decepcionada.

—Todo lo contrario. —Me sujetó la cara y me hizo mirarlo de nuevo—. Me encantó. Fue la mejor mamada que me han hecho en la vida.

—Imagino que habrás recibido muchas.

—Ya no me importa. —Me agarró la nuca y me obligó a besarlo de nuevo, entrelazando nuestras lenguas y mezclando el sabor del vino con el del sexo.

Dejé la copa de vino en su sitio cuando me subió a su regazo, haciéndome sentar frente a él. Mientras nos besábamos, sentí el roce de su verga contra mi vulva. Yo estaba lista para que

continuáramos, pero él aún necesitaba algo de tiempo para recuperarse.

Justin sostuvo mi rostro con una mano y mi cintura con la otra, mordisqueó mi labio inferior antes de apartarse.

—Esta noche...

—Somos solo tú y yo —completé, sintiéndome inmensamente feliz por eso.

Estar de esa forma con Justin era como cumplir el sueño que tenía de niña, al mismo tiempo que actuaba y pensaba como una mujer adulta.

—Sí. —Me agarró del cabello, tiró de mi cabeza hacia atrás y lamió mi cuello, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Me moví sobre su regazo, frotándome con más fuerza contra su miembro. Estaba segura de que podía sentir lo húmeda que estaba, pero no me importaba ocultarlo.

Aún sujetando mi cintura, con la otra mano abrió la canasta y sacó un recipiente con fiambres, cuatro tipos de quesos, carnes y conservas. Justin tomó una aceituna sin hueso y la llevó a mi boca.

Masticaba despacio, saboreando cada matiz del gusto.

Tomé un trozo de queso e hice lo mismo, empujándolo contra sus labios y besándolo después.

—Yo también te amo —dije, luego de lo que pareció una eternidad, mientras él masticaba.

Justin abrió una sonrisa amplia y me atrajo hacia otro beso, dejando la comida de lado una vez más. No me molestó, mi apetito esa noche era por otra cosa.

Su lengua se hundió en mi boca mientras su mano firme agarraba mi cabello. Con la otra, me levantó y se acomodó dentro de mí. Gemí contra sus labios, entregándome por completo a la penetración.

Justin se inclinó un poco hacia adelante, sosteniéndome sobre su regazo mientras me movía. Rodeé su cuello con los brazos, mis tetas se frotaban contra su rostro mientras subía y bajaba, encajándome en él, cada vez más profundo, cada vez más rápido.

Eché la cabeza hacia atrás, dejando que mi cabello cayera sobre mi espalda, y mis gemidos se mezclaban con el aire del campo mientras contemplaba las estrellas, disfrutando la forma más placentera de conexión entre un hombre y una mujer.

Sus manos firmes guiaban mis movimientos y yo rebotaba cada vez más rápido sobre él. Mi piel se rozaba con la suya, su aliento cálido soplaba sobre mis tetas y sentía el cielo girar a mi alrededor, aunque solo fueran mis ojos. Estaba en otro mundo, uno hecho solo de placer. Inclinaba mi cuerpo un poco más, aumentando la fricción entre nosotros, hasta que todo comenzó a hormiguear,

chispear, y finalmente estalló en una oleada de placer tan intensa que casi no sentí que él también estaba llegando.

Habíamos acabado juntos, y fue mágico.

Apoyé la cabeza en uno de sus hombros, jadeando, y Justin rodeó mi espalda con los brazos, acariciándola con suavidad.

Nos quedamos así un momento, hasta que me sacó de su regazo y me recostó de nuevo sobre la manta, entregándome una servilleta para que me limpiara su semen.



Justin Foster

Capítulo cuarenta

—Prefiero así —comenté mientras miraba al cielo.

—¿Así como? —Se giró hacia un lado para mirarme.

—Solo nosotros dos y las estrellas.

—Sin Liam. —Se rió ligeramente.

—Sin nadie más —murmuré.

Solo de pensar en ese hermano suyo me ponía furioso, pero no era el mejor momento ni lugar para hablar de eso. Estábamos bien, solos y disfrutando del momento después de un delicioso polvo.

—Creo que ahora nos dejará en paz.

—Realmente quisiera creerlo.

—Mi hermano no es tan terrible como lo estás juzgando.

—Si tú lo dices... —Me encogí de hombros.

—¡Justin!

—¿Te olvidaste de lo que nos hizo ayer?

Tenía que controlarme, no quería arruinar nuestro momento, pero fue más fuerte que yo, y cuando me di cuenta, ya estaba perdiendo la calma.

—Fue horrible, pero no se repetirá.

Solo sonreí y me incliné para acariciar su rostro. No tenía sentido seguir debatiendo sobre eso y acabar arruinando nuestra noche exactamente como su hermano quería.

—Ahora que me besaste frente a la escuela, todo el pueblo va a hablar de eso.

—¿Eso es un problema? —Levanté una ceja e intenté contener el miedo sobre lo que diría a continuación.

—No, pero ya no vamos a escondernos más.

—¿Quién dijo que quiero esconderme?

—¡Qué bien! —Su sonrisa se amplió, pero no estaba preparado para lo que diría después—. Quiero que vayas a cenar con mi familia.

—¿Tu familia? —Intenté no tragar en seco, pero fue imposible.

Pensando en cómo Liam me trataba, no esperaba ser bien recibido por el resto de los Collins, aunque quizá fuera un drama estúpido de mi parte.

—Sí... —Desvió la mirada, como si estuviera un poco incómoda—. Si vamos a hacerlo oficial, ellos tienen que ser los primeros en saber.

Aunque estaba tenso con eso, tenía razón.

—¡Está bien! —Tomé su rostro y lo giré hacia mí—. Será bueno cenar con tu familia.

—¿Estás seguro? —El brillo volvió a su rostro.

Solo asentí con la cabeza.

—Pero dejemos eso para otra noche.

—Sí.

Tomé su mentón y acerqué su rostro al mío, dándole un beso más suave y cariñoso.


Zoe
Collins

Capítulo cuarenta y uno

El sol ya había salido cuando Justin me dejó en casa y se fue. Habíamos dormido exhaustos, en medio del campo y desnudos, pero no podía dejar de pensar que esa había sido la noche más increíble de mi vida.

Aún recordaba cómo hablábamos, nos besábamos y hacíamos el amor, como si no tuviéramos nada de qué preocuparnos. Había tenido un novio antes, cuando estaba en la universidad, pero lo que estaba viviendo con Justin era especial.

—¿Dónde estabas? —Liam cruzó mi camino antes de que pudiera entrar en casa.

Por más que había esperado que eso no pasara, no fue una sorpresa encontrarme con mi hermano. Él siempre se levantaba muy temprano, incluso antes que el sol salga, para ayudar con los animales.

De los cinco hijos, siempre fue el más preocupado por el mantenimiento del rancho y compartía las tareas de gestión y control de los empleados con mi papá.

—Dormí fuera.

—Eso ya lo noté.

—No tengo que rendir cuentas por cada paso que doy, ¿sabías? —Crucé los brazos, frunciendo el ceño.

—Apuesto a que estabas acostándote con ese tipo.

—¿Quién eres tú para decidir lo que puedo o no hacer? —Estaba molesta con mi hermano; por más que lo amara, sentía que estaba cruzando límites.

—Solo estoy protegiéndote, Zoe. —Intentó acercarse y sujetar mi brazo, pero me aparté—. Ese tipo ya te lastimó una vez y no quiero que eso vuelva a pasar. No necesitas eso.

—Soy lo suficientemente grande para cuidar de mí misma.

—Creo que...

—No tienes que preocuparte por nada, Liam.

—¿Qué está pasando aquí? —Mi papá se acercó a la entrada de la casa donde estábamos y nos observó. Supuse que el tono de nuestra discusión había sido lo suficientemente alto como para llamar su atención.

—Nada. —Pasé junto a Liam, chocando con él, y mi hermano soltó un resoplido.

Esperaba que no intentara influir en mi papá contra Justin, porque eso solo me enfurecería aún más.

Fui a mi cuarto para preparar mis cosas y darme un baño antes de bajar nuevamente para desayunar con mi familia.

Cora y Brandon estaban en la mesa, al igual que la pequeña Lara, que parecía disfrutar más de romper en pedacitos una tostada con mermelada que de comérsela.

—Hija, deja de ensuciar —recriminó Brandon.

La niña pareció no darle mucha importancia hasta que su papá la miró con una expresión seria.

—¿Cómo les fue en Dallas? —le pregunté a mi hermana, mientras me acomodaba a su lado y tomaba una taza para servirme leche y café.

—A Lara le gustaron los centros comerciales.

—Es un paraíso para los niños.

—Ni me lo digas. —Acarició el rostro de la niña, que estaba lleno de mermelada.

—Estoy tratando de convencer a Cora de mudarnos definitivamente para allá —comentó Brandon—. El hospital donde trabajo tiene una gran oferta para que ella sea la jefa de enfermería del área de cirugía. Volveríamos a trabajar juntos.

—Eso no funcionó la última vez. —Mi hermana soltó una risita —. Además, este pueblo me necesita.

—Estoy seguro de que pueden hacer que funcione.

—No es tan fácil —respondió mi hermana, y me di cuenta de que ese no era un tema que acababan de comenzar a discutir.

Aunque intentaban lo mejor para dividir el matrimonio entre allá y aquí, era evidente que en algún momento uno de ellos intentaría llevar la cuerda hacia su lado. Aunque yo estuviera de acuerdo en que el pueblo necesitaba a la enfermera Cora, la familia de ella era más importante. Si ella era feliz viviendo con su esposo en Dallas, para mí estaba todo bien.

—¿Todos me van a abandonar, es eso? —Mi mamá puso una bandeja con panqueques en la mesa y puso cara de drama.

—Mamá, no exageres. —Cora puso los ojos en blanco.

—Primero Jackson, luego Malcon se va de casa y ahora ustedes también.

—Todavía no hemos decidido nada.

—Quiero tener a mis nietas cerca de mí.

—Malcon vive en la ciudad, a solo unos kilómetros de aquí, y no es que vayamos a desaparecer todos.

—Pero...

—¿Y tú, Zoe, dónde pasaste la noche? —Mi hermana se giró hacia mí, tratando de cambiar de tema para que mi mamá dejara de quejarse de eso.

—¡Ah! —Mis mejillas se sonrojaron y me sentí un poco incómoda, pensando qué decir.

—Déjala, Cora. —Brandon me defendió y esperé que pudiera evadir el tema.

—¿Dónde? —Mi mamá se giró hacia mí y mi intento de escapar se esfumó en segundos.

—En el rancho Foster. —No necesitaba decir que había sido en medio del campo.

—¿Foster? —Cora sonrió.

—Pero el señor Foster... —Mi mamá entrecerró los ojos, intentando pensar en ello—. ¡Ah! Justin...

—Estamos juntos. —Sonreí de manera forzada y tomé un buen trago de café para mantener mi boca ocupada.

—¿Juntos? —Mi mamá se sorprendió—. ¿No ha vuelto a California?

—No va a volver.

—¿Ustedes tenían algo cuando eran más jóvenes, no? —Cora trató de conectar las piezas.

—Solo fue algo pasajero. —Me pasé un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Están juntos y no me dices nada? —Mi mamá se enojó, haciendo una cara como si fuera la última en enterarse.

—Estábamos decidiendo al respecto.

—¡Ah! —No parecía muy convencida, pero no siguió discutiendo.

—Pensé que él podría venir a cenar con nosotros.

—¡Será genial! —Mi mamá sonrió, y me di cuenta de que había tocado un punto que le gustaba—. ¿Cuándo? ¿Hoy?

—¿Qué tal el viernes? —sugerí, pensando que sería una mejor fecha.

—Está bien.

—Bueno, tengo que ir a la escuela. —Me levanté de la mesa, tomé uno de los panqueques y lo mastiqué antes de darle un beso en la mejilla a mi mamá y otro en la cabeza de mi sobrina.

—Come bien, hija.

—No quiero llegar tarde. —Me metí el resto del panqueque en la boca y salí de la casa.

Tomé mi bicicleta y pedaleé hacia la entrada del rancho. Liam estaba a caballo y nuestros ojos se cruzaron, pero afortunadamente no dijo nada. Ya estaba harta de toda esa situación, y era mejor que no insistiera.



Justin Foster

Capítulo cuarenta y dos

Ajusté algunas cosas sobre la mesa del despacho polvoriento de mi padre. Esa casa había sido construida por mi bisabuelo, y no era una sorpresa darme cuenta de que algunos lugares se habían descuidado con el paso del tiempo. A mi padre le gustaba más la vida en el campo que estar encerrado en una habitación con poca luz y muchos libros viejos acumulando polvo, muy diferente de mí.

Limpié por encima, lo mejor que pude en media hora, esperando al menos no estar estornudando, pero luego tendría que buscar a alguien para hacer una limpieza a fondo en toda la casa y otra persona para los pequeños arreglos, sobre todo en el techo, donde había goteras que convertían la casa en un colador cuando llovía.

Philip tenía razón, Zoe era muy especial, porque yo estaba dejando atrás la comodidad de mi apartamento de lujo en San Francisco, con aire acondicionado y vista al puente Golden Gate, para volver a vivir en medio de la nada.

Pero, con cada momento que pasaba con ella, más convencido estaba de que valía la pena.

Cuando dije que la amaba, no fueron palabras vacías, lo había dicho con sinceridad y no me arrepentía.

Abrí mi portátil después de encontrar un enchufe funcionando para conectarlo y entré en un chat comercial que utilizaba para comunicarme con los empleados de mi empresa. Después de que el responsable de internet viniera al rancho, la red parecía más estable y, con suerte, podría trabajar tranquilo.

En cuanto me conecté, Philip me llamó por videollamada, que acepté inmediatamente después de ponerme los audífonos.

—¡Buenos días!

—¡Hola, buenos días! —Observé el despacho detrás de él mientras, seguramente, Philip hacía lo mismo conmigo.

—Parece que encontraste un nuevo lugar de trabajo.

—Este es el despacho en el rancho de mi padre.

—A pesar de las cabezas de animales raras ahí atrás, parece más presentable que esa cafetería.

—Estoy adaptándome.

—Tienes que regresar, amigo.

—Por ahora no.

—¿Vas a tirar tu vida por la borda por una mujer? —Torció los labios, pareciendo furioso conmigo.

—No estoy tirando mi vida por la borda. —Cerré los ojos, molesto.

—En eso no estamos de acuerdo.

—¿La empresa está sufriendo grandes problemas por mi trabajo remoto?

—No, pero...

—Entonces no tengo de qué preocuparme —lo interrumpí—. Ahora que ya estoy acomodado y con internet decente, podré seguir el trabajo de cerca, hasta espiar a los empleados a través de las cámaras. En general, pasábamos la mayor parte de los días encerrados en oficinas, y eso no va a cambiar mucho.

—¿Y tu departamento, las mujeres...?

—Todo está bien con eso, Philip.

—¡Está bien! —Él reculó al darse cuenta de que ya no tenía argumentos para intentar convencerme de que estaba desperdiciando mi vida al regresar al campo.

—¿Cuáles son las novedades?

—Bueno, en una de las cenas que tuve con inversionistas de startups de Silicon Valley, recibí información privilegiada que quiero decidir contigo si la usamos o no.

—Todo va a depender de los beneficios que nos pueda traer frente a los problemas futuros que pueda generar.

—Muchos millones de dólares...

—Te escucho. —Me incliné para mirarlo mejor, interesado en cada palabra que Philip tenía para decirme.

—Pues bien...


Zoe
Collins

Capítulo cuarenta y tres

—¡Tía! —Judy vino corriendo hacia mí a la hora de salida y me dio un abrazo bien fuerte. La hija mayor de mi hermano solía estar muy pegada a mí cuando aún vivía en la casa de mis padres, y Malcon no había resuelto la situación con su madre, pero inevitablemente nos habíamos ido distanciando un poco cuando ella creció y pasó a la clase de otra profesora, además de la mudanza de mi hermano a una casa nueva, cerca de la comisaría donde trabajaba.

Yo amaba a esa pequeñita, y la forma en que me abrazaba demostraba que el sentimiento seguía siendo recíproco.

Envolvió mi cuello con sus bracitos.

—¿Tu papá todavía no ha llegado?

—Mamá vino a buscarnos. —Señaló a la mujer que estaba al otro lado de la calle, y Jennifer me hizo un gesto con la mano mientras sostenía la mano de la otra hija.

—¡Ah, qué bueno!

—Dicen que tienes novio. ¿Es verdad?

Mis ojos se abrieron sorprendidos por la pregunta tan directa de mi sobrina. Trataba con muchos niños, así que ya había

aprendido que ellos iban directo al grano, sin rodeos.

—¿Sí? ¿Quién te lo dijo?

—James. Dijo que te vio besando a un hombre. —Hizo una mueca como si le diera asco, lo que me hizo reír.

—Sí, Judy, era mi novio.

—¡Ah! ¿El tío Liam le pegó?

—Fue solo un malentendido. —Mantuve la sonrisa, no quería tener que explicarle a mi sobrina que su tío había actuado como un completo idiota.

—Ya entiendo.

—Judy, vamos a casa, mi amor. —La mamá la llamó.

—¡Chau, tía! —Saltó de mi regazo.

—Chau, mi angelito.

Judy corrió hacia su mamá y tomó la otra mano de Jennifer, quien me sonrió antes de llevarse a las pequeñas.

—Sabes tratar con los niños.

Me asusté y me giré al escuchar una voz muy cerca de mi oído, haciéndome poner la piel de gallina.

—Soy profesora. —Me di vuelta para enfrentar a Justin, que había aparecido de la nada detrás de mí.

—Pero no todas tienen la misma pasión.

—Es una pena.

—Sí. —Se inclinó hacia mí para darme un beso, pero giré la cara, lo que hizo que Justin solo pudiera darme un rápido besito en la mejilla.

—¿Qué pasó? —Retrocedió, sorprendido, con los ojos marrones muy abiertos.

—Nada, solo es mejor no estar besándonos frente a los niños.

—Como si nunca hubieran visto un beso antes.

—No es así, pero comentan.

—Está bien. —Volvió a sonreír—. Puedo llevarte al coche y hacer algo más que solo un beso.

—¡Cálmate! —Le di un golpecito en el pecho mientras me reía.

—Como si no te gustara.

—No dije eso.

—Entonces, ¡vamos!

—¡Justin!

—¡Ven conmigo! —Deslizó su mano cálida por mi brazo, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

—Hoy no puedo.

—¿Por qué no? —Hizo un puchero como mis alumnos cuando decidían protestar contra algo.

—Tengo que ir a casa y preparar el material para las próximas clases. No he tenido tiempo de hacerlo estos días, ¿lo olvidaste?

—Fue por una buena razón.

—No dije que no.

—Aun así. —Bajó las manos hasta mi cintura y siguió mirándome de una forma que parecía querer convencerme, y cada vez me estaba más tentada a caer en ese encanto, pero en el fondo, mi responsabilidad pesaba un poco.

Me aparté de él, girando y alejándome de su abrazo.

—¡Zoe!

—Realmente necesito ir.

—¿Ni siquiera me vas a dar un beso? —Torció los labios, molesto.

Miré de un lado a otro, asegurándome de que todos los niños ya se habían ido, y me puse de puntillas, esperando darle solo un besito a Justin, pero él no se conformó con eso. Me agarró de la cabeza y metió la lengua en mi boca, de una manera que me dejó sin aliento. Correspondí al beso con la misma intensidad, pero en cuanto me presionó contra su cuerpo, me aparté, recordando que

estábamos en medio de la calle en una de las zonas más transitadas del pueblo.

—¡Compórtate!

—Es difícil estando cerca de ti.

Esa sonrisa traviesa me seducía, pero no iba a decirle eso, menos en un momento en el que intentaba escapar de sus avances.

—Realmente tengo que irme.

—Está bien. —Justin torció los labios, pero finalmente aceptó.

—El viernes vas a cenar en mi casa.

—¿Con tu familia?

—¡Sí!

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—Liam se va a comportar, lo prometo. —Toqué su rostro, haciendo que mi novio me mirara y le sonreí.

—Está bien.

—¿Tengo que llevar algo?

—Buen humor y simpatía. —Incliné la cabeza hacia un lado y Justin se rió.

—Así será. —Se inclinó para darme un besito—. ¿No quieres que te deje en tu casa?

—No, vine en bicicleta y no quiero dejarla.

—Está bien.

—Nos vemos. —Le di otro beso y me escapé de Justin antes de que me convenciera de lo contrario.



Justin Foster

Capítulo cuarenta y cuatro

Bajé del coche de mi hermano pensando que ya era hora de comprar uno para mí, ya que estaba decidido a quedarme en ese pueblo. El convertible que había alquilado estuvo listo el día anterior y la empresa vino a recogerlo, cobrándome una fortuna por el tiempo que ni siquiera usé el coche, pero podía lidiar con eso.

Conocía ese pueblo pequeño, no debí haber elegido un coche como ese, pero ya era tarde. Solo necesitaba pensar en un modelo más adecuado para poder usarlo de allí en adelante.

Tomé la botella de whisky del asiento del copiloto, mi padre solía decir que era bueno llevar regalos en una primera visita, pero no sabía exactamente qué escoger, solo tenía miedo de no causar una buena impresión.

Ya bastaba con que Liam estuviera en mi contra, no quería lo mismo de parte del resto de la familia. Por más que Zoe me hubiera dicho que me amaba y yo creía en eso, no era tan ingenuo como para pensar que me elegirían a mí antes que a ellos, no importaba lo fuerte que fuera lo que había entre nosotros.

Los Collins eran conocidos por muchas cosas en ese lugar, además de su fortuna: el título de gobernador del Estado y las obras

para la región. Siempre se les vio como una familia muy unida, algo que seguramente no cambiaría.

Vi la patrulla del sheriff detenida en la entrada de la casa y supuse que él estaba allí para la cena familiar. Considerando que había evitado una golpiza mayor por parte del hermano menor, podría considerarlo al menos un aliado.

Subí por la escalera de madera y me acerqué a la puerta de entrada mientras uno de los perros me olfateaba; al menos no me estaba ladrando, lo cual parecía algo bueno.

Pasaron unos instantes hasta que la puerta se abrió. Estaba esperando a Zoe con un vestido colorido y su típica sonrisa emocionada, pero quien me atendió fue un hombre mayor, de ojos claros y cabello oscuro, que me analizó de pies a cabeza.

—Justin Foster...

—Señor Collins. —Intenté mantener la sonrisa, rezando para que mi expresión no se convirtiera en una mueca.

—Así que eres tú.

—Creo que sí.

Me quedé preguntándome qué podría haber dicho Liam al padre, pero esperaba que el hombre estuviera de mi lado, o al menos deseando la felicidad de su hija.

El hombre siguió observándome hasta que levanté la botella de whisky y se la ofrecí.

—Espero que le guste.

—Gracias.

—¡Justin! —Escuché el grito de Zoe antes de que apareciera por encima del hombro de su padre, pasara por él y me abrazara—. Ya llegaste…

—A la hora acordada.

—Ven, entra. —Me tomó de la muñeca y me arrastró hacia el interior de la casa, soltándome en medio de la sala.

Su padre siguió observándome, pero no dijo nada, mucho menos criticó mi presencia. Bueno, si le gustaba a su hija, no era el mejor momento para hacerlo frente a toda su alegría.

—Justin, él es el abuelo, puede que te acuerdes de él. —Zoe indicó a un hombre mayor, de cabello blanco, sentado en un sillón de la sala.

—Señor.

—Bienvenido, joven. —Me sonrió, y creo que, después de Zoe, fue la mejor recepción que recibí hasta el momento.

—Muchas gracias.

—Entonces, ¿tú eres el novio de mi hija? —Me giré cuando escuché una voz femenina y encontré a la señora Collins detrás de

mí. La madre de Zoe parecía una versión mayor de ella, con el mismo cabello rubio y la misma expresión.

—Sí —dije con un tono un poco más confiado.

Cuanto mejor me fuera con esas personas, mejor serían las posibilidades de que no se metieran tanto en mi relación con Zoe.

—Un placer. —Me extendió la mano.

—El placer es mío. —Me incliné y besé el dorso de su mano, intentando comportarme como un caballero.

—Justin. —El sheriff apareció en la sala acompañado de la hija mayor.

—Sheriff. —Hice un gesto con la cabeza como señal de respeto.

—Puedes llamarme Malcon cuando estemos aquí.

—Está bien.

—¿Eres el novio de tía Zoe? —La niña, de unos cinco o seis años, soltó la mano de su padre y se acercó, parándose frente a mí con la cabeza erguida para examinarme.

Me agaché para estar más a su altura y observé su carita, que tenía muchos de los rasgos de los Collins.

—Así es. —Le sonreí amablemente—. ¿Y tú, quién eres?

—¡Judy! Soy la hija de mi papá.

—¡Claro! —Reí ante su respuesta—. Un placer, pequeñita.

—El placer es mío. —Antes de que pudiera acercarme para darle la mano, otra niña corrió y la tiró de un brazo.

—¡Eh! —Judy cuestionó a la otra, que solo se escondió detrás de ella.

—Esa parece más tímida. —Me levanté y volví a hablar con el sheriff.

—Lo es. —El hombre asintió.

De pronto vi a la otra hermana mayor de Zoe. Cora Collins estaba con otro niño en brazos, que parecía tener alrededor de dos años. No tenía el cabello rubio de las primas, pero se parecía mucho a la madre.

Ya casi todos estaban allí, excepto el gobernador y el cowboy. Sabía que no debía ser sencillo para un político como él asistir a eventos familiares, pero Liam...

Bastó con pensar en él para que entrara por la puerta de la sala, sin camisa, sudado, con un pantalón de cuero y un sombrero de cowboy, como si acabara de salir de un rodeo.

—¡Liam! —La madre lo regañó—. Llegas tarde.

—Estaba ocupado tratando de domar el nuevo caballo.

—¿No podrías haberlo dejado para mañana?

Se giró para mirarme unos segundos antes de responder.

—Mañana ya tengo otros planes. —Continuó mirándome como si su expresión fuera a intimidarme, pero no sería tan fácil.

Ya había recibido una golpiza de ese tipo y no me había rendido con Zoe, no sería su cara fea lo que me iba a asustar.

—¡Ve a ducharte! —La madre indicó las escaleras como si estuviera hablando con un niño.

—Lo haré. —Pasó junto a nosotros y subió las escaleras.

—Ah, este chico... —murmuró la mujer, aparentemente sin saber lo que había pasado entre su hijo y yo.

—Bueno. —Zoe miró de un lado a otro, observando a todos—. Vamos al comedor. ¿Qué te parece si servimos las entradas, mamá?

—Claro, hija.

Zoe se acercó a mí y me enlazó el brazo, ampliando aún más la sonrisa que también me contagiaba.

—¿Todo bien? —me preguntó, cuando ya no había nadie mirando directamente.

—¡Claro!

—¡Qué bueno!

Esperé a que ella se sentara y me acomodé en una silla junto a ella. El resto de los Collins, al igual que los cónyuges y los niños, también se sentaron, mientras la matriarca servía varias bandejas con bocadillos y ensalada, que se veían deliciosos.

—Supe que vivías en California —dijo el padre de Zoe, comenzando la conversación. Como las noticias corrían rápido en ese pequeño pueblo, no sería una sorpresa que supieran más sobre mi vida que yo mismo.

—Sí, en San Francisco.

—¿Y qué hacías allá?

—Papá... —Zoe me miró de reojo, tratando de frenar las muchas preguntas que me estaba haciendo.

—Está bien, Zoe. —Sonreí a ella mientras tomaba su mano sobre la mesa. Mientras la conversación fuera amigable como hasta ahora, podría manejar la situación—. Después de graduarme en finanzas, comencé a trabajar en el mercado financiero y abrí mi propia empresa de inversiones junto con un socio. Trabajamos principalmente con acciones en la bolsa y otros activos.

—¿Las acciones no son arriesgadas?

—No cuando sabes lo que haces.

—Imagino que tú lo sabes.

—Aprendo todos los días. —Mantuve la sonrisa e intenté ser modesto, porque la arrogancia no era una imagen que quería proyectar en ese momento; no cuando estaba esperando que la familia de Zoe me aceptara.

—Eso siempre es bueno.

—Así es.

—¿Y qué vas a hacer ahora? Mientras estés aquí en Fredericksburg.

—He estado trabajando de manera remota. Organice la vieja oficina de mi padre para quedarme ahí y estar más cerca de Zoe. —Acaricié su mano suavemente, ella sonrió y apoyó su cabeza sobre mi hombro.

—¿Es posible?

—Cuando hay tecnología involucrada, generalmente, es posible hacer todo a distancia con una computadora y una buena conexión a internet.

—Entiendo.


Zoe
Collins

Capítulo cuarenta y cinco

—Ya veremos cuánto le dura —murmuró Liam al aparecer, arrastrando una silla para acomodarse en su lugar habitual en la mesa.

Mi hermano tenía el cabello rubio aún mojado y olía a loción para después de afeitarse. Ya no tenía aspecto de haberse caído de un caballo y rodado por el pasto, pero no dudaba que prefiriera ese look más salvaje que estar bien arreglado.

Me quedé mirándolo con el ceño fruncido y una expresión molesta. No quería que arruinara el momento. Yo quería a Justin ahí y mi hermano no tenía derecho a ir en contra.

—¿Vamos a cenar? —Mi mamá llamó la atención de todos, intentando suavizar la tensión que se había adueñado del ambiente —. Espero que te guste, Justin.

—Estoy seguro de que estará delicioso, señora Collins.

—Puedes decirme simplemente Francine.

Justin le sonrió a mi mamá y yo también. A diferencia de mi hermano, ella estaba haciendo un esfuerzo por recibir a mi novio de forma amable, lo cual me alegraba bastante.

Brandon, el esposo de mi hermana, empezó a hablar con Justin sobre el mercado de acciones. Por lo visto, al doctor también le interesaban las inversiones y podría cerrar algunos tratos con la firma de mi novio.

Liam estuvo con cara de pocos amigos durante toda la cena, como si fuera incapaz de dar su brazo a torcer. Siempre había sido así. Desde niño sabíamos que mi hermano necesitaba muchos golpes para cambiar de opinión. Pero al final, no importaba demasiado, siempre y cuando no volviera a ser agresivo con Justin. Amar a mi novio era tarea mía.

Malcon trató de equilibrar un poco la situación, sacando temas para todos y aligerando el ambiente. Jackson tal vez no era el único político en la familia. Pensar en mi hermano mayor hizo que lo extrañara y notara su ausencia en esa cena, aunque sabía que tendría otras oportunidades para presentarle a Justin.

Mi mamá sirvió una tarta deliciosa de postre que no pude evitar repetir, al igual que Judy. A mi sobrina le encantaban los dulces, como a la mayoría de los niños, pero su hermanita todavía era tímida con tanta gente. Como Jasmine se había criado solo con su mamá, creía que le tomaría algo de tiempo adaptarse a la dinámica familiar.

Después de la cena fuimos a la sala y mi papá abrió la botella de whisky que Justin había traído, sirviendo una ronda para los hombres. Yo también acepté un poco, dándole un trago que me

quemó la garganta como si fuera alcohol puro. Nunca entendí qué gracia le veían a las bebidas tan fuertes.

—Fue un placer reencontrarme con todos ustedes —se despidió Justin, luego de mirar la hora en su reloj de pulsera.

—El placer fue nuestro —dijo mi papá con una sonrisa, a la que yo le respondí con otra.

Justin se despidió de toda mi familia, incluso de Liam, que seguía con la misma cara de amargado. Lo acompañé hasta la salida de la casa, apoyándome en el costado de su auto.

—No fue tan terrible. —Le acaricié el rostro mientras lo miraba bajo la luz del porche.

—La mayoría fue muy amable.

—A Liam puedes ignorarlo, en algún momento se le va a pasar.

—Ya lo tengo claro.

—Qué bueno.

Justin me sujetó por la cintura, mirándome fijamente antes de inclinarse hacia mí y darme un beso corto. Yo giré la cara después, pero él no se dio por vencido y bajó sus labios hasta mi cuello.

—Justin... —suspiré, poniéndome en puntas de pie.

—¿Qué pasa? —Se hizo el desentendido.

—Compórtate. —Le apreté los hombros.

—Solo estoy besando a mi novia. —Fingió que no hacía nada malo.

—No aquí, en la puerta de la casa.

—Entonces ven conmigo. Mañana es sábado y no tienes que ir a la escuela, podemos pasar todo el día en la cama.

—No funciona así.

—¿No funciona o no es lo que tú quieres?

—Yo no dije eso.

—Entonces... —Me mordisqueó la mandíbula con ese tono seductor con el que intentaba convencerme.

—¡Ven conmigo! —Le tomé la mano y comencé a arrastrarlo.

—¡Zoe!

—¡Vamos!

Justin se echó a reír, pero no protestó al seguirme. Solo solté su mano cuando llegamos detrás del silo de madera, donde guardábamos el grano que servía principalmente para alimentar a los animales. Había un árbol grande y alto ahí, y solía sentarme bajo su sombra cuando era chica, para leer un libro o simplemente ver pasar el tiempo.

—¿Te gusta hacerlo a escondidas? —provocó, empujándome contra el tronco del árbol.

—Me gusta tener privacidad.

—Admito que me encanta cuando estamos solos. —Justin sujetó mi rostro con firmeza, se inclinó hacia mí y enredó su lengua con la mía, rindiéndome con un beso nada apto para menores.

Sentía mi cabeza rozar la corteza del árbol al moverla, buscando que nuestras bocas encajaran perfecto, pero no me importaba.

Aún con su mano en mi cara, la otra bajó por el costado de mi cuerpo, sintiendo la tela del vestido hasta meterse por debajo de la falda, donde tocó la parte de mi culo que se escapaba de mi pequeña tanguita. Me removí, pero no dejé de besarlo. Nuestras lenguas seguían entrelazadas en un beso cada vez más caliente que me dejaba la boca seca, mientras su mano acariciaba y exploraba mi culo.

Sabía que nadie nos seguiría hasta ahí, así que no me preocupé por disimular o fingir que era recatada.

Justin bordeó mi tanga por un costado y bajó el elástico sin ningún tipo de ceremonia. Separó mis labios vaginales mayores con los dedos y siguió hasta encontrar mi clítoris. Gemí sobre su boca y me restregué contra el árbol mientras él empezaba a masturbarme.

—Justin... —gemí, sin despegar los labios de los suyos.

—¿Quieres que pare? —Me lamió los labios con ese tono descarado con el que sabía que me iba a ganar.

—Sabes que no —jadeé, y su sonrisa se ensanchó.

Volvió a mover el dedo dentro de mí y su lengua volvió a colarse en mi boca.

Corría una brisa fresca por el campo esa noche, pero el calor entre Justin y yo era tan intenso que no podía ser apagado.

Separé más las piernas para que tuviera mejor acceso y él ni pensó en sacar la mano de mi ropa interior. En medio del placer, eché la cabeza hacia atrás, apoyándome en el tronco del árbol y poniéndome en puntas de pie.

Justin mordía, lamía y apretaba mis labios mientras uno de sus dedos se deslizaba más adentro hasta quedarse dentro de mí. Me movía sobre su mano sin pudor. La agitaba dentro de mí, cada vez más húmeda, y yo intentaba contener los gemidos, porque no estaba segura de qué tan lejos quedaba la casa principal como para que no me escucharan.

Me retorcía en su mano, disfrutando cada caricia, perdiéndome en sus besos.

Estaba a punto de explotar, con la tensión enloquecedora y el deseo creciendo como nunca, cuando Justin mordisqueó mi labio inferior, lo jaló hasta hacerlo chasquear y me hizo acabar sobre su mano, sintiendo mi cuerpo reventar en un orgasmo delicioso.

—Ah... —Caí sobre su hombro, jadeando, con el corazón a mil por hora, mientras él sacaba el dedo de mí.

Con esa misma mano que hacía un momento me llenaba, Justin me tomó del mentón y volvió a besarme. Me costaba responderle por la falta de aire, pero eso no hacía el momento menos placentero.

Aproveché el sabor de sus labios un rato más, hasta que Justin me dio la vuelta, haciéndome apoyar las manos en el árbol, y me tiró del pelo, restregando su cara en mi nuca hasta morderme de un modo que me hizo temblar de pies a cabeza.

—¡Justin!

—Mmm... —Subió con la lengua por el costado de mi cuello hasta el lóbulo de mi oreja, haciéndome retorcer por dentro mientras clavaba las uñas en la corteza.

—¡Estás loco!

—Y tú estás buenísima.

Con la boca todavía provocándome, me sujetó por la cintura, subió mi vestido y me quitó la tanga, bajándola hasta las rodillas. Me dejaba las piernas medio inmovilizadas, pero a él no parecía molestarle.

—¡Dios! —exclamó, apretando y sobando mi culo con una mano mientras escuchaba el sonido del cierre de su pantalón.

—¿Vas a...? —Ni siquiera terminé la frase antes de sentirlo hundirse dentro de mí—. ¡Justin! —Me aferré al árbol, sintiendo cómo su cuerpo se acoplaba al mío.

Sus manos me sujetaron de la cintura, jalándome hacia él mientras empezaba a moverse. Tener sexo al aire libre se estaba volviendo costumbre entre nosotros y no podía negar que la adrenalina me encantaba.

Me entregué por completo, disfrutando cada sensación. Justin no fue suave ni trató de calmar el fuego entre nosotros. Gemía tratando de no gritar, mientras nuestros cuerpos chocaban con fuerza.

Justin bajó una mano, agarró con fuerza mi culo, y yo me volví loca con esa niebla deliciosa de placer, deseando en silencio que no parara.

Cuando él llegó al clímax, yo estaba temblando y me incliné, pidiéndole que siguiera. Dio unas cuantas embestidas más con su cuerpo contra el mío y tuve otro orgasmo delicioso que recorrió todo mi ser.

Mi novio dejó caer la cabeza sobre mi cuello, respirando con dificultad y provocándome escalofríos mientras se recuperaba del estallido.

—Eso fue...

—¡Increíble! —completé.

—Sí...

Justin salió de mí y me giró, poniéndome de nuevo de frente para poder besarme.

—¿No quieres venir a casa conmigo? —Acarició mi rostro tratando de convencerme.

—Dudo mucho que me dejes dormir. —Me subí la ropa interior para que el semen no escurriera por mis muslos, sabiendo que tendría que darme otro baño en cuanto regresara a casa.

—Va a ser por una buena razón.

—¡Ey! —Sujeté el cuello de su camisa con ambas manos y le lancé una mirada de reproche, aunque en el fondo no era nada seria.

Lo admitía, al menos para mí misma: me encantaba esa etapa inicial del noviazgo y el calor desenfrenado que ardía entre los dos. Si por mí fuera, no nos separaríamos por nada.

—Quiero descansar para mañana.

—¿Y qué planeas hacer de especial? —Siguió acariciando mi mentón con la punta de los dedos.

—Descansar.

—¡Zoe!

—Hablo en serio. —Él frunció los labios y yo me reí—. Ella necesita descansar, ¿sabías? —Señalé la zona entre mis piernas y

Justin se echó a reír.

—Estoy seguro de que se recuperará.

—Si tú se lo permites.

—Ah, yo la dejo... —Justin comenzó a bajar la mano, pero antes de que me tocara lo empujé para alejarlo.

—Nos vemos mañana.

—¿Me estás echando?

—Solo te recomiendo que te recuperes.

—Nos vemos mañana, amor. —Pasé junto a él, pero antes de alejarme demasiado, Justin me tomó del brazo y me atrajo de nuevo hacia su pecho. Su otra mano sujetó mi rostro y me atrapó en otro beso cargado de deseo.

Le correspondí hasta quedarme sin aire y luego lo alejé otra vez.

—Hasta mañana. —Finalmente lo aceptó.

Regresamos al frente de la casa, Justin subió a su auto y se fue, mientras yo caminé por la entrada hasta mi habitación.

Liam se cruzó en mi camino en la escalera, impidiéndome seguir.

—Solías ser menos molesto, ¿lo sabías?

—No puedo creer que estaban...

—¿Qué? —lo interrumpí, frunciendo el ceño y cruzando los brazos con una expresión desafiante—. ¿Teniendo sexo? Sí, eso estábamos haciendo.

Liam fue invadido por una expresión de furia, mientras Malcon, que estaba en la sala, empezó a reír.

—¡Ooh, Malcon, es nuestra hermanita! —Liam lo reprendió.

—Jennifer está embarazada otra vez. —Malcon se encogió de hombros—. No creo tener derecho a decir nada.

—Gracias. —Le sonreí al sheriff y pasé junto a mi molesto hermano, subiendo al segundo piso de nuestra casa.

Después de ir al baño y lavar los restos del semen que aún quedaba en mí, me puse ropa limpia: tanga y pijama, antes de tirarme en la cama y revisar mi celular. Había algunos mensajes de mi mejor amiga.

Megan:

¿Cómo fue la cena con tu familia? ¿Justin sobrevivió?

Zoe:

Salió todo bien, dentro de lo posible. Solo Liam se comportó como un imbécil, pero nada fuera de lo común.

Megan:

Solo está intentando protegerte.

Zoe:

Ya estoy lo bastante grande para cuidarme sola.

Megan:

Lo sé, pero para él es difícil.

Zoe:

¿Para él? No, difícil es para mí.

Megan:

También.

Zoe:

Quisiera que dejara de actuar así, pero parece que no será fácil. Por suerte, Cora y Malcon fueron más receptivos.

Megan:

El sheriff siempre es un amor.

Zoe:

Tú y todo el pueblo piensan eso.

Megan:

Una lástima que su esposa haya vuelto.

Zoe:

¡Megan!

Megan:

Claro que quiero que nuestro querido sheriff sea feliz, pero podría ser feliz a mi lado. Ja, ja, ja.

Zoe:

Hay otro Collins soltero.

Megan:

¿El idiota de Liam? Paso.

Zoe:

Podrías mantenerlo distraído.

Megan:

Te quiero, amiga, de verdad, pero no tengo ni el corazón ni la vocación para aventurarme con Liam. Prefiero hombres comprometidos y fieles, como Malcon.

Zoe:

Esos escasean.

Megan:

Ni me lo digas, pero sigo con la esperanza de encontrar al mío.

Liam quedará para alguna valiente que se atreva a domarlo.

Zoe:

Espero que no tarde mucho en aparecer.

Megan:

Veremos...

Pero hablemos de lo que realmente importa. Tú y Justin...

Zoe:

Estamos muy bien.

Megan:

Esa es la mejor noticia.

Zoe:

Estoy feliz de verdad.

Megan:

Eso es lo único que quería escuchar, porque ese tipo ya te hizo sufrir bastante y si vuelve a hacerlo, no necesitarás a Liam para darle su merecido, porque yo misma lo haré.

Zoe:

No seas exagerada.

Megan:

Hablo en serio, ¿no me crees?

Zoe:

¡Claro que te creo!

Megan:

¡Muy bien!

Ahora tengo que dormir porque mañana temprano tengo que preparar la decoración del matrimonio de William con Grace.

Zoe:

Buenas noches.

Megan:

Igualmente.

Como era la única floristería del pueblo, Megan se encargaba de los nacimientos, matrimonios e incluso los velorios de todos los habitantes. Antes, sus padres administraban el lugar, hasta que murieron en un trágico accidente.

En nuestro pequeño pueblo, había una tradición muy antigua de que los oficios se heredaran de padres a hijos, así que las familias terminaban siendo conocidas por ciertas actividades. Sin embargo,

en algún momento, uno de los hijos rompía la regla y se iba a estudiar a alguna ciudad más grande y, a veces, no volvía jamás.



Justin Foster

Capítulo cuarenta y seis

Pasé un excelente fin de semana con Zoe y aprovechamos para hacer un picnic junto a una laguna que quedaba en los límites de la propiedad de mi padre. Nos divertimos contando historias sobre los diez años que pasamos sin vernos, mientras yo deslizaba flores por su cuerpo desnudo, disfrutando la imagen de ella recostada sobre la manta, completamente desnuda, con su hermoso cabello rubio extendido y brillando con el reflejo de la luz del sol.

No pensaba en Fredericksburg mientras estaba en San Francisco. Creía que ya no había absolutamente nada para mí en ese pueblo. Sin embargo, cada día al lado de Zoe me hacía estar más seguro de que me había equivocado al pensar eso.

Después de varias semanas de espera, el notario del registro civil local finalmente se recuperó del virus y volvió a atender a la gente del pueblo, agendando una cita para que mis hermanos y yo pudiéramos resolver los asuntos relacionados con los bienes que mi padre había dejado. Además del rancho y todo lo que había en él, no quedaba mucho más que unos cuantos billetes en el banco. Mi padre nunca fue un hombre rico ni se preocupó por acumular propiedades.

—Parece que cambiaste de opinión, ¿no? —Anne se detuvo a mi lado y apoyó la cabeza en mi hombro mientras observábamos al hombre revisar los documentos que acabábamos de firmar.

—No cambié de opinión, el rancho es para Harold. —Me desentendí de la conversación encogiéndome de hombros. No sabía a dónde quería ir mi hermana con ese tema y preferí mantenerme al margen.

—Pero estás viviendo con él.

—No creo que a Harold le moleste, al fin y al cabo, soy yo quien está llenando la despensa.

—No me refiero a eso, sino a la razón por la que decidiste quedarte. Zoe Collins...

—Las noticias vuelan —murmuré, al confirmar mentalmente que no había dicho nada a Anne sobre mi relación.

—Estamos en Fredericksburg.

—La maldición de los pueblos pequeños.

—Me alegra por ti, hermano. —Me acarició el hombro con una sonrisa que me tomó por sorpresa.

—Ah, gracias.

—Quién sabe, tal vez echar raíces aquí no sea tan malo.

—Eso espero.

—Yo también.

Anne desvió la mirada, volviendo a fijarse en el notario, y el silencio se instaló entre nosotros, aunque me atreví a romperlo unos

instantes después.

—Ya que estamos hablando de mi relación con Zoe y de herencias familiares, sé que tú te quedaste con el anillo de mamá, y me gustaría que me lo dieras.

Anne abrió los ojos con sorpresa y luego sonrió.

—¿Ya estás pensando en pedirle matrimonio a Zoe?

—Tal vez... quiero decir... —Me enredé con las palabras y tragué saliva—. Solo quiero estar preparado cuando sienta que ha llegado el momento.

La sonrisa de mi hermana se hizo aún más grande.

—Está en mi casa en Dallas, pero te lo enviaré.

—Gracias.

—De nada, pero ya que hablamos de matrimonio, bien podrías buscar otro lugar donde vivir en lugar de ese rancho viejo con Harold.

—Dudo que Zoe quiera dejar la escuela e irse conmigo a San Francisco.

—No digo que se vayan de aquí, pero al menos busquen un lugar nuevo, con espacio para los hijos que van a tener...

—Tranquila, Anne. —Levanté las manos en señal de alto antes de ser completamente arrollado por sus teorías y expectativas.

—Es maestra de preescolar, ama a los niños. Por supuesto que va a querer tener hijos. ¿Nunca lo pensaste?

—La verdad, no. —Tragué saliva.

—Bueno, hermano, ya es hora de pensarlo. —Me dio unas palmadas en el hombro.

—Está todo listo aquí —dijo el notario, atrayendo de nuevo nuestra atención hacia el motivo por el que estábamos allí. Sin embargo, mi hermana ya me había dejado algo en qué pensar por el resto de la semana.

¿Estaba listo para ser papá?


Zoe
Collins

Capítulo cuarenta y siete

Un rato después...

Desperté esa mañana con los pechos más doloridos que el día anterior, lo que hacía difícil incluso usar sostén. Me dolía un poco la cabeza y estaba de mal humor, deseando que me bajara la regla de una vez para que se me pasara el estrés.

Había planeado algunas actividades recreativas con mis alumnos para ese día, pero sería difícil llevarlas a cabo en ese estado.

—¿Todo bien, hija? —Mi mamá pasó junto a mí en el pasillo mientras yo me masajeaba las sienes al salir del baño.

—Creo que este mes la menstruación me está pegando con todo.

—Ya pasará.

—Eso espero.

—La última vez que pensé que era el síndrome premenstrual, descubrí que estaba embarazada de Lara —dijo Cora al pasar por el pasillo, lanzándome una bomba y volviendo a entrar a su habitación.

¿Qué? ¿Embarazada? No...

Mi mamá se quedó mirándome por unos segundos y yo tragué saliva.

—¿Cuándo se supone que te debe bajar?

—Según mis cálculos, mañana.

—Entonces hay que esperar.

—Sí. —Forcé una sonrisa, todavía incómoda—. ¿Pero crees que es posible que estés embarazada? A mí me dolían mucho los pechos y tenía dolor de cabeza al principio cuando estaba embarazada de ustedes.

—No, mamá —mentí. Era obvio que había una posibilidad. Justin y yo teníamos sexo como animales en celo y no era tan estricta como debía con la pastilla anticonceptiva. A veces se me olvidaba tomarla, lo suficiente como para que perdiera efecto.

—Entonces, hay que esperar.

—Sí. —Le sonreí y me escabullí hasta mi cuarto.

En cuanto terminé de arreglarme, bajé a desayunar y me despedí del resto de la familia, agarré mi bicicleta y pedaleé rumbo al pueblo. Durante todo el camino, la posibilidad del embarazo me volvió loca. Sería mentira si dijera que no soy ansiosa. Podía bajarme la regla al día siguiente y no había por qué preocuparme, pero esas horas de espera me tenían angustiada.

Había una forma de lidiar con todo eso: podía ir a la farmacia y comprar una prueba de embarazo. Pero no podía ignorar el hecho de que vivía en Fredericksburg, donde todos se conocían, incluido el dueño de la farmacia. Si iba y compraba la prueba, era cuestión de tiempo para que todo el mundo anduviera con el chisme.

Amaba ese pueblo, pero eso era un fastidio.

Antes de llegar a la escuela, pasé frente a la farmacia y reduje la velocidad de mis pedaleos, quedándome mirando. Me detuve del otro lado de la calle, dudando si debía entrar o no, y esa indecisión me torturó por un momento.

—¿Sabes qué? ¡Al carajo! —Apoyé la bicicleta contra un poste y crucé la calle. Quería enfrentar esa duda horrible y esa era la forma más fácil.

Mi menstruación aún no se había retrasado, así que no había razón para entrar en pánico.

—¡Hola, Zoe! —El señor Kennet, dueño de la farmacia, me sonrió apenas me vio entrar.

—¡Hola! —Me acomodé un mechón de cabello detrás de la oreja, nerviosa.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y usted?

—Excelente. ¿Tu abuelo necesita algún medicamento? ¿La presión de tu mamá sigue controlada?

—Todos están bien en casa.

—Eso es una buena noticia.

—Sí. —Asentí con la cabeza mientras caminaba por el pasillo, observando las góndolas de la farmacia, que tenía productos de higiene y otros artículos además de medicamentos y productos naturales como tés y florales.

—¿Puedo ayudarte con algo hoy?

—No —respondí demasiado rápido, y volví a ponerme incómoda cuando el señor amable dio un paso atrás.

—Está bien, siéntete como en casa.

—Gracias.

Caminé entre los pasillos, buscando el test de embarazo, pero no la encontré. Al final, estaba dispuesta a irme sin ella hasta que reuní un poco de valor.

—En realidad, señor Kennet, sí hay algo en lo que puede ayudarme. Buscaba una prueba de embarazo, pero no la encontré.

—Ah, están aquí en el mostrador —respondió, como si no fuera nada del otro mundo—. ¿Buscas alguna marca en particular?

—Quisiera una que sea más sensible.

—Hoy en día hay unas que detectan el embarazo hasta cinco días antes del retraso menstrual.

—Esa me sirve.

—¿Solo eso? —Se inclinó para tomar una caja del mostrador de vidrio y la puso aparte.

Asentí con la cabeza.

—¿Cuánto es?

—Diez dólares.

—Aquí tiene. —Abrí mi billetera y le entregué el dinero—. Muchas gracias, señor Kennet. Le agradecería mucho si no comentara nada sobre esto con nadie. Ya sabe cómo vuelan los chismes por aquí.

—No te preocupes. —Su sonrisa se ensanchó aún más—. La discreción es parte de mi trabajo.

—Gracias. Que tenga un buen día.

—Igualmente, señorita.

Guardé la prueba dentro de mi mochila y me fui a la escuela. Aún faltaban unos minutos para que comenzaran las clases, pero los alumnos ya estaban llegando. Aproveché el tiempo para ir al baño y me encerré en una de las cabinas.

Abrí la prueba de embarazo y leí las instrucciones. Parecía sencillo: solo debía colocar la punta del dispositivo en el flujo de

orina y esperar a que el visor electrónico mostrara el resultado. Seguí los pasos y dejé el test sobre el portarrollos de papel higiénico mientras lo observaba.

Había un pequeño reloj de arena en la pantalla, señal de que el resultado estaba en proceso, pero parecía que iba a tardar una eternidad en mostrarse.

Estaba rezando para que apareciera "no embarazada". Me encantaba la idea de tener un bebé al que pudiera llamar mío, pero Justin y yo solo llevábamos dos meses juntos.

De pronto, el relojito desapareció y apareció la palabra...

¡Embarazada!

—¡Mierda! —Leí el resultado unas cinco veces para asegurarme de que era correcto.

Quise hacerme otra prueba, pero solo había comprado esa.

¿Podría ser un falso positivo?

No era científica ni médica, no tenía una respuesta clara para esa pregunta, pero en el fondo sentía que el resultado era real. Me había embarazado de Justin, y habíamos tenido tanto sexo que tenía razones para creer que sí era posible.

El timbre que anunciaba el inicio de clases sonó y no podía quedarme en el baño para siempre. Tenía que atender a mis alumnos y preocuparme por ese positivo más tarde.



Justin Foster

Capítulo cuarenta y ocho

Desde que mi hermana había venido a la ciudad para que resolviéramos el asunto de la herencia de nuestro padre, no podía dejar de pensar en la conversación que habíamos tenido. Construir una casa para vivir con Zoe y echar raíces de una vez por todas en Fredericksburg. Si le contaba eso a Philip, seguramente me diría que me estaba volviendo loco. Incluso podía imaginarlo diciéndome que lo mejor era convencerla de mudarse a San Francisco, pero había algo mágico en el lugar donde había nacido que estaba empezando a reconocer otra vez, con cada día que pasaba allí.

Había logrado establecer una dinámica, controlar mis operaciones y empleados, incluso estando lejos, y no habíamos previsto pérdidas para los próximos meses. Estratégicamente, no tenía de qué preocuparme.

Claro que ya no estar en San Francisco significaba no asistir a cenas ni reuniones con socios de empresas o posibles inversionistas, no pasarme el día entero con trajes apretados ni disfrutar del lujo, pero Philip podía encargarse de eso perfectamente en mi lugar.

Había logrado unir mi vida con la de antes de una manera favorable, y las perspectivas eran buenas.

Abrí uno de los cajones del viejo escritorio de mi padre y saqué el anillo que él le había dado a mi madre cuando se casaron. Era un pequeño diamante, rodeado de brillantes que formaban una flor. Sin duda era la joya más valiosa de nuestra familia, pasada de generación en generación, y creía que quedaría perfecto en el dedo de Zoe, sin mencionar lo delicado que era y lo mucho que se parecía a ella.

Me quedé mirando el reloj en la pantalla de mi computadora y realicé algunas operaciones más antes de dar por terminado el día.

Salí del rancho para encontrarme con ella después de su clase, eso se había vuelto una costumbre, y yo no me la perdía por nada, aunque fuera solo para pasar una hora o menos en la heladería de la plaza, o besarnos en el asiento trasero del auto. Esa, sin duda, era la mejor parte de mi día.

—¿Vas a ver a tu profesora? —Harold estaba en la entrada de la casa cargando lo que me pareció un saco de alimento para animales.

—Sí.

—Dale un abrazo de mi parte.

—Claro que sí. —Abrí la puerta del auto.

Le hice un gesto con la mano antes de pasar por la tranquera y tomar la carretera. Harold se había metido en muchos proyectos a lo largo de su vida, y ninguno había salido bien, pero su regreso al

rancho demostraba que finalmente había encontrado su lugar en el mundo.

Estacioné frente a la escuela minutos después y salí del vehículo, viendo a los niños correr hacia sus padres que los esperaban.

Otra cosa en la que no dejaba de pensar desde mi conversación con Anne era en tener hijos. Mi vida agitada en San Francisco parecía no tener espacio para un niño, pero aquí era distinto.

Vi a un padre que cargaba a un pequeño de no más de tres años. El hombre tenía una sonrisa enorme y parecía feliz de estar con el niño, como si ir a buscarlo fuera mucho más que una simple obligación.

Zoe amaba a los niños, tanto que dedicaba sus días a ellos. No habíamos hablado sobre tener hijos, pero sería un idiota si pensara que ella no querría. Lo único que tenía claro en ese momento era que quería pasar el resto de mi vida con esa mujer. Haría lo que fuera por ella...

—¡Justin! —Escuché una voz femenina que me llamaba, pero no era Zoe como esperaba, y me tomó completamente por sorpresa.


Zoe
Collins

Capítulo cuarenta y nueve

Pasé toda la clase distraída, lo cual era terrible cuando tienes un grupo de diez angelitos que se las ingenian para hacer de todo apenas parpadeas. Por estar con la cabeza en otro lado, terminé teniendo que desenredar el cabello de uno de ellos, que se había atascado con algo, y limpiar témpera que habían derramado dentro de una lonchera. Ni siquiera podía quejarme mucho, porque fue fácil de resolver.

Cuando por fin terminó la clase, solté un suspiro de alivio. No porque quisiera deshacerme de mis alumnos, sino porque por fin tendría un momento para pensar en el hecho de que estaba embarazada.

Todavía no tenía ni idea de cómo se lo iba a decir a Justin y, para ser honesta, me daba mucho miedo su reacción.

Estábamos demasiado bien, incluso Liam había dado un paso atrás y, aunque no era precisamente fan de su cuñado, ya no me estaba molestando cada vez que tenía la oportunidad. Aun así, una noticia como esa podía tambalear cualquier relación.

Era obvio que yo quería tener ese bebé. La idea de ser mamá me emocionaba más de lo que podía explicar, pero no era algo que quisiera hacer sola, y tampoco me consideraba tan valiente como

Cora. Por suerte, después Brandon regresó y se quedó con las dos, pero yo no sabía cómo iba a ser mi situación.

Abrí mi mochila para guardar mis cosas y vi ahí mismo la prueba de embarazo. La palabra "embarazada" todavía seguía en la pantalla, como si necesitara asegurarme de que no me lo había imaginado.

Sabía que tenía que hacerme un análisis de sangre y empezar el control prenatal, pero esa prueba de farmacia ya era suficiente para darme cuenta de lo que se venía. O al menos intentar prepararme, porque mi cabeza seguía dando vueltas.

Guardé todas mis cosas y me acomodé las correas de la mochila antes de salir del salón. Según la rutina que habíamos creado, Justin ya estaría esperándome. Generalmente, esa expectativa me llenaba de mariposas en el estómago y una ansiedad linda, pero esta vez me hizo tragar en seco.

Parecía imposible pararme frente a él y fingir que no pasaba nada. Pensé que lo mejor sería subirme a su auto y sugerir que fuéramos a algún lugar más apartado. Claro que Justin iba a pensar que quería tener sexo, pero ahí podría contarle sobre el embarazo sin que nadie del pueblo estuviera espiándonos.

Respiré hondo y salí de la escuela, apretando con fuerza las correas de la mochila. Lo vi del otro lado de la calle, mezclado entre los padres de los alumnos, y di unos pasos para acercarme, pero

antes de que pudiera llegar hasta él, escuché la voz de una mujer llamándolo.

—¡Justin!

No sé exactamente de dónde salió esa pelirroja, pero se me cruzó por delante y se lanzó directo a los brazos de Justin.

¿Qué?

—Desapareciste, amor. Te extrañé tanto. Me costó descubrir que estabas pasando un tiempo en este rincón perdido.

¿Amor?

¿Qué carajos estaba pasando? No entendía nada.

Me quedé completamente quieta, observando la escena. Creí que lo más complicado que iba a tener que hacer ese día era contarle a Justin que estaba embarazada, pero era evidente que hasta un lugar como Fredericksburg podía darnos una patada en la cara.

Parpadeé un par de veces, esperando que esa escena se desvaneciera, pero no era una ilusión mía y yo no era la única que lo estaba viendo.

—¿Quién es esa? —preguntó la mamá de uno de mis alumnos.

—No lo sé...



Justin Foster

Capítulo cincuenta

Aparté los brazos de Valery de mis hombros, haciendo que retrocediera. Estaba sorprendido de tener a esa mujer justo frente a mí.

—¿Qué carajos estás haciendo aquí?

—Vine a verte.

—¿Eh?

Sí, tuve una aventura con esa mujer, pero no fue la única, y eso no justificaba que hubiera salido de California para venir a buscarme hasta Texas.

—Te extrañé tanto. —Intentó besarme, pero giré la cara rápidamente.

—¿Perdiste la cabeza?

—¿Vas a decir que no me extrañaste?

—¡Claro que no! —La aparté hacia un costado, mirando hacia la entrada de la escuela en busca de Zoe, y la vi.

No sabía exactamente qué había alcanzado a ver mi novia, pero cuando se dio la vuelta y salió corriendo, supe que había sido suficiente para molestarla. Definitivamente no necesitaba a Valery ahí, complicándome la vida.

—¡Justin! —La pelirroja me sostuvo la cara con las manos, intentando que la mirara otra vez.

—¡Suéltame!

—¿Por qué me haces esto? —Se quejó como si yo fuera el villano en toda esta historia, pero no era así.

—¡Zoe! —Solté a Valery y corrí tras mi novia, pero ella fue más rápida y se subió a su bicicleta—. ¡Zoe, espera!

—¡Justin! —Volvió a llamarme Valery, lo que hizo que Zoe pedalease con más fuerza, dejando claro que quería alejarse de mí lo antes posible.

Me giré hacia Valery y le gruñí.

—¡Mantente lejos de mí!

—No vine desde tan lejos para que me trates así. Pensé que querías empezar de nuevo, lo que teníamos era muy bueno.

—¿Empezar de nuevo? ¿De dónde sacaste esa idea estúpida?

—Del mensaje que le dejaste a mi secretaria, diciendo que me extrañabas y querías que viniera a buscarte aquí.

—Mira, no tengo ni la más mínima idea de qué pasó, pero yo no dejé ningún mensaje. Solo necesito que te apartes para poder ir tras mi novia.

—¿Novia? —Valery abrió los ojos de par en par—. Tú nunca fuiste de tener novia.

Ni me molesté en contestarle. Solo pasé de largo, subí al auto y salí a toda velocidad para alcanzar a Zoe. Me había costado mucho recuperar su confianza y no podía perderla de nuevo.


Zoe
Collins

Capítulo cincuenta y uno

Solté mi bicicleta en cuanto pasé por la entrada del rancho Collins, con las lágrimas acumulándose en mis ojos. Estaba destrozada y ni siquiera podía disimularlo.

Liam venía llegando a caballo, se bajó del animal y caminó hacia mí. Si había alguien a quien definitivamente no quería ver en ese momento, era a mi hermano.

Aparté el rostro, en un intento tonto de ocultar mis lágrimas, y di unos pasos hacia la casa, pero antes de que lograra entrar, él me agarró de la muñeca.

—¡Zoe!

—¡Suéltame! —mascullé entre dientes, apretando la mandíbula, lo que hizo que más lágrimas resbalaran por mis mejillas.

—¿Qué está pasando?

—¡Nada!

—No estarías llorando por nada, te conozco demasiado bien.

—¿Ya pensaste que no todo tiene que ver contigo? —grité, resoplando.

—¡Ey, tranquila! —Retrocedió, soltándome la muñeca—. Estoy de tu lado, ¿lo sabías?

—Solo déjame en paz...

—Apuesto a que fue por culpa de ese imbécil.

—Liam, no empieces. —Escuchar a mi hermano burlarse de mí en ese momento solo iba a hacer que me sintiera peor, y no quería eso.

Estaba destrozada después de ver a esa mujer lanzarse sobre Justin como si fueran más que solo conocidos, pero tenía que haber una explicación. Tenía que haberla. Creía que él había cambiado y que realmente quería estar conmigo, pero si no existía una buena justificación para lo de la pelirroja, entonces me habría dejado engañar por Justin otra vez, y eso no podría soportarlo. Por más que ahora fuera mayor y más consciente que la primera vez, esta vez nos habíamos involucrado mucho más… y además, yo estaba embarazada.

Íbamos a tener un bebé...

Contuve el impulso de llevarme la mano al vientre, que aún no mostraba señales visibles, porque no quería que Liam sospechara nada. Escuchar a mi hermano diciéndome lo ingenua que había sido solo iba a hacer que me sintiera peor.

Me giré por reflejo al oír el sonido de un auto acercándose. Por más que no quisiera ver a Justin en ese momento, esperaba que apareciera, porque era lo mínimo que podía hacer si de verdad le importaba.



Justin Foster

Capítulo cincuenta y dos

Paré el auto como fuera, atravesado en la entrada del rancho de los Collins. Después de librarme de Valery, manejé hasta allí tan rápido como el camino de tierra me lo permitió. No tenía idea de cómo esa mujer había aparecido en ese lugar, pero no me preocupaba la pelirroja de mi pasado, sino Zoe. A mi novia no le había gustado lo que vio, y yo me sentiría igual si estuviera en su lugar. Por eso necesitaba explicarle todo cuanto antes y resolver ese malentendido, para que no sufriera por ello.

—¡Zoe! —grité, llamándola apenas bajé del asiento del conductor—. ¡Zoe!

Quería que viniera hacia mí, pero en vez de eso, caminó hacia la entrada de la casa, decidida a ignorarme. Era posible que estuviera mucho más molesta de lo que pensaba, y eso me angustiaba enormemente.

No quería pelear con ella, mucho menos por un incidente en el que yo no tenía la culpa. La presencia de Valery ahí no había sido decisión mía, y Zoe tenía que entenderlo, al menos darme la oportunidad de explicarlo.

—¡Zoe! —Intenté correr hacia ella, pero Liam me detuvo.

—Deja en paz a mi hermana. —Puso ambas manos sobre mi pecho y me empujó hasta hacerme caer sentado.

—¡Quítate de mi camino! —Me levanté bufando como un animal furioso. No tenía tiempo ni paciencia para lidiar con el vaquero en ese momento.

—No vas a lastimarla otra vez.

—Ni siquiera sabes lo que pasó. —La rabia me daba fuerza y lo empujé de regreso, notando cómo la furia me volvía más fuerte.

—¿Tú con otra mujer? No tardaría en pasar. Conozco bien a los tipos como tú.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, sorprendido. No podía saber lo que había pasado, a menos que...—. Fuiste tú, ¿no, maldito? —Volví a empujarlo.

—No, el idiota con mi hermana eres tú.

—¿Cómo pudiste?

—Yo no hice nada. —Se encogió de hombros fingiendo inocencia, pero no me convenció ni un poco. En mi cabeza, todas las piezas encajaron a la perfección.

—Solo trajiste a una mujer de mi pasado para molestar a tu hermana.

—¿Y cómo haría eso? —Todavía tenía el descaro de fingir que no sabía nada.

—No sería tan difícil, y tú tienes recursos de sobra para hacer unas llamadas.

—Di lo que quieras. —Sonrió con autosuficiencia—. No puedes probar nada y, hasta donde sé, el idiota aquí eres tú.

—¡Maldito! —Me lancé encima de él y esta vez fui yo quien dio el primer golpe.

—Esta vez voy a acabar contigo. —Masajeó el lugar donde lo golpeé y se preparó para devolverme el golpe.

—¡Deténganse! —Escuché el grito desesperado de Zoe, pero eso no bastó para frenarnos.

Liam me dio un puñetazo en el estómago que me hizo encogerme, protegiendo el abdomen. Antes de que pudiera reaccionar, me golpeó con el codo y me hizo caer de cara al suelo, tragando un poco de pasto.

Escupí la hierba y apoyé las manos en el suelo para levantarme lo más rápido posible. Podía estar en desventaja, pero no iba a rendirme tan fácil. Me lancé contra él y le metí un puñetazo con toda la fuerza en la cara, sintiendo mis nudillos doler, pero fue suficiente para hacerlo tambalear y abrirle el labio. No iba a parar hasta sacarle algo de sangre, sobre todo después de lo que había hecho.

—¡PAREN! —Zoe estaba desesperada y se acercó a nosotros, pero su hermano la empujó, haciéndola caer sentada.

Entonces vi al señor Collins y a varios empleados del rancho corriendo hacia nosotros. Uno de los peones me sujetó de los brazos y me apartó, mientras el padre y otro tipo contenían a Liam.

—Mis animales dan menos problemas —refunfuñó Lincoln Collins.

—Solo estoy cuidando de Zoe, papá. —Liam intentó justificarse mientras se masajeaba la mandíbula, como si fuera inocente.

—Buena forma de cuidarla, armando una trampa en mi contra.

—¿Cómo dices? —El padre lo miró con seriedad, esperando respuestas.

—Este imbécil está diciendo estupideces —Liam no lo admitió.

—Estoy seguro de que Valery apareció aquí por culpa tuya.

—¿Quién es Valery? —Lincoln estaba aún más confundido.

—Que lo explique él. —Liam me señaló.

—¿Fuiste tú quien husmeó en mi pasado solo para alejarme de tu hermana?

—¿Liam? —Lincoln frunció el ceño.

—Ese tipo está mintiendo, papá.

—¿Ah, sí? —Saqué pecho, mostrando lo enojado que estaba.

—Solo quiero lo mejor para Zoe. —No fue exactamente una confesión, pero era lo más cercano que podía sacar de él, y pareció bastar para que Lincoln me creyera, ya que conocía demasiado bien a su hijo.

—¡Liam!

Lo único que quería era volver a lanzarme sobre él, no me importaba si me iba a llevar una paliza. Tenía tanta rabia que deseaba romperle esa sonrisa arrogante. Sin embargo, justo cuando me estaba soltando del tipo que me sujetaba para lanzarme otra vez contra el vaquero, escuché el llanto de Zoe. Estaba sollozando y cada vez más devastada.

—¡Zoe! —Me giré hacia ella—. Hey...

La miré bien y vi que tenía la mano sobre el abdomen, así que me agaché para observarla con atención. No tenía conocimientos médicos, pero busqué algún tipo de herida visible que me diera una pista.

—¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza, pero las lágrimas seguían cayendo y eso me tenía igual de preocupado.

—¿Tu vientre? —pregunté, mientras seguía abrazándose el abdomen.

—Solo no quiero que el bebé se lastime.

—¿Bebé? —Dejé de respirar al escucharla, por un momento pensé que lo había imaginado.

Zoe solo asintió con la cabeza, haciéndome entender que no era ninguna alucinación.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

—Ah, carajo... —Me quedé sin aliento y solo no me caí para atrás porque ya estaba agachado.

Había pensado muchas veces en que tuviéramos hijos algún día, pero no esperaba que pasara tan pronto.

—Vamos a dejarlos. —Escuché decir a Lincoln mientras se llevaba a su hijo.

—Pero... —Liam protestó, pero los otros hombres que nos rodeaban eran tan fuertes como él y no lo dejaron seguir metiéndose. Después de una revelación así, merecíamos hablar tranquilos.

—Ven aquí. —Le ofrecí la mano para ayudarla a levantarse, y Zoe me miró por unos segundos antes de aceptarla—. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí. —Su voz sonó baja y aún entre lágrimas.

—¿Y el...? —Extendí la mano y toqué su vientre, que todavía no mostraba señal alguna de embarazo.

—Creo que también está bien.

—¡Qué alivio! —Solté un suspiro.

Todavía estaba en shock, pero poco a poco empezaba a asimilar la noticia.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hoy.

—¡Wow!

—Justin, yo sé que tú no... —empezó a hablar con incomodidad, y temí lo que pudiera salir de su boca, así que la interrumpí.

—Hey. —Subí los dedos para acariciarle el rostro—. Es la mejor noticia que me han dado hoy.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminaron.

—Sí. —Me incliné y le di un beso corto—. Vamos a tener una familia.

Zoe me observó mientras me arrodillaba frente a ella y ponía las manos sobre su vientre antes de besarlo.

Palpé mis bolsillos para confirmar algo y luego resoplé.

—¿Qué pasó? —Frunció el ceño, intentando entender lo que hacía.

—No traje el anillo.

—¿Anillo?

—Para pedirte que te cases conmigo.

—Ay, Justin...

—Estaba esperando el mejor momento, pero no creo que haya uno más especial que este.

—¿Con la cara golpeada después de pelearte con mi hermano?

—¿No arruina el momento? —Puse cara triste y ella soltó una carcajada.

Todavía arrodillado frente a ella, tomé su mano y besé el dorso.

—Zoe, ¿te casarías conmigo?

Ella sonrió ampliamente y asintió.

—Sí, claro que sí.

Me reí con ella, arranqué el tallo de una planta y lo até a su dedo, simulando nuestro anillo de compromiso.

—Pronto te doy uno de verdad, te lo prometo.

—¿Por qué? —Levantó la mano, mirando el tallo trenzado, como si fuera una joya—. Este me parece una belleza.

Solté una carcajada y me puse de pie, rodeándola por la cintura para acercarla a mí.

—Te amo mucho, Zoe.

—Yo también te amo mucho, Justin. —Enredó los dedos en el cuello de mi camisa polo y me atrajo para un beso.

En ese momento, nada más importaba que nuestro final feliz.


Zoe
Collins

Epílogo

Un año después...

Desperté por la mañana antes de que sonara mi despertador y me giré en el colchón, buscando a Justin para abrazarlo, pero mi esposo no estaba en la cama conmigo y sentí un vacío al notar el hueco sobre las sábanas.

—Justin. —Me levanté, acomodándome la bata, y salí del cuarto.

Desde que nos habíamos casado, vivíamos en una casa solo para nosotros, en la misma calle donde quedaba la de Malcon, más cerca de la escuela, a la que llegaba con solo unos minutos de caminata y con una conexión de internet mucho mejor para que Justin pudiera seguir con sus negocios.

Estaba más feliz que nunca, y no había nada que deseara que aún no se hubiera cumplido.

Ese pueblo era mi hogar y mi primer y verdadero amor había vuelto a mí.

—¿Justin?

—Shhh... —Escuché el sonido que pedía silencio, proveniente del cuarto de nuestro hijo, y me acerqué más.

En cuanto llegué a la puerta, vi a Justin inclinado sobre la cuna, observando a nuestro hijo que dormía como un angelito.

Me detuve a su lado, y él pasó un brazo por mi cintura y me atrajo hacia él.

—Nuestro pequeño es tan hermoso —dijo en voz baja, para no despertar al bebé dormido en la cuna.

—¿Lo dices porque se parece a ti? —Yo también susurraba.

—Estoy seguro de que va a ponerse rubio.

—Lo dudo mucho. —Reí.

—Ya veremos. —Se inclinó hacia mí y besó mi cuello.

—Ey... —Me estremecí entre un escalofrío.

—¿Qué te parece si vamos al cuarto a trabajar en darle un hermanito? O hermanita...

—Tenemos que entrar a trabajar dentro de poco.

—Soy bastante eficiente. —Me guiñó un ojo, haciendo que mis mejillas se pusieran aún más rojas.

—¡Justin!

—Shhh... —Me giró, dándome unas palmadas en el culo mientras me empujaba de vuelta a la habitación, y no dejé de reír hasta que caí de espaldas en el colchón y él metió la mano bajo mi bata, cubriendo mis labios con los suyos.

Tal vez solo nos retrasaríamos un poquito...

Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, “Eternamente Minha”, en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X



Lea también:



Link: https://amzn.eu/d/bWkev30

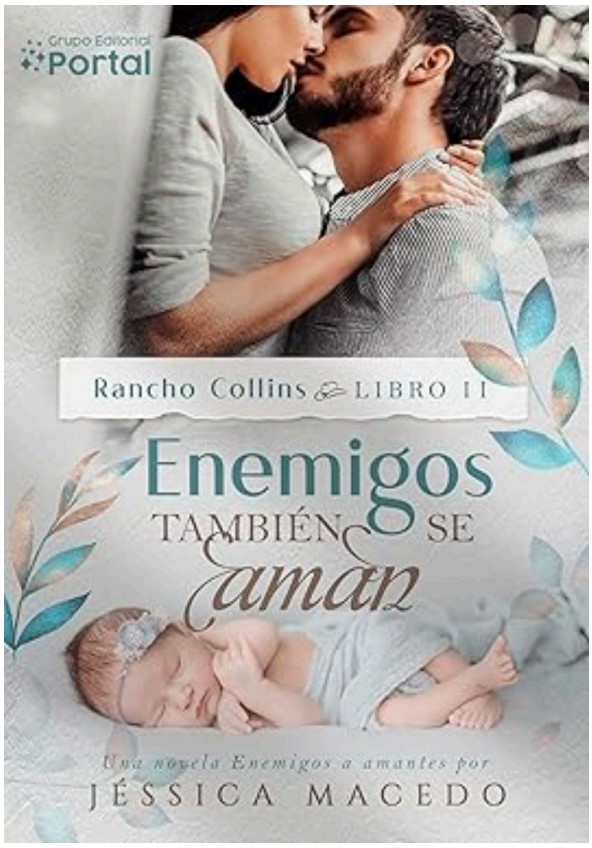
Sinopsis:

Atractivo, seductor e irresistible, el multimillonario Jackson Collins es el gobernador del Estado de Texas. Criado en un enorme rancho en el interior, este cowboy proviene de una familia influyente y pronto se destacó en la política. Sin embargo, un escándalo sexual estuvo a punto de arruinarlo todo.

Después de que se filtrara un video en internet, perdió varios partidarios y su carrera quedó en riesgo. Solo había una forma de salir de esa situación: casarse.

Tatiana Williams creció en el rancho de los Collins y siempre vio a Jackson como su mejor amigo, a pesar de ser hija de empleados. Con los años, su vínculo se mantuvo fuerte. Lo que nunca imaginó fue que él le pediría que aceptara un matrimonio falso. Sin embargo, ella siempre estuvo dispuesta a hacer cualquier cosa en nombre de su amistad.

Se suponía que sería un acuerdo temporal, una farsa con fecha de caducidad, cuyo único propósito era restaurar la imagen de Jackson. Pero ninguno de los dos estaba preparado para enfrentarse a la intensa atracción que sentían el uno por el otro… ni para lidiar con un embarazo inesperado.



Link: https://amzn.eu/d/8lmH2vd

Sinopsis:

Un médico viudo y arrogante.

Una enfermera decidida.

Una bebé adorable para tocar el corazón de un padre.

El neurocirujano Brandon Hanks sufrió una pérdida terrible que lo llevó a alejarse de Dallas y hacerse cargo de una pequeña clínica en el campo.

El viudo solo quería escapar del dolor, pero la enfermera del pueblo lo volvía loco. Enemigos desde el primer momento, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, pero la atracción los llevó a entregarse al deseo.

Cora Collins no imaginaba quedar embarazada de ese médico arrogante, mucho menos ser abandonada cuando él se fue. Dispuesta a superar la situación, iba a criar a la hija sola y no esperaba que Brandon regresara.



Link: https://amzn.eu/d/ezMvTmL

Sinopsis:

Un sheriff protector.

Una mujer en apuros.

Dos niñas adorables, fruto de un amor improbable.

El sheriff Malcon Collins siempre fue un ejemplo a seguir en el pequeño pueblo del interior donde creció. A pesar de ser heredero de la familia más rica e influyente de la región, este vaquero dedicó su vida a proteger a todos. Nadie imaginaba que terminaría involucrado con una mujer problemática... y mucho menos ser padre soltero.

Jennifer Dias fue vendida por su propio padre a un hombre peligroso, y desde entonces ha vivido huyendo, luchando por sobrevivir. En su vida no había espacio para nadie, ni siquiera para un hombre rudo dispuesto a protegerla. Era un riesgo que no quería correr, porque no soportaría ver a nadie más salir herido.

Nadie puede huir para siempre. El destino la llevaría de regreso al hombre que siempre amó… Pero eso no significaba estar libre de su peor demonio.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br